

Las penas del joven Werther

Goethe

FUNDACIÓN
Carlos Slim



Las penas del joven Werther

Goethe

Novela

Se reconocen los derechos morales de Goethe.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

LIBRO PRIMERO

4 de mayo de 1771

¡Qué contento estoy de haberme marchado! Querido amigo: ¡lo que es el corazón del hombre! ¡Abandonarte a ti, a quien tanto quiero, de quien yo era inseparable, y estar contento! Sé que tú me lo perdonas. ¿Acaso mis otras amistades no fueron bien escogidas por el destino para atemorizar a un corazón como el mío? ¡La pobre Leonore! Y, sin embargo, yo no tuve la culpa. ¿Qué podía yo hacer si, mientras los singulares encantos de su hermana me procuraban un grato entretenimiento, estaba encendiéndose una pasión en su pobre corazón? Y, aun así, ¿soy del todo inocente? ¿Acaso no alimenté sus sentimientos? ¿Acaso no me he regocijado con esas expresiones tan sinceras y espontáneas, que nos hacían reír tan a menudo, aun sin tener nada de divertido? ¿Es que no...? ¡Oh, lo que es el hombre, que es capaz de lamentarse de sí mismo! Quiero, querido amigo, te lo prometo, quiero enmendarme, ya no quiero volver a masticar esa pizca de mal que el destino nos depara, como he hecho siempre; quiero disfrutar lo presente, y que lo pasado sea pasado para mí. Claro que tienes razón, mi buen amigo: las aflicciones de los hombres serían menores si no se empeñasen con tanta imaginación (¡Dios sabrá por qué los ha hecho así!) en recordar los males pasados en lugar de soportar un presente anodino.

Ten la bondad de decirle a mi madre que me ocuparé de sus asuntos lo mejor que pueda y que en breve la informaré al respecto. He hablado con mi tía y ni remotamente he encontrado en ella a la malvada mujer por la que la tenemos. Le aclaré la disconformidad de mi madre sobre la parte de la herencia retenida; ella me expuso sus razones, sus motivos y las condiciones en las que estaría dispuesta a darlo todo, e incluso más de lo que nosotros exigimos... En fin, ahora no quiero seguir escribiendo de esto; tan sólo dile a mi madre que todo irá bien. Y, mi querido amigo, con motivo de este pequeño asunto he vuelto a comprobar que los malentendidos y la pereza ocasionan si cabe más extravíos en el mundo que la astucia y la maldad. Al menos es cierto que estas dos últimas son más raras. Por cierto, aquí me encuentro muy bien; la soledad es un bálsamo exquisito para mi corazón en esta comarca paradisíaca, y esta joven estación del año calienta con toda su fuerza mi a menudo vacilante corazón. Cada árbol, cada seto es un ramo de flores, y uno quisiera ser un abejorro para revolotear entre ese mar de fragancias y poder hallar en él todo su alimento.

La ciudad en sí no es agradable; en cambio, a su alrededor, la naturaleza es de una belleza inenarrable. Eso fue lo que llevó al difunto conde de M., a disponer su jardín sobre una de las colinas que se cruzan entre sí con gran belleza y diversidad, conformando unos valles de lo más adorable. El jardín es sencillo y, nada más entrar, se nota que el diseño no lo ha trazado un botánico instruido, sino un corazón sensible, que pretendía disfrutar allí de sí mismo. Muchas lágrimas he vertido ya por el difunto en el pequeño cenador en ruinas que fuera su lugar predilecto, y que también es el mío.

Pronto seré el señor del jardín; en los pocos días que llevo aquí el jardinero me ha cogido cariño, y no le parecerá mal.

10 de mayo

Se ha apoderado de mi alma una maravillosa serenidad, semejante a esas dulces mañanas de primavera de las que disfruto de todo corazón. Estoy solo y me alegro de vivir en esta comarca, creada para almas como la mía. Soy tan feliz, mi buen amigo, estoy tan sumido en las sensaciones de esta tranquila existencia que mi arte se resiente. Ahora no podría dibujar siquiera una línea, y jamás he sido tan gran pintor como en estos momentos. Cuando el ameno valle extiende su neblina en torno a mí y el sol en su cenit descansa por encima de la impenetrable oscuridad de mi bosque, y apenas unos rayos aislados consiguen colarse en el interior de mi santuario, entonces me tumbo sobre la alta hierba junto al arroyo que fluye y así, tan cerca de la tierra, me llaman la atención mil hierbecillas diferentes; cuando siento cerca de mi corazón el zumbido de ese pequeño mundo entre las cañas, las incontables e insondables formas de los gusanillos, de los mosquitos, y siento la presencia del Todopoderoso que nos creó a su imagen y semejanza, el aliento de su infinito amor que nos sostiene y sustenta en eterna dicha, ¡amigo mío!, después, cuando se hace de noche en torno a mis ojos y el mundo que me rodea y el cielo entero descansan en mi alma como la imagen de una amada... entonces a menudo siento nostalgia y pienso: «¡Ay! ¿Serías capaz de volver a expresar, de insuflar al papel todo lo que vive en tu interior con tanta calidez, con tanta plenitud, y convertirlo en espejo de tu alma, igual que tu alma es el espejo del infinito Dios?». Amigo mío... pero entonces me hundo y sucumbo al poder de la magnificencia de estas imágenes.

12 de mayo

No sé si por esta comarca vagan unos espíritus burlones o si es en mi corazón donde anida la cálida fantasía celestial que hace que todo cuanto me rodea parezca tan paradisíaco. Aquí, nada más llegar a este paraje, hay un manantial, un manantial que me tiene hechizado como a Melusina y sus hermanas. Desciendes por una pequeña colina y te encuentras ante una bóveda a la que conducen unos veinte escalones; al fondo el agua más cristalina mana de unas rocas de mármol. El pequeño muro que bordea el recinto, los altos árboles que lo cubren por todas partes, la frescura del paraje, todo tiene algo de incitante, de estremecedor. No pasa un solo día sin que me siente allí al menos una hora. Entonces llegan las muchachas de la ciudad a coger agua, la tarea más inocente y más necesaria, que antaño desempeñaban incluso las hijas de los reyes. Estando allí sentado revive en mí con enorme fuerza la idea patriarcal, como si todos los

patriarcas se hicieran amigos y galantearan junto al manantial y como si, en torno a los manantiales y fuentes, vagaran espíritus benefactores. ¡Ay! Quien nunca se haya reconfortado en el frescor del manantial tras una dura caminata veraniega no podrá comprenderlo.

13 de mayo

Me preguntas si tienes que enviarme mis libros. Querido amigo, te ruego, ¡por el amor de Dios!, que los apartes de mi vista. No quiero que me guíen, ni que me animen ni me enardeczan, este corazón ya se excita bastante por sí solo; lo que necesito son canciones de cuna y de éstas he encontrado en abundancia en mi Homero. Cuán a menudo he tenido que arrullar mi sangre enardecida para que se calme, porque jamás habrás visto algo tan inconstante, tan impaciente como este corazón. ¡Querido amigo! ¿Acaso tengo necesidad de decírtelo a ti, que tantas veces has soportado la carga de verme pasar de la aflicción a la disipación y de la dulce melancolía a la fatídica pasión? Yo también tengo a mi corazoncito por un niño enfermo: todos sus deseos le son concedidos. No se lo digas a nadie: hay gente que me lo tomaría a mal.

15 de mayo

Las gentes sencillas del lugar ya me conocen y me quieren, sobre todo los niños. Al principio, cuando me acercaba a ellos y les preguntaba amablemente cualquier cosa, algunos creían que trataba de burlarme de ellos y me despachaban con mucha grosería. No es que esto me contrariara, pero percibí con fuerza lo que ya he observado a menudo: la gente de cierta posición guarda siempre fríamente las distancias con el pueblo llano, como si creyera que iba a perder algo acercándose a él, y cuando algunos pillos, vanidosos y pérfidos, fingen rebajarse ante ellos, estas pobres gentes se vuelven aún más sensibles a su arrogancia.

Sé bien que no somos iguales ni podemos serlo, pero considero que quien crea necesario distanciarse de la plebe para seguir inspirando respeto es tan reprochable como un cobarde que se esconde de sus enemigos porque teme ser derrotado.

Hace poco fui a la fuente y encontré a una joven criada que había dejado su cántaro en el escalón más bajo y miraba a su alrededor por si venía alguna de sus compañeras para ayudarla a ponérselo en la cabeza. Yo bajé y la miré.

«¿Puedo ayudaros, joven?», dije. Su sonrojo iba en aumento.

«¡Oh, no, señor!», dijo ella.

«No os andéis con cumplidos».

Se colocó bien el rodete y la ayudé. Me dio las gracias y empezó a subir los escalones.

17 de mayo

He conocido a gente de todo tipo, pero aún no he encontrado compañía. No sé qué es lo que tengo de atractivo para mis semejantes: muchos me quieren y se pegan a mí, pero me apena que nuestros caminos sólo coincidan en un breve trecho. Si me preguntas cómo es la gente de aquí, he de decirte que como en todas partes. El género humano es una cosa uniforme. Los más se afanan la mayor parte del tiempo trabajando para vivir, y lo poco que les resta de libertad les da tanto miedo que recurren a todos los medios posibles para deshacerse de ella. ¡Oh, condición humana!

Pero ¡es gente de la mejor especie! Si algunas veces me olvido de mí mismo y disfruto con ellos de las alegrías que aún nos quedan a los humanos, como bromear franca y cordialmente en torno a una mesa bien provista, disponer una excursión o un baile en el momento oportuno, y cosas por el estilo, todo eso influye en mí de forma muy positiva; lo único que no debo hacer es pensar en que aún dormitan en mi interior otras muchas fuerzas que se marchitan de no usarlas y que he de ocultar con sumo cuidado. Ay, esto me embarga de tal manera... ¡Y, sin embargo, nuestro destino es no ser comprendidos!

¡Ay, que la amiga de mi juventud haya muerto! ¡Ay, y que yo haya tenido que conocerla! Yo diría: «¡Eres un necio! Buscas lo que no se puede encontrar aquí abajo». Pero la he tenido, he sentido el corazón, el alma magna, en cuya presencia yo creía ser más de lo que era, porque yo era todo lo que podía ser. ¡Dios bendito! ¿Acaso quedó una sola fuerza de mi alma en desuso? ¿Es que no pude desplegar ante ella todo ese maravilloso sentir con el que mi corazón abarca la naturaleza? ¿Es que nuestra relación no era un eterno entretejer los más delicados sentimientos, las ocurrencias más sutiles, cuyas manifestaciones estaban todas marcadas, hasta el despropósito, con el sello de la genialidad? ¡Y ahora...! Ay, los años que me sacaba se la llevaron a la tumba antes que a mí. Jamás olvidaré su persona, jamás su firme inteligencia y su paciencia divina.

Hace pocos días conocí al joven V., un muchacho abierto, de fisonomía muy agraciada. Acaba de salir de la academia y, aunque no se las da de sabio, sí que se cree que sabe más que otros. Además, por lo que puedo deducir de muchas cosas, ha sido aplicado; en suma, tiene buenos conocimientos. En cuanto se enteró de que yo dibujaba mucho y sabía griego (dos meteoros poco frecuentes en esta región), se dirigió a mí haciendo gala de todos sus conocimientos, desde Batteux a Wood, desde De Piles hasta Winckelmann, y me aseguró que había leído de cabo a rabo la primera parte de la teoría

de Sulzer, y que poseía un manuscrito de Heyne sobre el estudio de la Antigüedad. No le hice demasiado caso.

He conocido además a otro hombre cabal, el administrador del príncipe, un individuo franco y abierto. Se dice que es una delicia verlo entre sus hijos, que son nueve; en especial se elogia mucho a su hija mayor. Me ha invitado a su casa y quiero ir a visitarlo un día de éstos. Vive a media hora de aquí en un pabellón de caza propiedad del príncipe, adonde se le permitió trasladarse tras la muerte de su mujer, puesto que vivir aquí en la ciudad y en la residencia oficial le resultaba demasiado doloroso.

Por lo demás, se han cruzado en mi camino algunos tipos muy originales un tanto retorcidos, de los que todo me resulta insoportable, y lo más inaguantable de todo sus demostraciones de amistad.

¡Qué te vaya bien! La carta te agradecerá, es muy histórica.

22 de mayo

Que la vida del hombre es sólo un sueño es algo que ya le ha parecido a más de uno, y a mí también me acompaña siempre esa sensación. Cuando veo la limitación en la que están encerradas las fuerzas activas e inquisitivas del ser humano, cuando veo que toda actividad se encamina a la satisfacción de necesidades que, a su vez, no tienen otra finalidad que alargar nuestra pobre existencia y, además, que todo consuelo derivado de determinados puntos de nuestras pesquisas no es más que resignación soñadora, puesto que hemos pintado las paredes entre las que nos encontramos prisioneros con figuras multicolores y horizontes despejados... todo esto, Wilhelm, me hace enmudecer. ¡Vuelvo a mi interior y encuentro todo un mundo! Un mundo, sin embargo, en el que hay más presentimientos y deseos imprecisos que acción y realidades concretas. Y todo se diluye ante mis sentidos, y yo sigo, soñador, sonriendo por el mundo.

Que los niños no saben lo que quieren es algo en lo que están de acuerdo todos los doctos maestros de escuela y los preceptores; pero que también los adultos, a semejanza de los niños, andan dando tumbos por este mundo sin saber, igual que ellos, de dónde vienen ni adónde van, y que, del mismo modo, no actúan guiados por verdaderos propósitos, sino por las galletas y las tartas y por la vara de abedul... eso nadie quiere creerlo, y, sin embargo, a mí me parece que es una realidad que se palpa con las manos.

Te concedo de buena gana, pues sé lo que me responderías a esto, que los más felices son los que viven al día, igual que los niños, arrastrando sus muñecos de un lado a otro, vistiéndolos y desvistiéndolos, y rondando con gran respeto el cajón en el que mamá ha escondido los dulces, hasta que por fin se hacen con lo que tanto deseaban y entonces lo devoran a dos carrillos exclamando: «¡Más!». Son criaturas felices. También

les va bien a quienes otorgan pomposos títulos a sus míseras ocupaciones, o incluso a sus pasiones, y se las pintan al género humano cual gigantescas empresas destinadas a su salvación y su bienestar. ¡Afortunado el que pueda ser así! Pero quien, al contrario, reconoce en su humildad adónde conduce todo esto, quien ve cuán primorosamente el ciudadano acomodado sabe hacer de su jardincito un paraíso, y cuán diligentemente el desdichado continúa jadeante su camino bajo el peso de su carga, y que tanto uno como otro no buscan sino ver un minuto más la luz de este sol... sí, el que ve esto vive tranquilo construyendo su mundo a partir de sí mismo, y también es feliz porque es un ser humano. Y, además, limitado como es, sigue conservando en su corazón una dulce sensación de libertad y de poder abandonar esta cárcel cuando quiera.

26 de mayo

Conoces desde hace mucho mi forma de establecerme, de levantarme una cabañita en cualquier sitio de confianza y acomodarme en ella con todas sus limitaciones.

También aquí he vuelto a encontrar un lugarcito que me ha fascinado.

Aproximadamente a una hora de la ciudad hay un sitio llamado Wahlheim. Su emplazamiento en una colina es muy interesante y, cuando se llega a lo alto del sendero que sale del pueblo, la vista abarca todo el valle. Una buena posadera, solícita y alegre para su edad, sirve vino, cerveza y café; y lo mejor son dos tilos que, con sus amplias ramas, cubren la pequeña plaza de delante de la iglesia, cercada toda ella por casas de labranza, graneros y corrales. No me ha sido fácil encontrar un rinconcillo tan íntimo, tan acogedor, y hasta allí hago que me lleven mi mesita de la posada y mi silla, allí me tomo mi café y leo mi Homero. La primera vez que, por casualidad, me encontré una hermosa tarde bajo los tilos, hallé la placita completamente desierta. Todos estaban en el campo; sólo un niño de unos cuatro años estaba sentado en el suelo: entre las piernas tenía sentado a otro de aproximadamente medio año y, sujetándolo por el pecho con los dos brazos, le servía como de sillón; estaba bien quieto, a pesar de la vivacidad con la que sus oscuros ojos negros miraban a un lado y a otro. Me agradó la visión: me senté sobre un arado que estaba enfrente y dibujé la fraternal escena con sumo placer. Añadí el cercado de al lado, el portón de un granero y unas cuantas ruedas de carro rotas, todo tal y como estaba, y, al cabo de una hora resultó que había terminado un dibujo bien compuesto y muy interesante, sin haber puesto ni lo más mínimo de mi parte. Eso me reforzó en mi propósito de, en el futuro, atenerme sólo a la naturaleza. Ella es por sí sola infinitamente rica y por sí sola forma al gran artista. Pueden decirse muchas cosas a favor de las reglas, más o menos lo que puede decirse en alabanza de la sociedad burguesa. Quien las observe jamás producirá nada malo o carente de gusto, del mismo modo que quien se deje moldear por las leyes y el bienestar nunca será un vecino insoportable, ni

un canalla redomado. Sin embargo, ¡toda norma destruye, se diga lo que se diga, el verdadero sentir de la naturaleza, así como su verdadera expresión! ¡Dirás que esto es muy exagerado! Que las reglas tan sólo limitan, tan sólo podan los brotes más exuberantes, etcétera. Mi buen amigo, ¿he de ponerte un ejemplo? Con esto sucede lo mismo que con el amor. Un corazón joven se prenda por completo de una muchacha, pasa todas las horas del día a su lado y derrocha todas sus fuerzas, toda su fortuna, para decirle a cada momento que se entrega a ella hasta lo más profundo de su ser. Y entonces llega un filisteo, un hombre que tiene un cargo público, y le dice: «¡Joven y distinguido señor! ¡Amar es humano, sólo tenéis que amar humanamente! Distribuid vuestras horas, unas para el trabajo, y las horas de descanso dedicádselas a vuestra muchacha. Calculad vuestra fortuna y de lo que os quede después de cubrir vuestras necesidades esenciales, no os privaré de que le hagáis un regalo, sólo que no con demasiada frecuencia, tal vez para su cumpleaños o su santo, etcétera»... Si el hombre le hace caso, tendremos entonces a un joven de provecho, y yo mismo recomendaría a cualquier príncipe que le diese un puesto en un consejo; sólo que su amor se habrá acabado, y si es artista, su arte. ¡Oh, amigos míos! ¿Por qué la corriente del genio se desborda tan rara vez, por qué rompe tan rara vez en olas inmensas capaces de estremecer vuestras asombradas almas? Queridos amigos, ahí, a ambas orillas del río, residen esos cómodos señores, cuyos pequeños cenadores, cuyos arriates de tulipanes y cuyos huertos se habrían echado a perder si no hubieran sabido defenderlos desde hace tiempo, con diques y canales, de los peligros que los acechan.

27 de mayo

Por lo que veo, me he sumido en el éxtasis, las comparaciones y la declamación, y por eso he olvidado seguir contándote lo que sucedió con los niños. Completamente absorto en las sensaciones pictóricas que te expuse muy fragmentariamente en la carta de ayer, estuve unas dos horas sentado en mi arado. Al atardecer, una joven con una cestita en el brazo se acerca a los niños, que en todo ese tiempo no se habían movido de allí, y les grita desde lejos:

«¡Philipps!, ¡qué bueno has sido!».

Me saludó, yo correspondí, me puse en pie, me acerqué a ella y le pregunté si era la madre de los niños. Dijo que sí, y, mientras daba al mayor la mitad de un panecillo, cogió al pequeño en brazos y lo besó con todo el amor de una madre.

«He dejado —dijo— a mi Philipps a cargo del pequeño mientras iba con el mayor a la ciudad a comprar pan blanco y azúcar y una cazuelita de barro».

Vi todo aquello en el cesto, al que se le había caído la tapa.

«Voy a hacerle una sopita a mi Hans (tal era el nombre del más pequeño) para la cena; el cabeza de chorlito del mayor me rompió ayer la cazuelita mientras se peleaba con Philipps por rebañar los restos del puré».

Le pregunté por el mayor, y apenas acababa de decirme que había ido al prado tras unos gansos cuando se plantó de un salto delante de nosotros trayéndole al mediano una vara de avellano. Yo seguí conversando con la mujer y me enteré de que era la hija del maestro, y de que su marido estaba de viaje en Suiza a fin de cobrar la herencia de un primo. Me contó que le habían querido engañar y que no contestaban a sus cartas, así que había ido en persona.

«¡Ojalá no le haya ocurrido ninguna desgracia! No sé nada de él».

Me costó separarme de la mujer, di a cada uno de los niños un cruzado, y también le di uno a la madre, para que le trajera al pequeño un panecillo para la sopa cuando fuera a la ciudad, y así nos despedimos.

Te digo, mi querido amigo, que cuando mis sentidos se niegan a apaciguarse, nada templa más su tumulto que la visión de una criatura así, que, con dichosa serenidad, avanza por el estrecho círculo de su existencia, apañándose las como puede de día en día, y viendo caer las hojas sin pensar en otra cosa que en que está llegando el invierno.

Desde entonces salgo a menudo. Los niños se han acostumbrado a verme, les doy azúcar cuando tomo café y por la noche comparten conmigo el pan con mantequilla y la cuajada, y, si no estoy allí después de los rezos, la posadera tiene instrucciones de dárselo.

Me tienen confianza, me lo cuentan todo, y, sobre todo, me divierten sus pasiones y sus sencillos arrebatos de codicia cuando se juntan más niños de la aldea.

Me ha costado mucho que la madre dejase de preocuparse por que incomodaran al señor.

30 de mayo

Lo que hace poco te decía de la pintura seguro que puede aplicarse también al arte de la poesía; se trata sólo de reconocer lo excelente y atreverse a expresarlo, y eso, claro

está, consiste en decir mucho con poco. Hoy he visto una escena que, fielmente descrita, constituiría el más bello idilio del mundo, pero ¿qué es todo eso de poesía, escena e idilio? ¿Es que siempre tenemos que dar forma a las cosas cuando somos partícipes de una manifestación de la naturaleza?

Si de esta introducción esperas muchas cosas elevadas y nobles, habrás vuelto a engañarte sin remedio; no es más que un joven campesino el que me ha llevado a sentir tan vivo interés. Como de costumbre, lo contaré mal, y tú, como de costumbre, creo yo, lo encontrarás exagerado; es otra vez Wahlheim, y siempre Wahlheim, lo que causa estas rarezas.

Fuera, bajo los tilos, había un grupo de gente tomando café. Como no me agradaban demasiado, me quedé aparte con un pretexto.

Vino un joven campesino de una casa vecina y se puso a arreglar algo en el arado que yo había dibujado hacía poco. Como me gustó su aspecto, me dirigí a él y le pregunté quién era; pronto nos hicimos amigos y, como suele ocurrirme con este tipo de gente, pronto cogimos confianza. Me contó que estaba al servicio de una viuda y que lo trataba muy bien. Habló tanto de ella y la elogió hasta tal punto que en seguida me percaté de que estaba entregado a su señora en cuerpo y alma. Dijo que ésta no era ya joven, que su primer marido la había tratado mal y no quería volver a casarse, y de su relato resultaba tan evidente lo hermosa, lo encantadora que le parecía y cuánto deseaba que lo eligiera a él para borrar el recuerdo de los errores de su primer marido, que tendría que repetírtelo palabra por palabra para darte una idea clara de lo puro del afecto, del amor y de la fidelidad de este hombre. Sí, tendría que poseer las dotes del mayor de los poetas para poder describir vivamente a la vez la expresión de sus gestos, la armonía de su voz, el fuego secreto de sus miradas. No, no hay palabras que expresen la ternura que había en su ánimo y en sus palabras; todo lo que pudiera expresar no serían más que torpezas. Me conmovió especialmente que le preocupara que yo pudiera pensar mal de su relación con ella y dudar de su buena reputación. El encanto que de él se desprendía cuando hablaba de su figura, de su cuerpo, que, sin atractivo juvenil, lo atraía poderosamente y lo cautivaba, es algo que sólo puedo reproducir en lo más profundo de mi ser. Puedo decir que en toda mi vida he visto con tal nitidez un deseo acuciante, una ansiedad ardiente y sensual, ni me los he imaginado ni los he soñado con tal pureza. No me reprendas si te digo que, al recordar semejantes inocencia y franqueza, mi alma arde en lo más íntimo, que la imagen de esa lealtad y esa ternura me persigue constantemente y que yo mismo, como inflamado por ella, suspiro y languidezco.

Voy a intentar verla lo antes posible, o mejor aún, si lo pienso bien prefiero evitarlo. Es mejor que la vea a través de los ojos de su enamorado; tal vez no apareciese ante mis ojos tal como ahora la veo y ¿por qué he de echar a perder una imagen tan hermosa?

16 de junio

¿Que por qué no te escribo? Y me lo preguntas tú, que eres un hombre instruido. Deberías adivinar que me encuentro bien y, sin embargo... bueno, en resumen, he conocido a alguien que toca de cerca mi corazón. Tengo... no sé.

Va a resultar difícil contarte ordenadamente cómo he llegado a conocer a una de las criaturas más adorables que existen. Me siento dichoso y por eso no seré un buen cronista.

¡Un ángel! ¡Bah! Eso lo dicen todos de la suya, ¿no? Y, sin embargo, no soy capaz de decirte lo perfecta que es, ni por qué es perfecta; basta, ha cautivado toda mi razón.

Tanto candor y tanta inteligencia, tanta bondad y tanta firmeza, y tanta paz en el alma y una vida y un comportamiento auténticos...

Todo lo que diga de ella no será más que vana palabrería, molestas abstracciones que ni siquiera expresan un solo rasgo de su ser. Otra vez será... No, otra vez no, ahora mismo voy a contártelo. Si no lo hago ahora, no lo haré jamás. Pues, entre nosotros, desde que he empezado a escribir ya he estado a punto en tres ocasiones de dejar la pluma, ordenar que me ensillaran el caballo y cabalgar hasta allí. Y, sin embargo, esta mañana me he jurado a mí mismo no hacerlo, aunque a cada instante me acerco a la ventana para ver a qué altura está el sol.

No he podido evitarlo, he tenido que ir a verla. Aquí estoy de nuevo, Wilhelm, voy a cenar un panecillo con mantequilla y a escribirte. ¡Qué dicha para mi alma verla rodeada de sus queridos y alegres niños, de sus ocho hermanos!

Si sigo así, al final vas a saber lo mismo que al principio. Así que escucha, voy a obligarme a entrar en detalles.

Hace poco te conté que había conocido al administrador S. y que me había pedido que lo visitara en su retiro o, mejor dicho, en su pequeño reino. Lo fui dejando y tal vez no habría llegado a ir jamás si el azar no me hubiera descubierto el tesoro que se oculta en esta tranquila comarca.

Nuestros jóvenes habían organizado un baile en el campo, al que yo acudí también de buena gana. Ofrecí mi mano a una joven del lugar, hermosa y buena, pero por lo demás insignificante, y acordamos que tomaría un coche, que las llevaría a ella y a su tía al lugar de la fiesta y que por el camino recogeríamos a Charlotte S.

«Vais a conocer a una hermosa muchacha», dijo mi acompañante cuando nos dirigíamos al pabellón de caza atravesando el extenso bosque talado.

«¡Cuidad de no enamoraros!», replicó la tía.

«¿Por qué?», dije yo.

«Ya está prometida —respondió ella— a un hombre muy bueno que se ha marchado de viaje para poner en orden sus asuntos tras la muerte de su padre y buscar una colocación honrada».

La información me dejó bastante indiferente.

Faltaba aún un cuarto de hora para que el sol se ocultase tras las montañas cuando llegamos al portón de la casa. Hacía mucho bochorno y las muchachas manifestaron su inquietud por una tormenta que parecía estar formándose en el horizonte con unas sombrías nubecillas de color grisáceo. Disipé sus temores con supuestas informaciones meteorológicas, aunque para entonces también yo empezaba a presentir que nuestra fiesta sufriría un revés.

Me había bajado del coche y una doncella que vino hasta el portón nos pidió que disculpásemos un momento, que la señorita Lottchen saldría en seguida. Atravesé el patio, acercándome a la casa, espléndidamente construida, y no había hecho más que subir los escalones de la entrada y cruzar la puerta cuando se ofreció a mis ojos el espectáculo más encantador que he visto jamás. Seis niños, de entre dos y once años, pululaban por la antesala en torno a una muchacha de hermosa figura y mediana estatura, que llevaba puesto un sencillo vestido blanco con unos lazos de un color rojo pálido en los brazos y el pecho. Sostenía en sus manos una hogaza de pan negro y cortaba a cada uno de los pequeñuelos que la rodeaban un pedazo en proporción a su edad y a su apetito, dándoselo a cada cual con enorme amabilidad, y uno a uno iban diciendo «¡gracias!» con gran naturalidad cuando lo cogían levantando sus pequeñas manitas, antes aún de que hubiera terminado de cortarlo; después o bien echaban a correr complacidos con su merienda o bien, si el niño era de carácter tranquilo, se dirigía con calma al portón del patio para ver a los desconocidos y el coche en el que su Lotte iba a marcharse.

«Pido disculpas —dijo ella— por haberos hecho subir y por hacer esperar a las señoritas. Entre vestirme y disponer un sinfín de cosas para la casa en mi ausencia he olvidado dar la merienda a mis niños, y no quieren que les corte el pan nadie más que yo».

Le hice un cumplido sin importancia, todo mi ser estaba prendado de su figura, de su tono, de su porte, y apenas había tenido tiempo de reponerme cuando salió corriendo hacia la sala en busca de sus guantes y del abanico. Los niños me miraban de reojo a cierta distancia y me acerqué al más pequeño, que tenía un rostro de lo más agraciado. Él retrocedió, pero en ese momento Lotte entraba por la puerta y le dijo:

«Louis, da la mano al señor primo».

El niño lo hizo con toda naturalidad y yo no pude por menos de besarle cariñosamente la naricilla, a pesar de los mocos.

«¿Primo? —dije tendiéndole la mano—. ¿Creéis que merezco la dicha de estar emparentado con vos?».

«¡Oh! —dijo con una pícara sonrisa—, tenemos muchísimos primos y me daría pena que vos fuerais el peor de todos».

Al marcharse encargó a Sophie, la mayor de las hermanas después de ella, una muchacha de unos once años, que cuidara bien de los niños y que saludara a papá cuando éste regresara a casa de su paseo a caballo. A los pequeños les dijo que debían obedecer a su hermana Sophie como si fuera ella misma, cosa que algunos prometieron expresamente. En cambio, una pequeña rubita marisabidilla de unos seis años dijo:

«No eres tú, Lottchen, te preferimos a ti».

Los dos chicos mayores se habían subido al coche y, atendiendo a mis ruegos, ella les permitió ir hasta la entrada del bosque si prometían no hacer tonterías e ir bien agarrados.

Apenas nos habíamos sentado y las damas se habían saludado e intercambiado algunas observaciones sobre los trajes, especialmente sobre los sombreros, repasando, como era de rigor, al grupo de personas que esperaban ver, cuando Lotte detuvo al cochero y ordenó a sus hermanos que bajasen; éstos se empeñaron una vez más en besarle la mano, cosa que el mayor hizo con toda la ternura propia de la edad de quince años, y el otro con mucha más rudeza y descuido. Saludó de nuevo a los pequeños y seguimos adelante.

La tía preguntó si había terminado el libro que le había enviado hacía poco.

«No —dijo Lotte—, no me gusta, se lo puedo devolver. El anterior tampoco era mucho mejor».

Yo me sorprendí cuando le pregunté de qué libros se trataba y ella me respondió que eran las obras de X.

Encontré una gran personalidad en todo lo que decía, y a cada palabra fui percibiendo nuevos encantos, nuevos destellos de su espíritu, que se desprendían de los rasgos de su rostro y que parecían cada vez más complacidos, porque ella sentía que yo la comprendía.

«Cuando era joven —dijo— no había nada que me gustase más que las novelas. Dios sabe cuánto me agradaba sentarme los domingos en un rinconcito y compartir de todo corazón las alegrías y las tristezas de alguna miss Jenny. Tampoco niego que aún le veo algún encanto a este género. Pero, como ahora rara vez cojo un libro, éste tiene que ser muy de mi gusto. Y prefiero a los autores en los que me reencuentro con mi mundo, en los que todo acontece como me acontece a mí, y que cuentan historias que me resultan tan interesantes y entrañables como mi propia vida hogareña, que, ciertamente, no es un paraíso, pero que, en general, es una fuente de indecible felicidad».

Me esforcé en ocultar mis emociones ante tales palabras. Claro que no por mucho tiempo, pues, como de paso la oí hablar del vicario de Wakefield, de..., no pude contenerme y le dije todo lo que tenía que decirle y sólo al cabo de un rato me di cuenta de que Lotte dirigía su conversación a sus compañeras, y que éstas, durante todo este tiempo, habían estado allí con los ojos bien abiertos como si, en realidad, no estuviesen. La tía me miró más de una vez arrugando burlona la naricilla, aunque a mí no me importó en absoluto. La conversación recayó en los placeres del baile.

«Si esa pasión es errada —dijo Lotte—, os confieso de buen grado que no conozco nada que supere al baile. Y es que cuando algo me ronda por la cabeza y me pongo a aporrear una contradanza en mi desafinado piano, todo vuelve a su cauce».

¡Cómo me deleité durante la conversación con esos ojos negros! ¡Cómo sedujeron mi alma esos vivos labios y esas mejillas lozanas y alegres! ¡Cómo, completamente sumido en el adorable significado de lo que decía, a menudo ni siquiera escuchaba las palabras con que se expresaba! Te lo puedes imaginar porque me conoces. En resumidas cuentas, me bajé del coche como un sonámbulo cuando nos detuvimos ante el pabellón de recreo y andaba dando vueltas por aquel mundo crepuscular tan perdido que apenas presté atención a la música que nos recibía desde la sala iluminada.

Los dos caballeros que eran las parejas de la tía y de Lotte, Audran y un tal n. n. (¡quién puede retener todos los nombres!), nos recibieron a la puerta del coche, se apoderaron de sus damas y yo acompañé a la mía hasta arriba.

Nos enlazamos unos con otros bailando minués; yo fui sacando a una damisela tras otra y justo las más insoportables eran las únicas que se resistían a darle a uno la mano para zanjar la cuestión. Lotte y su pareja empezaron una danza inglesa, y podrás imaginarte lo bien que me sentí cuando ella, también en la fila, hizo la figura con nosotros. ¡Tendrías que verla bailar! Pone en ello todo el corazón y toda el alma, todo su cuerpo es pura armonía, tan despreocupada, tan desenvuelta, como si en realidad eso lo fuera todo, como si no pensara en nada, como si no sintiera nada, y en ese momento seguro que todo desaparece para ella.

Le pedí la segunda contradanza; me concedió la tercera y con la más amable naturalidad del mundo me aseguró que le encantaba bailar la alemana.

«Aquí está de moda —continuó diciendo— que las parejas que están juntas sigan juntas en la alemana, y mi pareja baila mal el vals y me agradece que lo releve de tal trabajo. Vuestra pareja tampoco sabe y tampoco le gusta, y durante la inglesa he visto que se os daba bien el vals; si queréis ser mi pareja en la alemana, id y pedídselo a mi caballero y yo iré a pedírselo a vuestra dama».

Le di la mano y convinimos en que, mientras tanto, su pareja cuidaría de la mía. ¡Entonces empezó la danza...!, y durante un rato nos divertimos entrelazando los brazos de miles de maneras. ¡Con qué encanto, con qué ligereza se movía! Y, cuando, por fin, llegamos al vals y unos y otros empezamos a rodar como esferas, hubo un poco de confusión al principio porque sólo unos pocos sabían. Nosotros fuimos listos y dejamos que los demás se desfogaran y, una vez que los más torpes hubieron despejado la pista, entramos y aguantamos bien el tipo junto con otra pareja, Audran y su dama. Nunca me había movido con tanta facilidad. Ya no era un ser humano. Tener en los brazos a la más adorable de las criaturas y volar con ella dando vueltas como un torbellino de modo tal que todo se desvanecía alrededor, y... Wilhelm, para ser sincero, me juré a mí mismo que la muchacha que yo amara, respecto de la que abrigase intenciones, jamás bailaría un vals con otro que no fuera yo, aunque ello me costase la vida. ¡Tú ya me entiendes!

Dimos algunas vueltas por la sala para recuperar el aliento. Luego Lotte se sentó y las naranjas que yo había reservado, y que ahora eran las únicas que quedaban, surtieron en ella un magnífico efecto, sólo que con cada gajito que, por deferencia, compartía con su descarada vecina de asiento, una punzada me atravesaba el corazón.

En la tercera danza inglesa éramos la segunda pareja. Yo, Dios sabe con cuánto placer, iba colgado de su brazo y de su mirada llena de la más sincera expresión de puro y auténtico placer, y, al atravesar bailando la fila, pasamos por delante de una mujer que ya me había llamado la atención por lo amable de sus facciones en un rostro ya no del todo joven. Mira a Lotte sonriendo, levanta un dedo amenazador y, al vuelo, pronuncia dos veces el nombre de Albert con mucho retintín.

«¿Quién es Albert —inquirí a Lotte—, si se me permite preguntar?».

Estaba a punto de responder cuando tuvimos que separarnos para realizar el gran ocho, y me pareció apreciar en su frente cierto aire pensativo cuando volvimos a cruzarnos.

«¿Por qué habría de negároslo? —dijo tendiéndome la mano para el paseo—. Albert es un buen hombre con el que estoy como quien dice prometida».

Aquello no era nada nuevo para mí (pues las muchachas me lo habían dicho por el camino) y, sin embargo, me lo pareció, puesto que no lo había relacionado con la persona que, en tan breve espacio de tiempo, había cobrado para mí tanto valor. En suma, me atolondré, me despisté y me equivoqué de pareja al cruzar, armando tal lío que fue necesaria toda la presencia de ánimo de Lotte, que tuvo que arrastrar y tirar de mí, para restablecer el orden rápidamente.

El baile aún no había terminado cuando los rayos que hacía ya tiempo habíamos visto refulgir en el horizonte, y que yo en todo momento había tomado por una señal de que refrescaba el tiempo, empezaron a ser mucho más fuertes y los truenos a ahogar la música. Tres damas, a las que siguieron sus caballeros, abandonaron la fila; el desorden se generalizó y la música cesó. Es normal que, cuando una desgracia o algo terrible nos sorprende en medio del regocijo, nos cause una impresión mayor de lo común, en parte por el contraste que, de ese modo, se percibe con mayor intensidad, en parte, y aún más, porque nuestros sentidos, una vez agudizados, acogen con mucha más rapidez cualquier sensación. A estos motivos he de atribuir las curiosas muecas que vi formarse en varias de las damiselas. La más inteligente se sentó en un rincón, de espaldas a la ventana, y se tapó los oídos. Otra se arrodilló delante de ella y hundió la cabeza en su regazo. Una tercera se deslizó entre ambas y abrazó a sus hermanitas hecha un mar de lágrimas. Algunas querían volver a casa; otras, que aún tenían menos idea de qué hacer, carecían de la sensatez suficiente para reprimir las impertinencias de nuestros jóvenes calaveras, que parecían muy ocupados en atrapar las temerosas plegarias que, dirigidas al cielo, salían de los labios de aquellas bellezas en apuros. Algunos de nuestros caballeros habían bajado a fumarse tranquilamente una pipita, y el resto del grupo no dijo que no cuando la posadera tuvo la feliz idea de indicarnos una sala que tenía postigos y cortinas. Nada más entrar en ella Lotte se puso a formar un círculo con las sillas y, cuando el grupo se hubo sentado, propuso un juego.

Vi a algunos a los que la boca se les hacía agua y alargaban las manos a la espera de una jugosa prenda.

«Juguemos a contar —dijo Lotte—. ¡Ahora prestad atención! Yo iré dando la vuelta al corro de derecha a izquierda y vosotros iréis contando también a mi paso, cada cual el número que le corresponda, pero hay que hacerlo a la velocidad del rayo. El que se pare o se equivoque se llevará una bofetada, y así hasta mil».

Fue divertido contemplarlo. Con el brazo extendido empezó a dar vueltas al corro. «¡Uno!», empezó diciendo el primero, «¡dos!» el de al lado, «tres» el siguiente y

así el resto. Entonces ella empezó a ir más deprisa, cada vez más deprisa; uno se equivocó, ¡paf!, una bofetada, y con las risas al siguiente también: ¡paf! Y cada vez más deprisa. Yo mismo me gané dos sopapos y, con íntima satisfacción, creí percibir que eran más fuertes que los que daba a los demás. Unas risas y un alboroto generales pusieron fin al juego antes incluso de haber llegado hasta mil. Los más amigos se hicieron a un lado, la tormenta había pasado y yo seguí a Lotte hasta el salón. Por el camino dijo:

«¡Con las bofetadas se han olvidado del tiempo y de todo lo demás!». No fui capaz de darle una respuesta.

«Yo era —continuó diciendo— una de las que estaban más asustadas y, haciéndome la valiente para dar valor a los demás, he acabado animándome yo».

Nos acercamos a la ventana. Se oían truenos a lo lejos, la adorable lluvia murmuraba sobre la tierra y la más refrescante de las fragancias nos invadió con toda la plenitud de la cálida atmósfera. Se apoyó en los codos y recorrió el paisaje con la vista, miró hacia el cielo y me miró a mí, vi sus ojos llenos de lágrimas, puso su mano sobre la mía y dijo:

«¡Klopstock!».

Al punto recordé la espléndida oda en la que estaba pensando y me sumí en la corriente de emociones que, con esa consigna, había vertido sobre mí. No pude soportarlo, me incliné sobre su mano y la besé entre lágrimas plenas de dicha. Y de nuevo busqué sus ojos... ¡Noble poeta! Si hubieras visto la adoración que te tenía en esa mirada... ¡ojalá no vuelva a oír más tu nombre, tan a menudo profanado!

19 de junio

Ya no recuerdo dónde dejé mi relato hace unos días; sólo sé que eran las dos de la madrugada cuando me fui a la cama y que, de haber podido charlar contigo en lugar de escribirte, tal vez te habría retenido hasta la mañana siguiente.

Lo que ocurrió en el viaje de vuelta del baile no te lo he contado aún, pero hoy no tengo tiempo para hacerlo.

Fue el más adorable de los amaneceres. ¡Las gotas que caían de los árboles del bosque y el frescor del campo que nos rodeaba! Nuestras acompañantes iban dando cabezadas. Lotte me preguntó si no quería seguir yo también su ejemplo, que por ella no tuviera cuidado.

«Mientras vea esos ojos abiertos —dije mirándola fijamente—, mientras los vea no hay peligro».

Y los dos aguantamos hasta el portón de su casa, que la doncella abrió sin hacer ruido, asegurándole que su padre y los pequeños estaban bien y que todos dormían aún. Entonces la dejé con el ruego de que me permitiera verla de nuevo ese mismo día; me lo concedió y he ido, y desde entonces el sol, la luna y las estrellas pueden seguir tranquilamente su curso, que no sé si es de día o de noche, y el mundo entero se desvanece para mí.

21 de junio

Vivo días tan felices como los que Dios reserva a sus santos; y, sea de mí lo que sea, no puedo decir que no he disfrutado de las alegrías, de las más puras alegrías de la vida. Tú conoces mi Wahlheim; aquí estoy perfectamente instalado, desde aquí apenas tardo media hora en llegar a casa de Lotte, aquí me siento yo mismo y siento toda la dicha que les ha sido concedida a los hombres.

¡Si al elegir Wahlheim como meta de mis paseos hubiera pensado que estaba tan cerca del cielo...! ¡Cuántas veces, en el transcurso de mis largas caminatas, he visto, desde la montaña, o desde la llanura sobre el río, el pabellón de caza que ahora encierra todos mis anhelos!

Querido Wilhelm, he pensado un sinfín de cosas sobre el afán del hombre de expandirse, de llevar a cabo nuevos descubrimientos, de andar vagando de acá para allá, para luego, sobreponiéndose a ese impulso interno, volver a entregarse voluntariamente a la limitación y conducirse por la vía de la costumbre sin preocuparse por lo que ocurre ni a derecha ni a izquierda.

Es asombroso cómo desde que llegué aquí y divisé el hermoso valle desde la colina me sedujo todo lo que me rodeaba. ¡Aquel bosquecillo...! ¡Ay, si pudieras fundirte en sus sombras...! ¡La cima de aquella montaña...! ¡Ay, si pudieras contemplar desde ella la amplia comarca! ¡Las colinas encadenadas y los amables valles...! ¡Oh, si pudiera perderme en ellos! Eché a correr hacia ellos y regresé sin haber encontrado lo que esperaba. ¡Oh, con la distancia pasa lo mismo que con el futuro! Un universo entero en penumbra descansa ante nuestra alma, nuestras sensaciones se diluyen en él igual que nuestras miradas, y deseamos, ¡ay!, entregar todo nuestro ser, dejarnos colmar por la dicha de un sentimiento único, grande y magnífico. Y, ¡ay!, cuando echamos a correr, cuando lo que está allí ahora está aquí, cuando todo es antes igual que después, y

nosotros seguimos en medio de nuestra miseria, de nuestra estrechez, nuestra alma ansía el bálsamo que se nos escapó.

De igual manera el más inquieto de los vagabundos acaba deseando volver a su patria, y en su cabaña, en el seno de su esposa, en el corro de sus hijos, en las ocupaciones para su sustento, encuentra la felicidad que en vano ha estado buscando por el ancho mundo.

Cuando por la mañana, al salir el sol, pongo rumbo a mi Wahlheim y yo mismo recojo allí mis guisantes, en el huerto de la posada, me siento, los desgrano y, mientras tanto, leo mi Homero, cuando en la pequeña cocina elijo una cazuela, parto la mantequilla, pongo al fuego las vainas, las tapo y me siento al lado para removerlas de vez en cuando, entonces sí que experimento con toda su fuerza cómo los arrogantes pretendientes de Penélope degüellan, descuartizan y asan bueyes y cerdos. No hay nada que me llene de sentimientos más serenos y auténticos que los rasgos de la vida patriarcal, que yo, gracias a Dios, puedo entretener sin afectación con mi forma de vivir.

Qué bien me hace que mi corazón pueda sentir la simple e inocente dicha del hombre que trae a su mesa una cabeza de repollo que él mismo ha cultivado, y no sólo disfruta del repollo, sino que, en un único instante, vuelve a disfrutar de todos los días buenos, de la hermosa mañana en que lo plantó, de las adorables tardes en que lo regó y de la alegría que le dio verlo crecer.

29 de junio

Anteayer vino el médico de la ciudad a ver al administrador y me encontró en el suelo, entre los niños de Lotte, algunos subiéndoseme encima, otros gastándome bromas, y yo haciéndoles cosquillas y armando un gran jaleo. Al doctor, un dogmático que al hablar se dobla los puños de la camisa y se estira sin parar la pechera de encaje, eso le pareció indigno de un hombre sensato; se lo noté en la nariz. Pero no permití que me incomodara en lo más mínimo, y le dejé que tratara de asuntos muy razonables, mientras yo reconstruía a los niños, una vez más, los castillos de naipes que habían derrumbado. Después anduvo por la ciudad lamentándose de que los niños del administrador eran de por sí bastante maleducados, y que ahora Werther los estaba echando a perder del todo.

Sí, querido Wilhelm, nada en el mundo está tan cerca de mi corazón como los niños. Cuando los contemplo y veo en esas cositas el germen de todas las virtudes, de todas las fuerzas que algún día habrán de serles tan necesarias, cuando vislumbro en su terquedad la futura resolución y firmeza de carácter, en sus caprichos buen humor y ligereza para esquivar los peligros del mundo, ¡todo tan íntegro, tan pleno...!, siempre, siempre repito entonces las áureas palabras del maestro de los hombres: ¡Si no os volvéis

como uno de ellos...! Y, sin embargo, mi buen amigo, a ellos, que son nuestros iguales, a los que deberíamos tener por modelo, los tratamos como si fueran súbditos. ¡No deben tener voluntad! ¿Es que nosotros no la tenemos? ¿Y en qué se basan estos privilegios? ¡En que somos mayores y más sensatos! Buen Dios, desde tu cielo ves niños viejos y niños jóvenes y nada más, y hace ya mucho que tu Hijo nos anunció quiénes son los que te procuran mayor alegría. Pero la gente no cree en Él ni lo escucha, ¡eso también es de viejos!, y educa a sus hijos a su manera y... adiós, Wilhelm, no quiero seguir perorando sobre esto.

1 de julio

Lo que Lotte debe ser para un enfermo lo siento yo en mi propio corazón necesitado, que está peor que alguno que se consume en el lecho del dolor. Va a pasar unos días en la ciudad en casa de una buena mujer que, por lo que dicen los médicos, se aproxima a su fin y quiere tener a Lotte a su lado en estos últimos momentos. La semana pasada fui con ella a visitar al párroco de San ..., una pequeña aldea a una hora de aquí, al otro lado de la montaña. Llegamos hacia las cuatro. Lotte se había llevado a la segunda de sus hermanas. Cuando entramos en el patio de la parroquia, al que daban sombra dos altísimos nogales, el buen hombre estaba sentado en un banco a la puerta de la casa, y al ver a Lotte fue como si reviviera, se olvidó del bastón y se atrevió a salir a recibirla. Ella corrió hacia él, le rogó que se sentara y, mientras se acomodaba a su lado, le dio muchos recuerdos de su padre, y le hizo carantoñas al más pequeño de los niños, feo y sucio, el solaz de la vejez del párroco. Tendrías que haberla visto atendiendo al anciano, levantando la voz para que pudieran oírla sus oídos medio sordos, hablándole de robustos jóvenes que habían muerto de forma inesperada, y de las excelencias de las aguas de Karlsbad, y alabando su decisión de ir allí el próximo verano, pues encontraba que tenía mejor aspecto, que estaba más jovial que la última vez que lo vio... Entre tanto, yo había presentado mis respetos a la mujer del párroco. El anciano estaba muy animado y, como no pude por menos que elogiar los hermosos nogales que tan amablemente nos daban sombra, empezó, aunque con alguna dificultad, a relatarnos su historia.

«El viejo —dijo— no sabemos quién lo plantó: algunos dicen que fue un párroco, otros dicen que fue otro. Pero el más joven, el de allí detrás, tiene la misma edad que mi esposa, en octubre cumplirá cincuenta años. Lo plantó su padre la mañana del día en que ella vino al mundo por la tarde. Fue mi predecesor en el cargo, y es imposible decir cuánto amaba ese árbol; yo no lo amo menos. Mi mujer estaba sentada a su sombra,

tejiendo sobre un tajo, cuando, siendo yo un pobre estudiante, entré en el patio por vez primera hace veintisiete años».

Lotte le preguntó por su hija; le dijeron que había ido al prado con el señor Schmidt a ver a los obreros, y el anciano continuó con su relato: cómo su predecesor le había tomado cariño y también la hija, y cómo él había llegado a ser primero su vicario y luego su sucesor. No hacía mucho que había terminado el relato cuando llegó por el jardín su joven hija con el tal señor Schmidt; dio la bienvenida a Lotte con afecto y calidez, y he de decir que no me desagradó: una morena vivaracha, de buena complexión, que bien habría podido entretenerle a uno en su breve estancia en el campo. Su pretendiente (pues como tal se presentó al punto el señor Schmidt), un hombre elegante, aunque callado, no quería entrometerse en nuestras conversaciones, aunque Lotte lo instaba a intervenir constantemente. Lo que más me entristeció fue que me pareció percibir en su semblante que era más bien obstinación y mal humor, y no falta de entendimiento, lo que le impedía participar. Por desgracia, esto se hizo demasiado evidente a continuación, pues como durante el paseo que dimos Friederike iba con Lotte y, ocasionalmente, también conmigo, el rostro del hombre, que de por sí tenía un color parduzco, se ensombreció de forma tan visible que hubo un momento en que Lotte me tiró de la manga dándome a entender que había sido demasiado galante con su amiga. No hay cosa que más me irrite que los hombres que se atormentan entre sí, sobre todo cuando los jóvenes, en la flor de la vida, que podrían estar mucho más abiertos a todos los placeres, se fastidian mutuamente con sus malas caras esos magníficos días, que son tan pocos, y sólo cuando ya es demasiado tarde se dan cuenta de lo irreparable de su pérdida. Esa idea me reconcomía y, cuando al caer la tarde regresamos a la casa parroquial y nos sentamos a una mesa a tomar un poco de leche, y la conversación fue a parar a las alegrías y las penas del mundo, no pude evitar tomar la palabra y explayarme a mis anchas contra el mal humor.

«Los seres humanos —empecé diciendo— nos quejamos a menudo de que los días buenos son pocos y muchos los malos, y a mi parecer la mayoría de las veces nos quejamos sin razón. Si tuviéramos siempre un corazón abierto para disfrutar de lo bueno que Dios nos depara cada día, tendríamos también fuerza suficiente para soportar lo malo cuando llega».

«Pero no somos dueños de nuestro estado de ánimo —replicó la esposa del párroco—, ¡cuántas cosas dependen del cuerpo! Si uno no se siente bien, no está a gusto en ningún sitio». En eso le di la razón.

«Entonces —continué diciendo— debemos considerar el mal humor una enfermedad y preguntarnos si hay algún remedio para ella».

«Eso parece razonable —dijo Lotte—; al menos yo creo que mucho depende de nosotros. Lo sé por mí misma. Cuando algo me disgusta y veo que va a amargarme, me levanto de un salto, canto un par de contradanzas mientras recorro el jardín de un lado a otro y al instante el mal humor ha desaparecido».

«Eso es lo que quería decir —repliqué—; con el mal humor pasa exactamente lo mismo que con la pereza, pues, en realidad, es una suerte de pereza. Nuestro natural tiende demasiado a ella y, sin embargo, con que sólo una vez tengamos fuerza suficiente para sobreponernos, el trabajo nos sale solo y encontramos en la actividad un verdadero placer».

Friederike estaba muy atenta y el joven me replicó que uno no es dueño de sí mismo y menos aún del dominio de sus emociones.

«En este caso se trata de un sentimiento desagradable —contesté—, del que todos queremos librarnos, y nadie sabe hasta dónde llegan sus fuerzas hasta que no lo intenta. Seguro que si alguien está enfermo consultará a todos los médicos y no se negará a las mayores privaciones ni a las más amargas medicinas con tal de mantener la deseada salud».

Me percaté de que el venerable anciano aguzaba el oído para tomar parte en nuestra conversación, y levanté la voz dirigiendo mis palabras hacia él.

«Se predica en contra de tantos vicios —dije—, y nunca he oído que desde el púlpito se haya trabajado contra el mal humor».

«Eso tendrían que hacerlo los párrocos de ciudad —dijo él—; los campesinos no tienen mal humor, aunque tampoco les vendría mal de vez en cuando: sería una lección al menos para su mujer y para el señor administrador».

Todo el grupo se rio, y él también de buena gana, hasta que le dio un ataque de tos que interrumpió nuestra conversación por un momento. Después, el joven volvió a tomar la palabra:

«Habéis dicho que el mal humor es un vicio; me parece que eso es exagerado».

«En absoluto —le respondí—, cuando aquello con lo que uno se perjudica a sí mismo y a su prójimo merece ese nombre. ¿No basta con que no seamos capaces de hacernos felices unos a otros? ¿Tenemos también que privarnos del placer del que todo corazón puede gozar de vez en cuando? ¡Y nombradme al hombre que, estando de mal humor, sea lo suficientemente bueno para ocultarlo y soportarlo solo, sin destruir la alegría de los demás! ¿O no es más bien que nos enojamos en lo más íntimo por nuestra propia

indignidad, porque no nos gustamos a nosotros mismos, lo cual va siempre unido a cierta envidia acuciada por alguna necia vanidad? Vemos a seres felices, a los que nosotros no hacemos felices, y eso nos resulta insoportable —Lotte me sonrió al ver la vehemencia con la que hablaba, y una lágrima en los ojos de Friederike me espoleó a continuar—. Ay de aquellos —dije— que se sirven del poder que tienen sobre un corazón para despojarlo de las sencillas alegrías que brotan en su seno. Todos los regalos, todas las deferencias del mundo no compensan un momento de felicidad amargado por la envidiosa indisposición de un tirano».

Mi corazón entero rebosaba en esos instantes; me embargaba el recuerdo de algunos acontecimientos pasados y las lágrimas asomaron a mis ojos.

«¿Quién será capaz de decirse cada día —exclamé— que lo único que debe hacer por sus amigos es permitirles sus alegrías y aumentar su felicidad, disfrutándola con ellos? Cuando en lo más profundo de su alma un amigo se ve atormentado por una angustiada pasión, y se encuentre deshecho por la pena, ¿serás capaz de brindarle una gota de consuelo? E incluso cuando la última y más temible de todas las enfermedades se abata sobre la criatura que tú has enterrado en la flor de su juventud, y yazga en la más miserable languidez, con la mirada perdida en el cielo, y el sudor de la muerte le mude la pálida frente, y tú estés junto al lecho como un condenado, convencido hasta la médula de que no puedes hacer nada aun con todo tu poder, y el miedo te atenace por dentro, y lo darías todo por ser capaz de insuflar una gota de fuerza, una chispa de valor a esa criatura moribunda...».

Al pronunciar estas palabras, el recuerdo de una escena semejante que había presenciado me vino a la memoria con toda su fuerza. Me llevé el pañuelo a los ojos y me aparté del grupo, y sólo la voz de Lotte diciéndome que teníamos que marcharnos me hizo volver en mí. ¡Y cómo me regañó por el camino por el exceso de pasión que puse en todo, diciéndome que eso sería mi perdición! ¡Oh, qué ángel! ¡Por ti habré de vivir!

6 de julio

Sigue con su amiga moribunda y sigue siendo la misma dulce criatura, la misma solícita criatura que, allá donde mire, alivia dolores y hace feliz. Ayer por la tarde fue de paseo con Marianne y con la pequeña Malchen; yo lo sabía y les salí al paso, y luego continuamos juntos. Tras un paseo de hora y media, ya de regreso a la ciudad, llegamos a la fuente que me es tan querida y que ahora lo será mil veces más. Lotte se sentó sobre

el murete, nosotros nos quedamos en pie delante de ella. Eché una mirada a mi alrededor y, ¡ay!, aquel tiempo en que mi corazón estaba tan solo revivió en mí.

«Querida fuente —dije—, desde entonces no había vuelto a descansar en tu frescor, a veces ni siquiera reparaba en ti cuando pasaba con prisa».

Bajé la vista y vi a Malchen afanándose en subir con un vaso de agua. Miré a Lotte y me di cuenta de todo lo que he ganado conociéndola. Entre tanto llega Malchen con un vaso. Marianne se dispone a cogerlo...

«¡No! —exclama la niña con una expresión muy dulce—. ¡No! ¡Lottchen, primero tienes que beber tú!». Me quedé tan encantado con la franqueza, con la bondad con que lo había dicho que no fui capaz de expresar mis emociones más que levantando a la niña del suelo y besándola con tanta emoción que empezó a gritar y a llorar.

«Habéis hecho mal», dijo Lotte. Me quedé atónito.

«Ven, Malchen —añadió mientras la cogía de la mano y bajaba los escalones—, venga, lávate con el agua fresca de la fuente, deprisa, deprisa, no te va a pasar nada».

Estuve viendo con cuánto celo la pequeña se frotaba las mejillas con las manitas mojadas, con qué fe en que la fuente milagrosa lavaría todas las impurezas y le evitaría la vergüenza de verse con una fea barba; cuando Lotte dijo «basta», la niña seguía lavándose con ahínco, como si lavarse mucho diera más frutos que hacerlo poco... Te digo, Wilhelm, que no he asistido jamás con más respeto a una ceremonia bautismal, y cuando Lotte subió me habría gustado postrarme a sus pies como ante los de un profeta que ha expiado las culpas de toda una nación.

Por la noche, en la alegría de mi corazón, no pude resistir contárselo a un hombre al que había atribuido sentido común, pues es razonable, pero ¡cómo se me ocurriría! Me dijo que Lotte había hecho muy mal; que a los niños no había que contarles patrañas, que cosas así alimentan infinitos errores y supersticiones, contra los que hay que proteger a los niños cuanto antes. Entonces recordé que ese hombre había celebrado un bautizo hacía ocho días, así que no insistí y en mi corazón me aferré a la verdad: debemos comportarnos con los niños igual que Dios con nosotros, que como nos hace más dichosos es dejándonos dar tumbos, inmersos en dulces delirios.

8 de julio

¡Qué infantiles somos! ¡Cómo ansiamos una mirada así! ¡Qué infantiles somos! Habíamos ido a Wahlheim. Las damas habían ido en coche, y en nuestros paseos creí ver en los

negros ojos de Lotte... Soy un necio, ¡perdóname! ¡Tendrías que verlos, esos ojos! Para ser breve, porque los párpados se me cierran de sueño, mira, las damas subieron al coche y fuera nos quedamos el joven W., Selstadt, Audran y yo. Por la portezuela charlaron con los chicos, que, por cierto, eran bastante simples y frívolos. Yo busqué los ojos de Lotte, pero ¡ay!, iban de uno a otro. ¡En mí, en mí, en mí, en el único que estaba completamente entregado a ella... en mí no se fijaron! Mi corazón le dijo mil veces adiós. ¡Y no me miró! El coche se puso en movimiento y una lágrima asomó a mis ojos. La seguí con la mirada y vi su tocado asomando por la portezuela, mientras ella se volvía para mirar, ¡ay!, ¿a mí? ¡Querido amigo! En esta incertidumbre vivo suspenso, éste es mi consuelo: ¡tal vez se volvió para mirarme a mí! ¡Tal vez...! ¡Buenas noches! ¡Oh, pero qué infantil soy!

10 de julio

¡Tendrías que ver la cara de bobo que pongo cuando se habla de ella en sociedad! ¡Cuando me preguntan si me gusta! ¡Si me gusta...! Odio esta palabra a muerte. ¿Qué tipo de hombre será aquel al que Lotte le guste, y que no colme todos sus sentidos, todas sus emociones? ¡Si me gusta...! ¡Hace poco alguien me preguntó si me gustaba Ossian!

11 de julio

La señora M. está muy mal; rezo por su vida porque sufro con Lotte. Rara vez la veo, en casa de una amiga, y hoy me ha contado un suceso asombroso. El viejo M. es un canalla avaro y mezquino, que le ha hecho la vida imposible a su mujer con todo tipo de tormentos y ataduras, aunque ella siempre ha sabido arreglárselas. Hace unos días, cuando el médico la dio por desahuciada, mandó llamar a su marido (Lotte estaba en la habitación) y le dijo lo siguiente:

«Tengo que confesarte una cosa que, después de mi muerte, podría causar alguna confusión y malestar. Hasta ahora he gobernado la casa con tanto orden y parquedad como me ha sido posible, pero habrás de perdonarme porque en estos treinta años te he estado engañando. Al principio de nuestro matrimonio tú asignaste una pequeña cantidad para costear los gastos de cocina y otras necesidades domésticas. Cuando los gastos fueron creciendo y nuestra hacienda aumentó, no hubo forma de que incrementases mi asignación semanal con arreglo a las nuevas circunstancias. En resumidas cuentas, sabes que en los tiempos en que más gastos tuvimos exigiste que me las apañara con siete florines a la semana. Los cogía sin rechistar y lo que me faltaba

lo iba tomando cada semana de los beneficios en metálico de las ventas, pues nadie iba a sospechar que la esposa robara de la caja. No he derrochado nada y me habría ido tranquilamente al otro mundo sin haberlo confesado, si no fuera porque la que tendrá que llevar la casa después de mí no sabrá cómo desenvolverse y tú siempre podrías insistirle en que tu primera mujer sí se las apañaba».

Comenté con Lotte la increíble ofuscación del entendimiento humano, incapaz de sospechar que tiene que haber gato encerrado cuando a uno le alcanza con siete florines viendo que el gasto es probablemente el doble. Pero yo he conocido a gente que, sin el menor asombro, habría aceptado en su casa la pequeña orza de aceite eterno del profeta.

13 de julio

¡No, no me engaño! ¡Leo en sus ojos negros un auténtico interés por mí y por mi destino! ¡Sí, y en esto puedo confiar en mi corazón, siento que ella... (¡oh!, ¿acaso puedo expresar la gloria con estas palabras...?) que ella me ama!

¡Me ama! ¡Y cuán digno me siento, cuánto —a ti puedo decírtelo, tú tienes sensibilidad para entenderlo—, cuánto me venero a mí mismo desde que ella me ama!

¿Es esto una temeridad o un sentimiento realmente correspondido? No conozco al hombre que Lotte guarda en su corazón y del que yo podría temer algo. Y, sin embargo, cuando habla de su prometido con tanto ardor, con tanto cariño... me siento como alguien a quien se despojara de todos sus honores y dignidades y se le arrebatara la espada.

16 de julio

¡Ay! ¡Qué sensación recorre mis venas cuando, sin querer, mi dedo roza el suyo, cuando nuestros pies se encuentran debajo de la mesa! Retrocedo como si fuera fuego, una fuerza secreta me empuja de nuevo hacia delante... y pierdo el sentido. ¡Oh! Y su inocencia, su alma cándida no sabe cuánto me atormentan estas pequeñas confianzas. Cuando, en medio de una conversación, posa su mano sobre la mía e, interesada, se acerca tanto a mí que el celestial aliento de su boca es capaz de alcanzar mis labios... entonces creo perecer, como fulminado por un rayo. Y, ¡Wilhelm!, si alguna vez yo me permitiera... ese cielo, esa confianza... Ya me entiendes. ¡No, mi corazón no está tan echado a perder! Pero ¡es débil! ¡Lo suficientemente débil! ¿Y no es eso perdición?

Es sagrada para mí. Cualquier deseo se acalla en su presencia. Nunca sé qué me pasa cuando estoy con ella; es como si el alma me trastornara los nervios. Conoce una

melodía que interpreta al piano con la fuerza de un ángel, tan sencilla y tan ingeniosa. Es su canción favorita, y, sólo con que toque la primera nota, me siento libre de todo dolor, confusión y obsesión.

Ni una sola palabra que se diga sobre la antigua fuerza mágica de la música me parece inverosímil. ¡Cómo me atrapa ese simple canto! ¡Y cómo sabe interpretarlo, a menudo justo en el momento en que me dispararía una bala en la cabeza! La confusión y las tinieblas de mi alma se disipan y vuelvo a respirar libremente.

18 de julio

Wilhelm, ¿qué sería de nuestro corazón en un mundo sin amor? ¡Lo mismo que una linterna mágica sin luz! ¡Apenas pones en ella la lamparita, un sinfín de imágenes de todos los colores resplandece en tu blanca pared! Y, aunque no sean más que eso, fantasmagorías pasajeras, seguirán haciéndonos felices cada vez que nos coloquemos frente a ellas como niños y nos hechicen esas maravillosas apariciones.

Hoy no he podido ir a casa de Lotte, una reunión ineludible me lo ha impedido. ¿Qué podía hacer? Envié a mi criado únicamente para poder tener cerca de mí a una persona que hoy hubiera estado cerca de ella. ¡Con qué impaciencia lo esperaba, con qué alegría volví a verlo! Me habría gustado agarrarle la cabeza y darle un beso si no me hubiera dado vergüenza.

Se dice de la piedra de Bolonia que, si se la pone al sol, absorbe sus rayos y por la noche fosforece durante un rato. Eso mismo me ha ocurrido con el muchacho. ¡La sensación de que los ojos de Lotte se habían posado sobre su rostro, sus mejillas, los botones de su chaqueta y el cuello de su gabán, ha hecho todo esto tan sagrado, tan valioso...! En ese momento no habría renunciado al joven ni por mil táleros. Me sentía tan bien en su presencia... Que Dios te libre de reírte. Wilhelm, ¿acaso son eso fantasmagorías cuando nos sentimos tan bien?

19 de julio

«¡Voy a verla!», exclamo por la mañana cuando me despierto y, lleno de alegría, contemplo el hermoso sol.

«¡Voy a verla!». Y en todo el día ya no deseo nada más. Todo, todo se cifra en esa expectativa.

20 de julio

No acabo de hacerme a vuestra idea de ir a ... con el embajador. No me gusta mucho la subordinación y todos sabemos que ese hombre es, además, un tipo repugnante. Dices que a mi madre le encantaría verme activo; eso me ha hecho reír. ¿Es que ahora no estoy activo? Y, en el fondo, ¿no da lo mismo que cuente guisantes o lentejas? Todo en este mundo acaba por ser una bagatela, y un hombre que, por voluntad de otro, sin que sea su propio deseo, su propia necesidad, se mate a trabajar por dinero u honores o lo que sea, será siempre un necio.

24 de julio

Puesto que tanto te interesa que no descuide mis dibujos preferiría pasar por alto este asunto antes que decirte que, hasta el momento, he hecho muy poco.

Jamás he sido tan feliz, jamás mi sensibilidad por la naturaleza ha sido tan plena, tan íntima, hasta por una piedrecita, por una hierbecita, y, sin embargo... No sé cómo debo expresarme, la fuerza de mi imaginación es tan débil, todo flota y se tambalea ante mi alma hasta tal punto que no soy capaz de emprender un solo esbozo; aunque creo que si tuviera arcilla o cera seguro que haría algo. ¡Si esto dura mucho, terminaré cogiendo arcilla y amasándola, aunque me salgan sólo pasteles!

He empezado tres veces el retrato de Lotte y tres veces he hecho el ridículo, cosa que me disgusta tanto más cuanto que hace algún tiempo solía acertar bastante. Así que he hecho su silueta y con eso habré de conformarme.

25 de julio

Sí, querida Lotte, lo conseguiré y me ocuparé de todo; sólo dadme más encargos, pero más a menudo. Una cosa os pido: no más arenilla en las notitas que me escribáis. Hoy me la he llevado rápidamente a los labios y me han rechinado los dientes.

26 de julio

Algunas veces me he propuesto no verla tan a menudo. Sí, ¡quién pudiera cumplirlo! Día tras día sucumbo a la tentación y me lo prometo por lo más sagrado: «Mañana, por una vez, no te acercarás». Pero cuando llega ese mañana vuelvo a encontrar una razón inexcusable y, antes de haberme dado cuenta, estoy en su casa. Ya sea que por la noche me haya dicho: «Vendréis mañana, ¿no?» (¿quién podría no ir entonces?), ya que me haya encomendado algo y a mí me parezca lo más adecuado llevarle en persona la

respuesta, ya que el día esté muy hermoso y vaya a Wahlheim, ¡y ya que estoy allí, su casa está sólo a media hora...! Estoy demasiado cerca de su atmósfera... ¡Zas y ya estoy allí! Mi abuela se sabía un cuento de una montaña magnética: los barcos que se acercaban más de la cuenta se quedaban al instante sin las piezas de hierro, los clavos volaban hacia la montaña y los pobres desgraciados se iban a pique entre las tablas que se desplomaban.

30 de julio

Ha llegado Albert y yo me marcharé; y, aunque fuera el mejor, el más noble de los hombres, aunque ante él yo estuviera dispuesto a considerarme inferior en todos los sentidos, no podría verlo en posesión de tantas perfecciones. ¡Posesión...! ¡Se acabó, Wilhelm, el novio está aquí! Un hombre honrado y amable, con el que hay que portarse bien. ¡Por fortuna no estuve cuando lo recibieron! Me habría partido el corazón. Además, es tan honesto que no ha besado una sola vez a Lotte en mi presencia. ¡Que Dios se lo pague! Tengo que quererlo por el respeto que le tiene a la joven. Me tiene aprecio, y sospecho que es por obra de Lotte más que de sus propios sentimientos; pues en estas cosas las mujeres son muy sutiles y tienen razón: si son capaces de conseguir que dos admiradores se lleven bien, el beneficio es siempre para ellas, por muy rara vez que esto ocurra.

Con todo, no puedo negarle mi respeto a Albert. Su serena apariencia contrasta muy vivamente con lo inquieto de mi carácter, imposible de ocultar. Es muy sensible y sabe lo que vale Lotte. Parece que no tiene muy mal humor, y ya sabes que ése es el pecado que más detesto en el ser humano.

Me tiene por hombre sensato y mi dependencia de Lotte, la cálida alegría que siento ante todo lo que ella hace, aumenta su triunfo y por ello la ama aún más. Y si alguna vez la atormenta con pequeños ataques de celos... en eso no voy a entrar. Yo, al menos, de estar en su lugar, no me sentiría del todo seguro frente a este diablo.

¡Que haga lo que quiera! Mi alegría de estar con Lotte se ha acabado. ¿He de llamarlo necedad u obcecación? ¡Qué más da cómo se llame! ¡Limítate a contarlo! Antes de que llegara Albert yo ya sabía todo lo que sé ahora; sabía que no podía abrigar ninguna pretensión, y tampoco la abrigué... es decir, en la medida en que uno puede no desearla entre tantas gentilezas. Y ahora el mocoso se sorprende de que el otro venga de verdad y le quite a la chica.

Aprieto los dientes y me burlo de mi desgracia, y me burlaría el doble y el triple de quienes dijeran que debo resignarme porque no podía ser de otro modo. ¡Quitadme de encima a esos espantajos! Vago por los bosques y, cuando llego a casa de Lotte y Albert

está sentado a su lado en el jardincito, bajo el cenador, no soy capaz de seguir, me vuelvo un loco sin freno y empiezo a hacer bobadas, un sinfín de tonterías.

«¡Por amor de Dios —me ha dicho hoy Lotte—, os lo ruego, no hagáis una escena como la de anoche! Sois terrible cuando estáis tan alegre».

Entre nosotros, acecho el momento en que él tiene algo que hacer, y entonces, ¡zas!, aparezco y siempre me siento bien cuando la encuentro sola.

8 de agosto

Te lo ruego, querido Wilhelm, sin duda no me refería a ti al calificar de insoportables a los hombres que nos exigen resignación ante un destino inevitable. De verdad que no pensaba que tú pudieras ser de la misma opinión. Y, en el fondo, tienes razón. Sólo una cosa, querido amigo: en el mundo muy rara vez es simplemente «esto o lo otro», los sentimientos y los comportamientos tienen matices tan variados como la pendiente de una nariz aguileña y la de una chata.

Así pues, no me tomarás a mal que admita todos tus argumentos y, sin embargo, intente escabullirme del «esto o lo otro».

O bien, dices, tienes alguna esperanza de conseguir a Lotte, o bien no tienes ninguna. Bueno, en el primer caso, trata de seguir adelante, trata de realizar tus deseos; en el caso contrario, ármate de valor y trata de librarte de unos desafortunados sentimientos que consumirán todas tus fuerzas. ¡Amigo mío! Eso se dice bien... y se dice pronto.

¿Y acaso puedes exigirle al desdichado, cuya vida se extingue sin remedio bajo el efecto de una enfermedad incurable, acaso puedes exigirle que ponga fin de una vez por todas a sus sufrimientos dándose una puñalada? ¿Es que el mal que consume sus fuerzas no es también el que le priva del valor para librarse de él?

Sin duda podrías contestarme con una comparación similar: ¿quién no preferiría dejarse amputar un brazo antes que poner en juego su vida por miedo y vacilación? ¡No lo sé! Y tampoco vamos a rompernos la cabeza con comparaciones. Basta... Sí, Wilhelm, de vez en cuando tengo uno de esos momentos de súbito y arrojado valor y entonces... me marcharía de buen grado, si al menos supiera adónde.

Por la tarde

Mi diario, que, desde hace algún tiempo, tengo abandonado, ha vuelto a caer hoy en mis manos, y me sorprende de qué forma tan consciente he ido metiéndome en todo

esto, paso a paso. Con cuánta claridad he visto siempre mi posición y, sin embargo, me he portado como un niño; ahora lo veo aún más claro y la cosa no tiene visos de mejorar.

10 de agosto

Podría llevar la mejor y más dichosa de las existencias si no fuera un necio. No es fácil que concurren tan hermosas circunstancias, capaces de colmar de felicidad el alma de un hombre, como estas en las que ahora me encuentro. ¡Ay, qué cierto es que sólo nuestro corazón puede labrarse su propia dicha! Ser miembro de esta encantadora familia, ser amado por el viejo como un hijo, por los pequeños como un padre, ¡y por Lotte...! Además, el noble Albert, que no perturba mi alegría con ningún gesto malhumorado, que me acoge con cordial amistad, para el que, después de Lotte, soy lo que más quiere en el mundo... Wilhelm, es un placer oírnos cuando vamos de paseo y hablamos los dos de Lotte: no se ha inventado en el mundo nada más ridículo que esta relación y, sin embargo, a menudo las lágrimas asoman a mis ojos por ella.

Cuando me habla de la madre de Lotte, tan recta, de cómo en el lecho de muerte le confió a ella su casa y sus niños, y a él le encomendó que se ocupara de Lotte, de cómo desde entonces la ha animado un espíritu completamente distinto, de cómo, con el cuidado de su hogar y con la responsabilidad, se ha convertido en una verdadera madre, de cómo no pasa un solo momento sin entregarse al cariño, al trabajo y, aun con todo, no ha perdido ni la alegría ni la espontaneidad... Así voy andando con él, cogiendo flores por el camino y haciendo un ramo con ellas con todo cuidado para... arrojarlas al paso de la corriente y seguir con la mirada cómo se van hundiendo lentamente. No sé si te he dicho que Albert va a quedarse y que le van a dar un puesto con unos buenos honorarios en la corte, donde es muy apreciado. En orden y laboriosidad en los negocios he visto a pocos como él.

12 de agosto

Ciertamente Albert es la mejor persona del mundo. Ayer viví con él una escena asombrosa. Fui a verlo para despedirme, pues se me había antojado ir a cabalgar por las montañas, desde donde ahora te escribo, y, mientras paseaba por la sala, me llamaron la atención sus pistolas.

«Préstame las pistolas para el viaje», le dije.

«Por mí de acuerdo —dijo—, si te tomas la molestia de cargarlas, aquí sólo están de adorno. —Descolgué una y él continuó diciendo—: Desde que mi prudencia me jugó una mala pasada, no quiero tener nada que ver con esos chismes».

Me entró curiosidad por conocer la historia.

«Llevaba ya unos tres meses en el campo en casa de un amigo —me contó—, tenía un par de tercerolas descargadas y dormía plácidamente. En una ocasión, una tarde de lluvia en la que estaba ocioso, no sé cómo se me ocurrió que podrían asaltarnos y que necesitaría las tercerolas y que podríamos... Ya sabes cómo es eso. Se las di al criado para que las limpiara y las cargara, y él se puso a jugar con las sirvientas para asustarlas y, Dios sabe cómo, el arma se disparó y, como la baqueta aún estaba dentro, le atravesó a una muchacha el pulpejo de la mano derecha y le destrozó el pulgar. Entonces tuve que soportar los lamentos y, además, pagar la cura, y desde ese día dejo todas las armas descargadas. Querido amigo, ¿qué es la prudencia? ¡Del peligro nunca se aprende lo bastante! Pero...».

Ahora ya sabes que aprecio a este hombre excepto en sus «peros», pues se sobreentiende que toda generalidad tiene sus excepciones. Pero ¡es un puntilloso! Si cree haber dicho algo precipitado, vago o dudoso, no deja de poner limitaciones, modificaciones, de quitar y poner, hasta que, al final, ya no queda nada de lo que afirmaba. Y en esta ocasión profundizó tanto en el tema que acabé por no escucharlo, me sumí en mis fantasías y, con un súbito gesto, me puse el cañón de la pistola en la frente, encima del ojo derecho.

«¡Vaya! —dijo Albert quitándome la pistola—. ¿Qué significa esto?».

«No está cargada», dije.

«Y, aunque así sea, ¿qué significa esto? —replicó impaciente—. No soy capaz de concebir que un hombre pueda ser tan necio como para dispararse; la sola idea me repugna».

«¡Que vosotros, los hombres —exclamé—, al hablar de cualquier cosa, siempre tengáis que decir: esto es una necesidad, esto es inteligente, esto está bien, esto está mal! ¿Y qué significa todo eso? ¿Acaso habéis estudiado todas las circunstancias internas de cada acto? ¿Sabéis exponer con seguridad los motivos por los que ha ocurrido, por los que hubo de ocurrir? Si lo hubierais hecho, no os apresuraríais tanto en vuestros juicios».

«Tendrás que reconocer —dijo Albert— que ciertas acciones serán siempre pecado, ocurran por los motivos que ocurran».

Me encogí de hombros y lo reconocí.

«Pero, querido amigo —continué diciendo—, aquí también se dan algunas excepciones. Es cierto que el robo es un crimen, pero el hombre que sale a robar para evitarse a sí

mismo y a los suyos morir de hambre, ¿merece compasión o castigo? ¿Quién levantará la primera piedra contra el marido que, en justa ira, sacrifica a su infiel mujer y a su vil seductor? ¿Y contra la muchacha que, en una hora de dicha, se extravía en los irresistibles goces del amor? Incluso nuestras leyes, esas pedantes de sangre fría, se dejan conmovir y se abstienen del castigo».

«Pero eso es algo completamente diferente —repuso Albert—, porque un hombre que se deja llevar por sus pasiones pierde el juicio por completo y se le considera un borracho, un loco».

«¡Ay, vosotros, los juiciosos! —exclamé riendo—. ¡Pasión! ¡Embriaguez! ¡Locura! ¡Qué tranquilos estáis, sin compasión, vosotros, los virtuosos! Censuráis al bebedor, despreciáis al insensato, pasáis de largo como el sacerdote y dais gracias a Dios como los fariseos por no haberos hecho como a uno de ellos. Yo me he emborrachado más de una vez, mis pasiones nunca han estado muy lejos de la locura, y no me arrepiento de ninguna de las dos cosas, porque a mi manera he aprendido que de todos los hombres excepcionales que han hecho algo grande, algo que parecía imposible, siempre se ha dicho que eran unos borrachos y unos locos. Pero también en la vida cotidiana es intolerable tener que oír prácticamente a todo el mundo exclamar ante una acción libre, noble, inesperada: “¡Este hombre está borracho! ¡Éste está loco!”. ¡Avergonzaos vosotros, los sobrios! ¡Avergonzaos vosotros, los sabios!».

«Ésta es otra de tus locuras —dijo Albert—, tú lo llevas todo al extremo y, al menos en este asunto, no tienes razón al comparar el suicidio, que es de lo que estamos hablando ahora, con grandes acciones, puesto que el suicidio no se puede pensar que sea otra cosa que debilidad. Claro que es más fácil morir que soportar con entereza una vida llena de penurias».

Estuve a punto de poner fin bruscamente a la discusión, pues no hay nada que me saque más de mis casillas que alguien que recurre a una insignificante muestra de sabiduría popular cuando yo estoy hablando de corazón. Pero me contuve, pues ya he oído este argumento muchas veces y muchas más me he enfadado, y le respondí con cierto énfasis:

«¿Lo llamas debilidad? Te lo ruego, no te dejes seducir por las apariencias. A un pueblo que gime bajo el yugo insoportable de un tirano, ¿puedes llamarlo débil cuando por fin se rebela y rompe sus cadenas? A un hombre que, sobreponiéndose al horror de que el fuego haya alcanzado su casa, siente todas sus fuerzas en tensión y saca de ella con facilidad cargas que, en un estado de serenidad, apenas sería capaz de mover; a alguien que, airado por una ofensa, se atreve con seis y los vence, ¿acaso puedes llamarlos débiles? Y, mi buen amigo, si el esfuerzo es fortaleza, ¿por qué una tensión extrema ha de ser lo contrario?».

Albert me miró y dijo:

«No me lo tomes a mal; los ejemplos que pones me parece que no vienen al caso».

«Es posible —dije—, me han reprochado a menudo que mis argumentos rayan alguna vez en la palabrería. Veamos, pues, si somos capaces de imaginar de otra forma cómo puede sentirse el hombre que decide desprenderse de la carga de la vida, por lo general tan agradable. Porque, sólo en la medida en que lo sintamos, tenemos derecho a hablar de un asunto. La naturaleza humana —continué diciendo— tiene sus límites: puede soportar la alegría, la pena, el dolor hasta un determinado grado y se derrumba en cuanto lo ha sobrepasado. Así pues, no se trata aquí de cuestionar si uno es débil o fuerte, sino de si es capaz de resistir la medida de su sufrimiento, ya sea moral o físico; y por eso me parece tan extraño decir que el hombre que se quita la vida es un cobarde, como inapropiado llamar cobarde a quien muere de una fatídica calentura».

«¡Paradójico! ¡Muy paradójico!», exclamó Albert.

«No tanto como crees —repliqué—. Admite que llamamos enfermedad mortal a aquella que ataca a la naturaleza de tal forma que devora parte de sus fuerzas, y deja a las demás tan sin efecto que no son capaces de recuperarse ni de restablecer, con un afortunado giro, el curso normal de la vida. Y ahora, amigo mío, apliquemos esto al espíritu. Observa al hombre en sus limitaciones: cómo le afectan las impresiones, cómo se graban en él las ideas, hasta que finalmente una creciente pasión le priva de todo su sano juicio y lo condena a la perdición. ¡De nada servirá que el hombre sereno y juicioso no quiera ver el estado en que se encuentra el desdichado, de nada servirá que lo anime! Lo mismo que una persona sana junto al lecho de un enfermo no puede infundir en éste ni la más mínima fuerza».

A Albert todo esto le resultaba demasiado general. Le recordé a una muchacha que hacía poco habían encontrado muerta en un río y volví a contarle la historia.

«Era una criatura joven, que se había criado en el estrecho círculo de las ocupaciones caseras y del trabajo semanal, que no tenía otra perspectiva de distracción que salir los domingos a pasear por la ciudad con sus compañeras, ataviada con las galas que con esfuerzo había ido reuniendo, quizá bailar en alguna ocasión en las fiestas mayores y, por lo demás, dedicar, con vivo interés, alguna que otra hora a charlar con una vecina sobre el motivo de una disputa o de una murmuración. Su ardiente naturaleza, sin embargo, acaba alimentando íntimas necesidades que van en aumento con los halagos de los hombres; poco a poco las antiguas alegrías dejan de complacerla, hasta que finalmente da con un hombre hacia el que la arrastra de forma irresistible un sentimiento desconocido y en el que deposita ahora todas sus esperanzas: olvida el mundo que la rodea, no ve nada, no oye nada, no siente otra cosa que no sea él, sólo él, quiere

únicamente estar con él, con él solo. No corrompida por los vacíos placeres de la vanidad, sus deseos apuntan directamente a un objetivo: quiere ser suya, quiere encontrar en unión eterna con él toda la felicidad de la que carece, gozar de todas las alegrías a las que aspira. Promesas reiteradas que sellan la certeza de todas sus esperanzas, atrevidas caricias que incrementan sus anhelos, atrapan su alma sin remisión; flota en una sorda conciencia, en un presentimiento de todas las dichas; presa de la máxima tensión extiende finalmente sus brazos para abrazar sus deseos... y su amado la abandona. Petrificada, sin sentido, se encuentra en un abismo; todo cuanto la rodea es oscuridad, ¡ninguna perspectiva, ningún consuelo, ningún buen presagio! Porque la ha abandonado aquel en quien únicamente percibía ella su existencia. No ve el amplio mundo que tiene delante, ni a todos aquellos que podrían suplir su pérdida, se siente sola, abandonada por todo el mundo... y ciega, oprimida por la terrible desgracia de su alma, se precipita al vacío para sofocar sus tormentos en una muerte que lo abarca todo. ¿Ves, Albert? ¡Ésta es la historia de algunas personas! Y dime, ¿no es éste el caso de la enfermedad? La naturaleza no encuentra salida alguna del laberinto de fuerzas confusas y contradictorias, y el hombre ha de morir.

»Ay de quien sea capaz de verlo y aun así pueda decir: “¡La muy necia! Si hubiera esperado, si hubiera dejado actuar al tiempo, la desesperación habría remitido, habría encontrado otro que la consolara”. Es lo mismo que decir: “¡El muy necio se muere de una calentura! Si hubiera esperado a recobrar las fuerzas, a que sus humores mejoraran, a que el tumulto de su sangre se calmara, todo habría ido bien y hoy estaría vivo”».

Albert, a quien la comparación no le parecía aún evidente, puso todavía algunas objeciones, entre ellas que yo sólo hablaba de una simple muchacha; pero no podía comprender cómo se podía disculpar a un hombre inteligente, no tan limitado y con una mejor visión de las circunstancias.

«Amigo mío —exclamé—, el hombre es hombre, y el escaso juicio que pueda uno tener de poco o de nada sirve cuando la pasión se desata y las limitaciones de la humanidad lo constriñen. Es más... Dejémoslo para otra ocasión», dije cogiendo el sombrero.

¡Oh, mi corazón estaba tan henchido...! Y nos separamos sin habernos entendido. Como que en este mundo nadie comprende fácilmente a los demás.

15 de agosto

Es de sobra sabido que nada en el mundo hace al hombre tan necesario como el amor. Yo lo percibo en Lotte, en el hecho de que no le gustaría perderme, y los niños no

conciben otra cosa sino que siempre regresaré al día siguiente. Hoy he ido para afinar el piano de Lotte, pero no he llegado a hacerlo porque los pequeños me han perseguido para que les contara un cuento y la propia Lotte me ha dicho que debía hacer su voluntad. Les he partido el pan de la merienda, que ahora aceptan de mi mano casi con tanto agrado como de la de Lotte, y les he contado la parte central de la princesa a la que servían unas manos. Aprendo mucho con todo esto, te lo aseguro, y me sorprende la impresión que les causa. Como a veces tengo que inventarme algún detalle del que después me olvido, me dicen en seguida que la vez anterior era diferente, así que ahora practico para recitar las historias de corrido, sin cambios y con cierta cadencia cantarina. De este modo he aprendido que, cuando un autor hace una segunda edición de su relato, por mucho más poética que ésta haya quedado, necesariamente perjudica al libro. La primera impresión nos encuentra bien dispuestos, y el hombre está hecho de tal manera que se le puede convencer de lo más disparatado; pero todo esto queda instantáneamente grabado con tal fuerza que ¡ay de aquel que pretenda después tacharlo o enmendarlo!

18 de agosto

¿Es que tenía que ser así, que lo que hace la felicidad del hombre sea también la fuente de su desdicha?

La plena y cálida sensibilidad de mi corazón ante la naturaleza viva, que me ha colmado de tanta felicidad, que ha hecho un paraíso del mundo que me rodea, se ha convertido ahora en un verdugo insoportable, en un espíritu martirizante que me persigue por todos los caminos. Antes, cuando desde la roca que hay sobre el río contemplaba el fértil valle que se extiende hasta las colinas, y veía cómo todo germinaba y brotaba; cuando contemplaba aquellas montañas cubiertas de altos y espesos árboles desde los pies hasta la cumbre, aquellos valles sombreados en sus más diversos recodos por unos bosques de lo más agradable, y el apacible río que se deslizaba entre las susurrantes cañas y en el que se reflejan las lindas nubes que el suave viento de la tarde mece en lo alto del cielo; cuando luego escuchaba a las aves animando el bosque y los millones de enjambres de mosquitos danzando intrépidos con el último rayo del sol poniente, cuya trémula mirada liberaba de entre la hierba al escarabajo y sus zumbidos; el murmullo y la agitación llevaban mi vista a la tierra y al musgo que arranca su alimento de la dura roca, y las retamas que crecían en las laderas de la árida colina de arena me descubrían la vida íntima, ardiente y sagrada de la naturaleza... cómo lo recogía yo todo en mi cálido corazón, sintiéndome como divinizado en medio de tan desbordante plenitud, mientras las entrañables formas del mundo infinito se movían dando vida a todo mi espíritu. Me rodeaban inmensas cumbres, ante mí se abrían abismos y los

torrentes se precipitaban al vacío; los ríos corrían a mis pies y el bosque y las montañas retumbaban; y yo las veía obrar y crear, entre unas y otras, en las profundidades de la tierra, todas las fuerzas insondables; y entonces sobre la tierra y bajo el cielo pululaba un sinfín de especies y criaturas. Todo, todo poblado por miles de formas, ¡y los hombres, mientras tanto, se recogen seguros en sus casitas creyendo que dominan el ancho mundo! ¡Pobre necio, tú que prestas tan poca atención a todo porque eres tan pequeño...! Desde la inaccesible cordillera del páramo, que no ha hollado pie alguno, hasta los confines del ignoto océano sopla el espíritu del Creador eterno, alegrándose de cada mota de polvo que vive y lo percibe... ¡Ay, cuántas veces quise posarme en la orilla del inconmensurable mar con las alas de una grulla que pasaba volando sobre mí, beber del espumoso cáliz del infinito esa inmensa alegría de vivir y sentir sólo por un momento, en la limitada fuerza de mi pecho, una gota de la felicidad del Ser que lo crea todo en sí y por sí!

Hermano, sólo el recuerdo de aquellas horas me hace sentir bien. Incluso el esfuerzo de evocar esos sentimientos indecibles, de volver a expresarlos, eleva mi alma, pero luego siento, redoblado, el estado de temor en el que ahora me encuentro.

Ante mi alma se ha levantado una especie de telón, y el escenario de la vida infinita se transforma a mis ojos en el abismo de la tumba eternamente abierta. ¿Acaso puedes decir: «¡Esto es todo!» cuando todo pasa, cuando todo pasa y rueda a la velocidad del rayo, y si incluso alguna vez perdurase toda la fuerza de la existencia, sería arrastrada, ¡ay!, por la corriente, hundida y destrozada contra las rocas? No hay un solo instante que no te consuma a ti y a los tuyos, ni un solo instante en el que no seas, en el que no hayas de ser un destructor; el paseo más inocente cuesta la vida a miles de pobres gusanitos, una pisada destruye las arduas construcciones de las hormigas y aplasta un pequeño mundo convirtiéndolo en una tumba infame. ¡Ay! No son las grandes y excepcionales desgracias del mundo, esas inundaciones que arrasan vuestras aldeas, esos terremotos que se tragan vuestras ciudades, las que me conmueven; mi corazón lo mina la fuerza destructora que yace oculta en toda la naturaleza, que no ha creado nada que no aniquile a su vecino ni a sí mismo. ¡Y así ando, dando tumbos, lleno de congoja! El cielo y la tierra y todas las fuerzas en movimiento que me rodean: no veo más que un monstruo devorando eternamente, rumiando eternamente.

21 de agosto

En vano tiendo mis brazos hacia ella, por la mañana, cuando amanezco en medio de agitados sueños; en vano la busco de noche en mi lecho después de que la tierra, dichosa e inocente, me ha engañado en sueños como si estuviera sentado a su lado en el prado, cogiéndola de la mano y cubriéndola de miles de besos. ¡Ay! Cuando luego,

aún medio dormido, la busco a tientas y, en éstas, termino de despertarme... un mar de lágrimas brota de mi corazón angustiado y, sin consuelo, lloro ante la visión de un lúgubre futuro.

22 de agosto

Es una desgracia, Wilhelm, toda la actividad de mis fuerzas se ha desvanecido en una indómita desidia; no puedo estar ocioso, pero tampoco puedo hacer nada. No tengo imaginación ni siento nada por la naturaleza, y los libros me repugnan. Cuando nos faltamos a nosotros mismos, todo nos falta. Te juro que a veces desearía ser un jornalero sólo para tener una perspectiva del día que me espera al despertarme por la mañana, algo que me impulse, una esperanza. A menudo envidio a Albert, al que veo sepultado hasta las orejas entre expedientes, ¡y me imagino lo bien que me sentiría si estuviera en su lugar! Varias veces se me ha ocurrido la idea de escribiros a ti y al ministro para solicitar ese puesto en la legación que, tal como me aseguras, no me negarían. Yo también lo creo. El ministro me aprecia desde hace tiempo, siempre ha insistido en que debía dedicarme a algo de provecho, y, de vez en cuando, también yo le doy vueltas al asunto. Pero después, cuando vuelvo a pensarlo y recuerdo la fábula del caballo que, impaciente por su libertad, deja que le pongan silla y arreos y lo montan de forma ignominiosa... no sé qué debo hacer. Y, ¡mi querido amigo!, ¿acaso esas ganas de cambiar de situación no son en realidad una íntima e incómoda impaciencia que me perseguirá donde quiera que vaya?

28 de agosto

Es cierto, si mi enfermedad pudiera curarse, estas personas la curarían. Hoy es mi cumpleaños, y muy de mañana he recibido un paquetito de Albert. Al abrirlo lo primero que he visto ha sido uno de los lazos de color rojo pálido que Lotte llevaba cuando la conocí y que, desde entonces, le he pedido varias veces. Había también dos tomitos en dozavo, el pequeño Homero de Wetstein, una edición que tantas veces he querido tener para no tener que cargar en los paseos con el Ernesti. ¡Ya ves cómo se anticipan a mis deseos concediéndome todas las pequeñas atenciones de la amistad, mil veces más valiosas que esos deslumbrantes regalos con los que nos humilla la vanidad de quien nos los ofrece! Beso ese lazo miles de veces y con cada aspiración respiro el recuerdo de las alegrías que me embargaron en aquellos escasos días felices que no volverán. Wilhelm, así es, y no protesto: ¡las flores de la vida son sólo apariencia! ¡Cuántas de ellas pasan sin dejar tras sí una sola huella! ¡Qué pocas dan fruto y qué pocos de esos frutos

llegan a madurar! Y, no obstante, ¡oh, hermano mío!, ¿podemos no reparar en esos frutos maduros, despreciarlos y dejar que se pudran sin degustarlos?

¡Adiós! Este verano es magnífico; a menudo me subo a los frutales en el huerto de Lotte, con la horquilla, esa vara larga, y cojo las peras de la copa. Ella espera debajo y las recoge cuando yo las dejo caer.

30 de agosto

¡Desdichado! ¿Acaso no eres un necio? ¿Acaso no te engañas a ti mismo? ¿Qué significa toda esa pasión delirante, sin fin? Sólo tengo plegarias para ella; en mi imaginación no aparece otra figura que la suya y todo lo que hay en el mundo lo veo sólo en relación con ella. Y eso me procura unas horas tan felices... ¡hasta el momento en que tengo que volver a separarme de ella! Cuando he pasado dos o tres horas sentado a su lado, deleitándome con su figura, con sus modales, con la expresión celestial de sus palabras, y todos mis sentidos, poco a poco, han ido excitándose, y todo se ensombrece ante mis ojos, y no oigo apenas nada, siento como si un asesino me agarrara por el cuello; entonces mi corazón, latiendo violentamente, intenta dar aire a mis oprimidos sentidos aumentando aún más su confusión... ¡Wilhelm, muchas veces no sé si estoy en el mundo! Y, en ocasiones, cuando la melancolía me domina y Lotte me permite el mísero consuelo de llorar mi angustia sobre su mano... ¡tengo que irme, tengo que salir!, y entonces me marcho y empiezo a vagar por los campos. ¡Trepas una escarpada montaña es entonces mi alegría, abrir un camino a través de un bosque infranqueable, a través de los zarzales que me hieren y las espinas que me desgarran! ¡Así me siento algo mejor! ¡Algo! Y, cuando cansado y sediento me tumbo en algún punto del camino, a veces en plena noche, cuando la luna llena se alza sobre mí y me siento sobre un árbol achaparrado buscando algún alivio a las heridas plantas de mis pies, ¡entonces me quedo dormido a la luz del crepúsculo, en medio de una calma mortecina! ¡Oh, Wilhelm! La solitaria morada de una celda, el hábito de crines y el cilicioserían bálsamos por los que mi alma se consume. ¡Adiós! Para esta miseria no veo otro final que la sepultura.

3 de septiembre

¡Tengo que marcharme! Wilhelm, te agradezco que hayas impulsado mi vacilante decisión. Hace ya quince días que estoy dando vueltas a la idea de abandonarla. Tengo que marcharme. Está de nuevo en la ciudad, en casa de una amiga. Y Albert... y... ¡tengo que marcharme!

10 de septiembre

¡Menuda noche! ¡Wilhelm! Ahora sí que podré soportarlo todo. ¡No volveré a verla! ¡Oh! ¡No poder volar para echarme a tu cuello y expresarte con arrobos y miles de lágrimas, querido amigo, todas las emociones que asaltan mi corazón! Aquí estoy, buscando el aire, tratando de tranquilizarme y esperando a que llegue el día; he pedido los caballos para el amanecer.

Ay, ella duerme plácidamente sin imaginar que no volverá a verme. Me he separado de ella, he sido lo suficientemente fuerte para no delatar mis intenciones en una conversación de dos o tres horas. ¡Y, Dios mío, qué conversación!

Albert me había prometido que se encontraría con Lotte en el jardín después de la cena. Yo estaba en la terraza, bajo los altos castaños, siguiendo con la vista el sol que, por última vez, se ponía para mí por encima del adorable valle, por encima del apacible río. Cuántas veces he estado allí con ella, contemplando precisamente ese magnífico espectáculo, y ahora... Iba caminando por esa avenida que me era tan querida; una simpática afinidad me había retenido muchas veces en ella, antes incluso de conocer a Lotte: cómo nos alegramos cuando, al principio de nuestra amistad, descubrimos nuestra común preferencia por ese lugar que, verdaderamente, es uno de los más novelescos de cuantos he visto creados por la mano del hombre.

Primero tienes ese amplio panorama entre los castaños... Ay, creo recordar que ya te he contado muchas cosas de él, cómo las altas paredes que forman las hayas acaban por encerrarlo a uno y cómo, gracias a un bosquecito aledaño, la avenida va tornándose cada vez más sombría hasta que desemboca en un pequeño lugar cerrado, en el que reina el escalofrío de la soledad. Aún me acuerdo de lo bien que me sentí al entrar en él por primera vez en pleno mediodía; tuve el leve presentimiento de que habría de ser un escenario de dicha y de dolor.

Llevaba aproximadamente media hora recreándome en los dulces y lánguidos pensamientos de la despedida y el reencuentro cuando oí que subían a la terraza. Salí a su encuentro, con un escalofrío cogí la mano de Lotte y la besé. La luna apareció en ese momento entre la frondosa colina; hablamos de cosas diversas y, sin darnos cuenta, nos aproximamos al recinto sombrío. Lotte entró y se sentó, Albert a su lado, yo también; me puse en pie, frente a ella, anduve de un lado para otro y me volví a sentar: era una situación angustiosa. Ella nos señaló el hermoso efecto de la luz de la luna que, al final de las paredes de hayas, iluminaba toda la terraza: una vista soberbia, en esos momentos mucho más sorprendente, puesto que nos envolvía una profunda oscuridad. Guardamos silencio y, al cabo de un rato, Lotte dijo:

«Nunca salgo a pasear a la luz de la luna sin que me asalte el recuerdo de mis difuntos, sin que me embargue el sentimiento de la muerte, del futuro. ¡Seguiremos existiendo! —añadió con la voz de la más sublime pasión—, pero, Werther, ¿volveremos a encontrarnos, a reconocernos? ¿Qué opinas tú? ¿Qué dices?».

«¡Lotte —dije cogiéndole la mano, mientras los ojos se me llenaban de lágrimas—, volveremos a vernos! ¡Volveremos a vernos aquí y allí!».

No pude seguir... ¡Wilhelm, tuvo que preguntarme eso cuando invadía mi corazón la angustia de la despedida!

«¿Y sabrán nuestros queridos difuntos de nosotros —continuó—, sentirán que, cuando estamos bien, los recordamos con gran cariño? ¡Oh! La imagen de mi madre nunca me abandona cuando, en el silencio de la noche, estoy entre sus niños, entre mis niños, que me rodean igual que la rodeaban a ella. Entonces, con una lágrima de añoranza miro al cielo y deseo que ella pudiera ver por un momento cómo cumplo la palabra que le di en la hora de su muerte, ser la madre de sus hijos. Con cuánta emoción exclamo: “Perdóname, queridísima madre, si no soy para ellos lo que eras tú. ¡Ay! Hago todo lo que puedo, están vestidos, bien alimentados y, ¡ay!, lo que es más importante, cuidados y queridos. Si pudieras ver nuestra armonía, ¡santa madre querida!, con fervor agradecerías y ensalzarías al Dios al que rezaste por el bienestar de tus hijos con tus últimas y más amargas lágrimas”».

¡Eso dijo! ¡Oh, Wilhelm! ¿Quién puede repetir lo que dijo? ¿Cómo puede la letra, fría y muerta, expresar esas sublimes emanaciones de su espíritu? Albert la interrumpió dulcemente:

«¡Querida Lotte! Todo esto te afecta mucho. Sé que tu alma está muy apegada a estas ideas, pero te lo ruego...».

«¡Oh, Albert! —dijo ella—. Sé que no olvidas las noches en que, después de mandar a los pequeños a dormir, nos sentábamos en una pequeña camilla cuando papá estaba de viaje. Solías tener un buen libro, pero rara vez llegabas a leer algo... ¿No era el trato con aquella adorable alma más que cualquier otra cosa? ¡Aquella mujer hermosa, dulce, alegre y siempre activa! Dios es testigo de las lágrimas con las que tantas veces me postré ante él en mi lecho para que tuviera a bien hacerme a mí igual que a ella».

«¡Lotte —exclamé postrándome a sus pies, cogiendo su mano y regándola con miles de lágrimas—, Lotte! ¡Que la bendición de Dios y el espíritu de tu madre descansen sobre ti!».

«¡Si la hubieras conocido! —dijo ella apretándome la mano—. ¡Era digna de que la hubieras conocido!».

Creí desvanecerme. Jamás nadie había dicho de mí algo tan grande, de lo que me enorgullezca tanto, y continuó diciendo:

«¡Y esa mujer tuvo que morir en la flor de la vida, cuando el menor de sus hijos no tenía siquiera seis meses! Su enfermedad no duró mucho; estaba serena, resignada, sólo le daban pena sus hijos, en especial el pequeño. Al acercarse el fin me dijo: “¡Tráemelos!”, y yo se los llevé, a los pequeños, que no sabían nada, y a los mayores, que estaban fuera de sí, y ella alzó las manos pidiendo por ellos y los despidió, besándolos uno tras otro, y luego me dijo: “¡Sé su madre!”... ¡Y yo se lo prometí! “Prometes mucho, hija mía —dijo—, el corazón de una madre y los ojos de una madre. A menudo he visto en tus agradecidas lágrimas que sientes lo que es eso. Tenlo para tus hermanos, y para tu padre la fidelidad y la obediencia de una esposa. Serás su consuelo”. Preguntó por mi padre, que había salido para evitarnos el insostenible dolor que sentía; el hombre estaba completamente destrozado. Albert, tú estabas en la habitación. Ella oyó a alguien andar y preguntó, y te pidió que te acercaras, y, al vernos a los dos, con una serena mirada de consuelo supo que seríamos felices, que juntos seríamos felices...».

Albert se abrazó a ella, la besó y exclamó:

«¡Lo somos! ¡Lo seremos!».

Albert, que es tan sobrio, estaba completamente fuera de sí, y yo ya no era consciente ni de mí mismo.

«Werther —empezó a decir—, ¡y una mujer así tuvo que morir! Dios mío, a veces pienso en cómo se deja uno arrebatar lo que más quiere en la vida, y nadie lo siente tan profundamente como los niños, que durante mucho tiempo estuvieron lamentándose de que los hombres negros se hubieron llevado a su mamá».

Se puso en pie y yo, sobresaltado y conmovido, seguí sentado sosteniendo su mano.

«Vámonos —dijo—, ya es hora».

Quiso retirar la mano y yo la sujeté con más fuerza.

«Volveremos a vernos —exclamé—, nos encontraremos, nos reconoceremos bajo cualquier apariencia. Me voy —añadí—, me voy voluntariamente y, sin embargo, si tuviera que decir que para siempre, no lo soportaría. ¡Adiós, Lotte! ¡Adiós, Albert! Volveremos a vernos».

«Mañana, supongo», replicó ella bromeando.

¡Ay! Al retirar su mano de la mía Lotte no sabía que... Se fueron por la avenida, yo los seguí con la vista a la luz de la luna, y me arrojé al suelo deshecho en lágrimas; luego me levanté de un salto y eché a correr hacia la terraza y aún pude ver, entre las sombras de los altos tilos, su vestido blanco brillando tras la puerta del jardín; extendí los brazos y desapareció.

LIBRO SEGUNDO

20 de octubre de 1771

Llegamos aquí ayer. El embajador está indispuesto y, por tanto, tendrá que guardar reposo algunos días. Si no fuera tan antipático, todo iría mejor. Me doy cuenta, me doy cuenta de que el destino me ha reservado duras pruebas. Pero ¡valor! ¡Un carácter liviano lo soporta todo! ¿Un carácter liviano? Que esta palabra salga de mi pluma me hace reír. ¡Oh, una sangre algo más liviana me convertiría en el más feliz de los mortales! Pero bueno... ¿Por qué allí donde otros con su insignificante fuerza y talento fanfarronean delante de mí con la mayor autocomplacencia dudo yo de mis fuerzas y de mis capacidades? Buen Dios, tú que me concediste todo esto, ¿por qué no te quedaste con la mitad y me diste contento y confianza en mí mismo?

¡Paciencia! ¡Paciencia! Todo se arreglará. Porque te digo, querido amigo, que tienes razón. Desde que me veo a diario mezclado con la gente del pueblo y observo lo que hace y cómo lo hace, me siento mucho mejor conmigo mismo. Seguramente porque estamos hechos de tal manera que todo lo comparamos con nosotros, y a nosotros con todo, la felicidad y la desgracia dependen también de los objetos con los que nos relacionamos, y no hay nada más peligroso que la soledad. Nuestra imaginación, obligada a elevarse por su propia naturaleza, alimentada por las fantásticas imágenes del arte poético, se construye una escala de seres en la que nosotros ocupamos el lugar más bajo y en la que todo, menos nosotros, nos parece magnífico, y cualquier otro es mucho más perfecto. Y todo esto sucede con total naturalidad. A menudo tenemos la sensación de que nos falta algo, y precisamente lo que nos falta nos parece que otro lo posee, y entonces a éste le atribuimos también todo lo que tenemos, y hasta cierto bienestar idealizado. Y de este modo concluimos la obra del hombre feliz, que nosotros mismos hemos creado.

Por el contrario, si con toda nuestra debilidad y esfuerzo no hacemos sino seguir adelante, trabajando, muchas veces veremos que, haciendo virajes y esquivando los vientos, llegamos más lejos que otros con sus velas y sus remos, y... y esto sí que es un sentimiento verdaderamente genuino: ver que uno va a la par que otros, o que incluso los adelanta.

26 de noviembre

Por lo pronto estoy empezando a sentirme bastante bien aquí. Lo mejor es que hay bastante que hacer; y además todas esas personas, todos esos rostros nuevos tan diferentes, constituyen un variopinto espectáculo. He conocido al conde de C., un hombre al que cada día que pasa he de admirar más: una cabeza grande, amplia, que, aun así, no parece indiferente, puesto que abarca mucho con la mirada; de su trato destaca sobre todo su sensibilidad a la amistad y al afecto. Se interesó por mí cuando

me dirigí a él con un encargo para un asunto y ya con las primeras palabras vio que nos entendíamos, que podía hablar conmigo como no podía hacerlo con cualquiera. Tampoco yo soy capaz de elogiar en buena medida el trato tan abierto que tiene conmigo. No existe en el mundo dicha más auténtica y cálida que ver que un alma magnánima se le abre a uno.

24 de diciembre

El embajador me causa muchos disgustos, ya lo había previsto. Es el mentecato más quisquilloso del mundo: siempre va pasito a pasito y es meticuloso como una solterona, un hombre que jamás está satisfecho consigo mismo y al que, por tanto, nadie puede satisfacer. A mí me gusta trabajar con algo de libertad y que las cosas salgan como salen; pero él siempre está dispuesto a devolverme un escrito y decirme: «Está bien, pero repasadlo, siempre se encuentra una palabra mejor, una partícula más clara». Entonces a mí se me llevan los demonios. No puede faltar una sola «y», una sola conjuncioncita, y es enemigo mortal de todas las inversiones que a veces se me escapan; si no se organizan sus períodos con la cadencia de costumbre, no entiende nada de nada. Es un suplicio tener que tratar con un hombre así.

La confianza del conde de C. es lo único que me resarce. Hace poco me dijo con toda franqueza lo descontento que está con lo lento y lo poco resolutivo que es mi embajador.

«La gente se complica la vida y se la complica a los demás; aun así —dijo—, hay que resignarse, igual que un viajero que tiene que subir una montaña; claro que si la montaña no estuviera, el camino sería más cómodo y más corto, pero ¡ahí está y hay que cruzarla...!».

Mi viejo se da también buena cuenta del trato preferente que el conde me dispensa, y eso lo enoja y aprovecha cualquier ocasión para hablarme mal de él; yo, como es natural, le llevo la contraria y así sólo consigo empeorar las cosas. Ayer mismo me sacó de mis casillas, pues se metió conmigo: que el conde era muy bueno para esos asuntos mundanos, porque tiene mucha facilidad para el trabajo y una buena pluma, pero que carece de una sólida erudición, como todos los literatos. Al pronunciar esta palabra hizo un gesto como diciendo: «¿Captas la indirecta?», pero no me hizo efecto alguno; desprecio a los hombres capaces de pensar y de comportarse así. Le hice frente y me batí con bastante dureza. Le dije que el conde era un hombre al que había que respetar tanto por su carácter como por sus conocimientos. Añadí que no había conocido a nadie que hubiera logrado como él ampliar sus facultades y aplicarlas a un sinfín de asuntos,

sin por ello dejar de tener una vida activa día a día. A semejante cerebro esto le sonaría a chino y me despedí para no tener que tragar más bilis por algún que otro desatino. Y de esto tenéis la culpa todos los que me habéis convencido para uncirme este yugo y que tanto me habéis cantado las maravillas de la actividad. ¡Actividad! Si el que siembra patatas y va a la ciudad a vender su grano no es más útil que yo, entonces me quedaré otros diez años trabajando en esta galera a la que estoy atado.

Y la miseria deslumbrante, el aburrimiento entre la gente abominable que aquí se ve por todas partes, su avidez de prestigio, cómo vigila y acecha la ocasión de adelantarse un pasito a los demás: las pasiones más miserables, más mezquinas, todas al descubierto. Hay una mujer, por ejemplo, que habla a todo el mundo de su abolengo y de sus tierras, y cualquier extranjero habrá de pensar que es una loca que, por esa pizca de nobleza y por la fama de sus tierras, se da tantos humos. Pero es aún mucho peor: la mujer es de aquí, de la vecindad, la hija de un escribano. ¿Lo ves? No puedo comprender al género humano, que tiene tan poco juicio como para ponerse en ridículo de una manera tan simple.

Aun con todo, mi querido amigo, cada día que pasa me doy más cuenta de lo necios que somos al juzgar a otros según nuestro rasero. Y, como yo tengo tanto trabajo conmigo mismo y este corazón es tan impetuoso... ¡ay!, con gusto dejo que los demás vayan por su camino con tal de que me dejen a mí también ir por el mío.

Lo que más me molesta son las fatídicas convenciones burguesas. Claro que sé tan bien como el que más lo necesaria que es la diferencia de estamentos, cuántas ventajas me reporta a mí mismo, sólo que no deben interponerse en mi camino justo cuando yo podría disfrutar aún de un poco de alegría, de un rayo de dicha en esta tierra. Recientemente he conocido en el paseo a la señorita de B., una criatura encantadora que, en medio de esta encorsetada vida, ha conservado una gran naturalidad. En la conversación nos caímos bien y, al despedirnos, le pedí permiso para visitarla. Me lo concedió con tanta espontaneidad que apenas veía la hora de ir a verla. No es de aquí y vive en casa de una tía. La fisonomía de la anciana no me gustó. Le dediqué mucha atención, mi conversación se dirigió a ella la mayor parte del tiempo, y en menos de media hora ya me había percatado de lo que la señorita misma me confesó después: que su querida tía, a su edad, carecía de todo, de una fortuna decente y de inteligencia, y que no tenía otro apoyo que el de su lista de antepasados, ni otra protección que el estamento tras el cual se había parapetado, y ningún otro recreo que contemplar las cabezas de los burgueses desde su piso. De joven debió de ser bonita, pero echó a perder su vida, primero torturando a algún que otro pobre joven con su egoísmo, y luego, en la edad adulta, sometiéndose a las órdenes de un viejo oficial que, por ese precio y una pensión aceptable, pasó con ella la edad de bronce y murió. Ahora, en la de hierro, está sola y nadie la tendría en consideración si su sobrina no fuera tan gentil.

8 de enero 1772

¡Qué clase de personas son aquellas que basan su existencia de principio a fin en los ceremoniales, que a lo largo de los años no planean ni se afanan más que en avanzar un puesto más en la mesa! Y no es que no tengan otras preocupaciones, no; más bien se les amontona el trabajo precisamente porque con estas pequeñas contrariedades del ascenso no pueden dedicarse a lo importante. La semana pasada hubo una disputa durante el paseo en trineo y se nos agrió la fiesta.

¡Los necios, que no ven que, en realidad, el puesto no es lo que importa, y que el que ocupa el primero rara vez desempeña el papel principal! ¡Como ese rey gobernado por su ministro, como ese ministro gobernado por su secretario! ¿Y quién es, pues, el primero? El que, creo yo, sabe dónde tiene a todos los demás y goza de capacidad o astucia para servirse de sus propias fuerzas y pasiones a fin de alcanzar sus propósitos.

20 de enero

He de escribirte, querida Lotte, desde el cuarto de un humilde albergue, en el que me he guarecido de un fuerte temporal. Desde que ando deambulando por este triste villorrio de D., entre gente extraña, completamente ajena a mi corazón, no ha habido un solo instante, ni uno solo, en que no me haya sentido impelido a escribirte; y ahora aquí, en esta cabaña, en esta soledad, en este confinamiento, mientras la nieve y el granizo braman contra mi pequeña ventana, has sido mi primer pensamiento. Al entrar vino a mí tu imagen, tu recuerdo, ¡oh, Lotte!, tan sagrado, tan cálido. ¡Dios santo! De nuevo un instante de felicidad. ¡Si me vieras, querida mía, en ese torbellino de distracciones! ¡Cuán secos se han quedado mis sentidos, ni un solo instante de plenitud en mi corazón, ni una sola hora de felicidad! ¡Nada! ¡Nada! Me siento aquí como en un gabinete de curiosidades, viendo cómo se mueven los hombrecitos y los caballitos, y a menudo me pregunto si no es una ilusión óptica. Yo participo en el juego, mejor dicho, ellos juegan conmigo como con una marioneta y, a veces, cojo la mano de madera de mi vecino y retrocedo espantado. Por la noche me propongo disfrutar del amanecer y no salgo de la cama; de día espero deleitarme con el brillo de la luna y me quedo en mi cuarto. No sé muy bien por qué me levanto ni por qué me acuesto.

Me falta la levadura que ponía mi vida en movimiento; el encanto que me tenía despierto en las noches profundas ha muerto, el que me despertaba del sueño por las mañanas se ha ido.

Tan sólo he encontrado aquí una única criatura femenina, una tal señorita de B., se parece a ti, querida Lotte, si es que alguien puede parecerse a ti. «¡Ay! —dirás—. ¡Este

hombre ahora se dedica a hacer bonitos cumplidos!». No deja de ser del todo cierto. Desde hace algún tiempo soy muy galante, porque no puedo ser de otra manera, tengo mucho ingenio y las damas dicen que nadie sabe elogiarlas con tanta delicadeza como yo («y mentir», añadirás, pues sin mentir resulta imposible, ¿comprendes?). Iba a hablarte de la señorita de B. Tiene un alma grande que asoma continuamente a sus ojos azules. Su posición social, que no satisface ninguno de los deseos de su corazón, es para ella una carga. Le gusta evitar el bullicio y pasamos alguna que otra hora fantaseando sobre escenas campestres de una dicha sin par, ¡y, ay, también contigo! Cuántas veces ha de rendirte homenaje; no es que tenga que hacerlo, lo hace voluntariamente, le gusta tanto oír hablar de ti, te adora...

¡Oh! Si ahora estuviera sentado a tus pies en ese familiar cuartito y nuestros queridos pequeños revolotearan a mi alrededor, y cuando a ti te pareciera que alborotaban demasiado, yo los tranquilizaría leyéndoles un cuento de miedo...

El sol se pone en todo su esplendor sobre la campiña refulgente de nieve, la tormenta ha pasado, y yo... tengo que volver a encerrarme en mi jaula. ¡Adiós! ¿Está Albert contigo? ¿Y cómo...? ¡Que Dios me perdone esta pregunta!

8 de febrero

Hace ocho días que tenemos un tiempo de lo más horroroso, pero a mí me sienta bien. Pues, desde que estoy aquí, no ha amanecido un solo día hermoso sin que alguien me lo haya echado a perder o me lo haya amargado. Cuando llueve con ganas y cae un nevazo y hiela y deshiela... ¡ja!, entonces pienso que en casa no puede estarse peor que fuera, o al revés, y eso me parece bien. Cuando por la mañana sale el sol prometiendo un día espléndido, jamás dejo de exclamar:

«¡Aquí tenéis otra vez un don del cielo para que os lo arrebatéis los unos a los otros!».

No hay cosa que no traten siempre de arrebatarse unos a otros. ¡Salud, buen nombre, alegría, reposo! Y, la mayoría, por ingenuidad, incompreensión y mezquindad, pero, según dicen ellos, con la mejor intención. A veces me gustaría pedirles de rodillas que no se revolviessen las entrañas con tanta saña.

17 de febrero

Me temo que mi embajador y yo no vamos a aguantar mucho tiempo juntos. El hombre es totalmente insoportable. Su forma de trabajar y de llevar los asuntos es tan ridícula que no puedo evitar contradecirle y, a menudo, hacer las cosas a mi manera, según mi

forma de entender, cosa que, como es natural, a él nunca le parece bien. Por ello me ha denunciado hace poco ante la corte, y el ministro me echó una reprimenda que, aunque suave, no dejaba de ser una reprimenda, por lo que estaba a punto de dimitir cuando recibí una carta suya personal, una carta ante la que me puse de rodillas, venerando su elevada, noble y sabia inteligencia. Cómo corrige mi exceso de susceptibilidad, cómo respeta mis exaltadas ideas sobre mi eficacia, mi influencia sobre los demás, mi manera de inmiscuirme en los asuntos, y las considera propias del noble coraje juvenil; no trata de erradicarlas, sino simplemente de suavizarlas y encauzarlas hacia donde puedan desempeñar su verdadero papel, ejercer su poderosa influencia. También yo he cobrado fuerzas para ocho días y me he reconciliado conmigo mismo. La tranquilidad del alma es algo magnífico y la personificación de la alegría. Querido amigo, si al menos este tesoro no fuera tan frágil como bello y valioso...

20 de febrero

¡Dios os bendiga, queridos míos, y os conceda todos los días de felicidad que a mí me quita!

Albert, te agradezco que me hayas engañado: esperaba la noticia de cuándo se celebraría vuestro enlace y me había propuesto solemnemente retirar de la pared ese mismo día la silueta de Lotte y sepultarla bajo otros papeles. ¡Ahora sois marido y mujer y su retrato sigue aún aquí! Bueno, ¡pues que siga! ¿Y por qué no? Sé que también me tenéis con vosotros, que, sin perjudicarte, estoy en el corazón de Lotte, que ocupo en él, sí, ocupo en él el segundo puesto, y quiero, y debo, conservarlo. Oh, me volvería loco si ella pudiese olvidar... Albert, este pensamiento es un infierno. ¡Que te vaya bien, Albert! ¡Que te vaya bien, ángel celestial! ¡Que te vaya bien, Lotte!

15 de marzo

Me he llevado un disgusto que me alejará de aquí. ¡Estoy que muerdo! ¡Diablos! Ya no tiene remedio, y tenéis la culpa todos vosotros, que me espoleasteis, me empujasteis y me martirizasteis para que solicitara un puesto que no iba conmigo. ¡Ahora ya lo tengo! ¡Ahora ya lo tenéis! Y para que no vuelvas a decir que mis exaltadas ideas lo estropean todo, aquí tienes, mi querido señor, una historia, sencilla y bonita, como la registraría un cronista.

El conde de C. me tiene en estima, me distingue, ya lo sabes, te lo he dicho cientos de veces. Pues bien, ayer me invitó a comer, precisamente el día en que por la tarde se reúne en su casa el noble círculo de damas y caballeros, un círculo en el que yo jamás había pensado, igual que tampoco me había dado nunca cuenta de que nosotros, los

subordinados, no pertenecemos a él. Bien. Almorcé con el conde y, después de comer, estuvimos paseando por el gran salón, charlando, luego se nos unió el coronel B., y de ese modo se hizo la hora de la reunión. Dios sabe que yo no estaba pensando en nada. En ese momento entra la muy honorable señora de S. con su señor marido y la gansa de su hija, muy bien criadita en el nido, con el pecho como una tabla y un delicado corpiño; como de costumbre, nos enseñan al pasar sus aristocráticos ojos y los agujeros de sus narices y, como esta gentuza me repugna de corazón, a punto estaba de despedirme, esperando a que el conde se librase de aquel pesado cotorreo, cuando entró mi señorita de B. Como el corazón se me sobresalta un poco siempre que la veo, me quedé, me puse detrás de su silla y, pasado un rato, me percaté de que hablaba conmigo con menos franqueza de lo habitual, con cierta turbación. Eso me llamó la atención. Pensé si sería también ella como toda aquella gente, me sentí herido y quise marcharme, pero no lo hice porque quería tener ocasión de disculparla, y, ciertamente, no me lo creía y aún esperaba una palabra amable de ella y... lo que tú quieras. Entre tanto la sala fue llenándose de gente: el barón F. con todo el guardarropa de los tiempos de la coronación de Francisco I, el consejero áulico R., anunciado aquí en calidad de señor de R., con su esposa sorda, etc., sin olvidar al mal trajeado J., que remienda los rotos de sus galas de tiempos de los francos con trapos a la última moda: todos iban llegando mientras yo hablaba con algunos de mis conocidos, todos muy lacónicos. Pensaba en... y sólo prestaba atención a mi B. No me di cuenta de que las mujeres del fondo del salón cuchicheaban ni de que entre los caballeros circulaba el rumor de que la señora de S. hablaba con el conde (todo esto me lo contó después la señorita de B.), hasta que finalmente éste se dirigió a mí y me llevó aparte, junto a una ventana.

«Ya conocéis —dijo— nuestras extrañas costumbres; me estoy percatando de que la concurrencia no está satisfecha con veros aquí».

«Excelencia, por nada querría... —lo interrumpí—, os pido mil disculpas; tendría que haberlo pensado antes, y sé que me perdonaréis esta inconsecuencia; querría haberme retirado antes, pero un malvado genio me ha retenido aquí», añadí sonriendo mientras hacía una reverencia.

El conde me estrechó la mano con una efusión que lo decía todo. Me despedí discretamente del distinguido grupo, salí, me senté en un cabriolé y me dirigí a M. para ver ponerse el sol desde la colina y leer en mi Homero el magnífico canto en el que Ulises es agasajado por el magnánimo porquero. Todo eso me hizo sentir bien.

Por la noche regreso para la cena, aún quedaban unos pocos en el comedor; estaban jugando a los dados en un rincón, habían retirado el mantel de la mesa. En ésas entra el bueno de A., se quita el sombrero mientras me observa, se me acerca y me dice en voz baja:

«¿Te has llevado un disgusto?».

«¿Yo?», respondí.

«El conde te ha echado de la reunión».

«¡Al diablo la reunión! —repuse—. He preferido salir a tomar el aire».

«Está bien —dijo— que te lo tomes por el lado bueno. Pero me preocupa, porque ya se comenta por todas partes».

Entonces el asunto empezó a reconcomerme. De todos los que llegaban a la mesa y me miraban pensaba:

«¡Te miran por eso!». Tal idea hizo que me hirviera la sangre.

E incluso todavía hoy, allá donde entro, lamento oír que los que me envidian dicen triunfantes:

«Ahí se ve dónde acaban los arrogantes, que se envanecen de su poca cabeza y creen que pueden saltarse las convenciones», y todas las majaderías que se les ocurren...

En estos momentos a uno le gustaría clavarse un cuchillo en el corazón, porque, se diga lo que se diga sobre la entereza, ya me gustaría a mí ver quién es capaz de soportar las murmuraciones de unos canallas cuando tienen alguna ventaja sobre él; cuando sus habladurías son infundadas, ¡ah!, entonces se las puede uno tomar a la ligera.

16 de marzo

¡Todos me acosan! Hoy me he encontrado en la avenida con la señorita de B., no he podido evitar dirigirme a ella y, en cuanto nos hemos apartado un poco del grupo, expresarle lo que me parecía su reciente actitud.

«¡Oh, Werther! —ha dicho en un tono entrañable—. ¿Habéis sido capaz de interpretar así mi turbación, vos que conocéis mi corazón? ¡Lo que he sufrido por vos desde el momento en que entré en el salón! Lo presentí todo, cientos de veces estuve a punto de decíroslo. Yo sabía que la de S. y la de T. habrían preferido marcharse con sus maridos a dejarse ver en vuestra compañía; sabía que el conde no puede ponerse a mal con vos... ¡y ahora todo este jaleo!».

«¿Cómo, señorita?», dije ocultando mi espanto, puesto que, en ese momento, todo lo que Adelin me había dicho anteayer me corría por las venas como agua hirviendo.

«¡Lo que me ha costado ya!», dijo la dulce criatura con lágrimas en los ojos. Yo ya no era dueño de mí mismo, estaba a punto de echarme a sus pies...
«¡Explicaos!», exclamé.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Yo estaba fuera de mí y ella se las secaba sin tratar de disimularlas.

«Vos conocéis a mi tía —empezó a decir—; ella estaba presente y... ¡oh, con qué ojos lo vio todo! Werther, anoche y esta mañana temprano he tenido que aguantar un sermón sobre mi relación con vos, y he tenido que escuchar cómo os denigraba, os humillaba, y yo no he sido capaz... Apenas he podido defenderos a medias».

Cada palabra que pronunciaba me atravesaba el corazón como una espada. No se daba cuenta de qué acto de caridad habría sido ahorrarme todo esto, y además hubo de contarme los chismes que siguieron y qué triunfo sería para cierto tipo de personas este incidente. Cómo ahora se alegrarían y se reírían del castigo a esa arrogancia y a ese desprecio por los demás que hace tiempo me reprochan. Oír todo eso, Wilhelm, de sus labios, en un tono de la más auténtica compasión... Estaba destrozado y aún estoy furioso. Quisiera que alguno se atreviera a echármelo en cara para poder atravesarle el cuerpo con la daga; si viera sangre, me sentiría mejor. Ay, cientos de veces he cogido un cuchillo para liberar de esta opresión a mi corazón. Cuentan de una noble raza de caballos que, cuando se les arrea y azuza en exceso, su propio instinto los lleva a morderse una vena para procurarse aliento. A menudo me sucede a mí lo mismo: me gustaría abrirme una vena que me procurara la libertad eterna.

24 de marzo

He solicitado mi dimisión de la corte y espero obtenerla, y me disculparéis que primero no os haya pedido permiso a vosotros. Tenía que marcharme de aquí, y lo que tuvierais que decirme para convencerme de que me quedara ya me lo sé, así que... Comunicaselo a mi madre algo endulzado, yo mismo no soy capaz de ayudarme y tendrá que aceptar que tampoco pueda ayudarla a ella. Evidentemente, le hará daño. ¡Ver frenada de repente la fulgurante carrera que iba a llevar a su hijo a ser consejero privado o embajador! ¡Ver cómo vuelve el animalito al establo! Sacad la conclusión que queráis y combinad todos los casos posibles en los que podría o debería haberme quedado. Se acabó, me voy, y para que sepáis adónde me dirijo, está aquí el príncipe ..., que halla gran placer en mi compañía; como se ha enterado de mis intenciones, me ha pedido que vaya con él a sus posesiones y pase allí la hermosa primavera. Me ha prometido

dejarme a mis anchas, y, como hasta cierto punto nos entendemos, quiero probar fortuna y marcharme con él.

19 de abril

A modo de información

Gracias por tus dos cartas. No contesté porque esperaba a tener aquí mi dimisión de la corte; temía que mi madre se dirigiera al ministro, entorpeciendo mis propósitos. Pero ahora ya está hecho, mi dimisión ha llegado. No os diré de cuán mala gana me la han concedido ni lo que me ha escrito el ministro, volveríais a lamentaros. El príncipe heredero me ha enviado veinticinco ducados como despedida, cosa que me ha conmovido hasta hacerme llorar; así que ya no necesito el dinero que hace poco le pedí a mi madre.

5 de mayo

Mañana me marcho de aquí, y como el lugar en que nací sólo queda a seis millas del camino, quiero volver a verlo, quiero recordar los felices días del pasado, llenos de sueños. Quiero entrar por la misma puerta por la que mi madre salió conmigo cuando, tras la muerte de mi padre, abandonó ese lugar, tan querido y entrañable, para encerrarse en su insoportable ciudad. Adiós, Wilhelm, ya tendrás noticias de mi traslado.

9 de mayo

He concluido el camino a mi tierra natal con toda la devoción de un peregrino y me han sorprendido algunas emociones inesperadas. Mandé que nos detuviéramos junto al gran tilo que está a un cuarto de hora de la ciudad, yendo hacia S., bajé y ordené continuar al cochero para degustar a pie, solo, cada recuerdo como si fuera nuevo, con toda su viveza, según los dictados de mi corazón. Allí estaba, pues, bajo el tilo que, en otro tiempo, cuando era niño, había sido la meta y el límite de mis paseos. ¡Qué diferente todo! Entonces deseaba, en mi feliz inconsciencia, salir al desconocido mundo, en el que esperaba hallar tanto alimento, tanta dicha para mi corazón, y llenar y satisfacer con ellos mis íntimas inquietudes. Ahora regreso del ancho mundo, oh, amigo mío, ¡con cuántas esperanzas rotas, con cuántos planes venidos abajo! Vi las montañas que tantos miles de veces habían sido el objeto de mis anhelos. Podía pasarme horas pensando en cruzarlas, en perderme por los bosques, por los valles que se dibujaban ante mis ojos en tan amena penumbra; y, cuando a una hora determinada, tenía que regresar, ¡cuánto

me desagradaba abandonar aquel mirador! Me aproximé a la ciudad, presenté mis respetos a las viejas y conocidas casitas de los jardines; las nuevas me disgustaron, igual que los demás cambios que se habían llevado a cabo.

Crucé la puerta y al instante volví a encontrarme a mí mismo. Querido amigo, no voy a entrar en detalles; por encantador que fuera para mí, contarle se haría aburrido. Había decidido hospedarme en el mercado, justo al lado de nuestra antigua casa. Al dirigirme a él advertí que la escuela en la que una respetable anciana nos hizo pasar la infancia bien apiñados se había transformado en una chamarilería. Recordé el temor, las lágrimas, la angustia que había sufrido en aquel agujero. No di un solo paso que no fuera memorable. Un peregrino en Tierra Santa no se topa con tantos santos lugares dignos de recordar, y su alma difícilmente se ve tan embargada de sacras emociones. Sólo un recuerdo entre mil. Descendí bordeando el río hasta llegar a cierta granja; aquél solía ser también mi rumbo, el pequeño recodo donde los chicos practicábamos con los cantos rodados, a ver quién conseguía que saltaran más veces sobre la superficie del río. Recordé vivamente cuando iba a contemplar el agua, los presentimientos tan maravillosos con que seguía su curso, lo fantásticos que me imaginaba los parajes hacia donde fluía y lo rápido que encontraba límites a mi fantasía; y, sin embargo, tenía que ir más lejos, siempre más lejos, hasta que me perdía en la contemplación de una invisible lejanía. ¡Ya ves, querido amigo, así de limitados y de felices eran nuestros venerables antepasados! ¡Así de ingenuos sus sentimientos, su poesía! Cuando Ulises habla del mar inconmensurable y de la tierra infinita, sus palabras suenan así de ciertas, de humanas, de íntimas, de entrañables y de misteriosas. ¿De qué me sirve ahora ser capaz de repetir como cualquier escolar que la tierra es redonda? El hombre sólo necesita un pequeño terruño para disfrutar en él, y de otro mucho menor para descansar debajo.

Ahora estoy ya aquí, en la residencia de caza del príncipe. Se vive muy bien con este señor, es franco y sencillo. Lo acompañan algunos individuos muy curiosos, a los que no comprendo en absoluto. No parecen bribones, pero tampoco gente respetable. De vez en cuando me parecen honrados y, sin embargo, no puedo fiarme de ellos. Lo que me da pena es que el príncipe habla a menudo de cosas que únicamente ha oído o leído y, por cierto, sólo desde el punto de vista que otros le presentan.

También él aprecia mi inteligencia y mis talentos más que este corazón que, no obstante, es mi único orgullo, la única fuente de todo lo que tengo, de toda la fuerza, de toda la dicha y de toda la miseria. ¡Ay! Lo que yo sé puede saberlo cualquiera: mi corazón sólo me pertenece a mí.

25 de mayo

Tenía algo en mente de lo que no quería contaros nada hasta haberlo realizado; ahora que no va a salir, ya me da igual. Quería ir a la guerra, hacía tiempo que lo deseaba íntimamente. Por ese motivo en especial he seguido hasta aquí al príncipe, que es general al servicio de Prusia. Durante un paseo le revelé mis intenciones; consiguió disuadirme: en mi interior tendría que haber habido más pasión y no sólo un mero capricho para no haber prestado oídos a sus razones.

11 de junio

Di lo que quieras, no puedo quedarme más tiempo. ¿Qué hago aquí? Los días se me hacen largos. El príncipe me trata lo mejor que puede, pero no estoy en mi sitio. En el fondo no tenemos nada en común. Él es un hombre de juicio, pero de un juicio poco original; su trato ya no me entretiene más que la lectura de un libro bien escrito. Me quedaré ocho días más y luego volveré a vagar sin rumbo. Lo mejor que he hecho aquí han sido mis dibujos. El príncipe tiene sensibilidad para el arte y más tendría aún si no estuviera limitado por el infame aparato científico y la terminología al uso. A veces aprieto los dientes cuando, con cálida imaginación, lo guío a través de la naturaleza y el arte, y él, de repente, creyendo que lo hace muy bien, mete la pata con algún término artístico de lo más inútil.

16 de junio

¡Claro que sólo soy un caminante, un peregrino sobre la faz de la tierra! ¿Es que vosotros sois algo más?

18 de junio

¿Que adónde quiero ir? Deja que te lo diga en confianza. Voy a quedarme aquí aún quince días, y luego me he dicho que quiero visitar las minas de ..., pero en el fondo no es eso, sólo quiero volver a tener cerca a Lotte, nada más. Y me río de mi corazón... pero hago su voluntad.

29 de julio

¡No, está bien! ¡Todo está bien! ¡Yo, su marido...! Oh, Dios, tú que me creaste, si me hubieras concedido esa alegría, toda mi vida sería una plegaria continua. ¡No quiero discutir, y perdóname estas lágrimas, perdóname mis vanos deseos...! ¡Ella, mi esposa! Si hubiera estrechado entre mis brazos a la criatura más adorable de la faz de la tierra... Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, Wilhelm, cuando Albert la coge por su delgado talle.

Y ¿puedo decirlo? ¿Por qué no, Wilhelm? ¡Conmigo habría sido más feliz que con él! Oh, él no es el hombre que se necesita para colmar los deseos de ese corazón. Cierta falta de sensibilidad, una carencia... llámalo como quieras, que hace que su corazón no lata al unísono con... ¡oh...!, con el pasaje de un buen libro, ante el que mi corazón y el de Lotte se encontraban; en otras mil circunstancias, como cuando hay que manifestar en voz alta nuestras opiniones sobre los actos de un tercero. ¡Querido Wilhelm! Sin duda la ama con toda el alma, y un amor así ¿acaso ella no lo merece...?

Un individuo insoportable me ha interrumpido. Mis lágrimas se han secado. Estoy distraído. Adiós, querido amigo.

4 de agosto

Esto no sólo me ocurre a mí. Todos los hombres ven frustradas sus esperanzas, defraudadas sus expectativas. He ido a visitar a la buena mujer del tilo. El mayor de los niños salió corriendo a recibirme, sus gritos de júbilo hicieron salir a la madre, que parecía muy abatida. Sus primeras palabras fueron:

«¡Buen señor!, ¡ay!, se me ha muerto mi Hans».

Era el menor de sus hijos. Guardé silencio.

«Y mi marido —dijo— ha vuelto de Suiza sin nada, y sin la ayuda de algunas buenas gentes habría tenido que salir a mendigar, pues por el camino cogió unas fiebres».

No fui capaz de decirle nada y le di algo al pequeño; ella me pidió que aceptara unas manzanas, cosa que hice, y me marché con sensación de tristeza.

21 de agosto

Igual que gira una veleta, así cambio yo. A veces es como si una alegre mirada de la vida quisiera brillar de nuevo, ¡ay!, sólo por un momento... Cuando me pierdo así entre mis sueños no soy capaz de librarme de este pensamiento: «¿Qué sucedería si Albert muriera? ¡Tú serías...! Sí, ella sería...», y entonces corro tras esa quimera hasta que me conduce a unos abismos ante los que retrocedo tembloroso.

Cuando salgo por la puerta de la ciudad, por el camino que recorrí por primera vez cuando fui a recoger a Lotte para el baile... ¡qué distinto era todo entonces! ¡Todo, todo ha pasado! Ni un signo de aquel mundo, ni un latido de mis sentimientos de entonces. Me siento como se sentiría un espíritu que regresara al castillo incendiado y en ruinas que él mismo construyó en otro tiempo, cuando era un príncipe en la plenitud de sus días, y que decoró con la mayor magnificencia, pensando, lleno de esperanzas, en legárselo a su querido hijo.

3 de septiembre

¡A veces no comprendo cómo puede amarla otro, cómo le es lícito amarla, cuando sólo yo la amo tan plena, tan íntimamente, sin conocer otra cosa, sin saber otra cosa, sin tener otra cosa que no sea ella!

4 de septiembre

Sí, así es. Tal como la naturaleza va decantándose hacia el otoño, también empieza el otoño en mi interior y en todo lo que me rodea. Mis hojas se volverán amarillas, y las de los árboles vecinos han caído ya. ¿No te hablé en alguna ocasión, al poco de llegar, de un joven campesino? Ahora he vuelto a preguntar por él en Wahlheim; dicen que lo echaron de su puesto y que nadie quiso volver a saber de él. Ayer me lo encontré por casualidad de camino a otro pueblo, me dirigí a él y me contó su historia, que me ha conmovido el doble que cualquier otra, como comprenderás en cuanto te la cuente. Pero ¿para qué todo esto? ¿Por qué no me guardo para mí lo que me atemoriza y mortifica? ¿Por qué apenarte también a ti? ¿Por qué siempre te doy ocasión de que me compadezcas y me reprendas? ¡Sea! ¡Tal vez esto forme también parte de mi destino!

Con una callada tristeza, en la que me pareció apreciar cierta vergüenza, el hombre respondió primero a mis preguntas; pero casi al instante, como si de repente se hubiera reconocido a sí mismo y me hubiera reconocido también a mí, me confesó abiertamente sus faltas y se lamentó de su desgracia. Amigo mío, ¡si pudiera someter a tu juicio cada una de sus palabras! Admitió, e incluso me contó con una especie de placer y de dicha

al volver a recordarlo, que la pasión por su señora había ido aumentando en él día a día, hasta que al final no sabía lo que hacía, ni, en sus propias palabras, dónde tenía la cabeza. Que no podía comer ni beber ni dormir, que se le hacía un nudo en la garganta, que hacía lo que no tenía que hacer, que olvidaba lo que le encargaban, que se sentía como si lo persiguiera un espíritu maligno, hasta que un día en que la señora se hallaba en una de las habitaciones superiores, la siguió, o mejor dicho, se sintió arrastrado por ella; como nunca había prestado atención a sus ruegos, trató de tomarla por la fuerza; no sabe cómo ocurrió, y pone a Dios por testigo de que sus intenciones siempre habían sido honestas, y que nada deseaba tanto como casarse y que ella tuviera a bien compartir su vida con él.

Después de llevar hablando un buen rato, el joven empezó a tartamudear como quien tiene aún algo que decir y no se atreve a soltarlo; al final me confesó también avergonzado las pequeñas confianzas que su señora le había permitido y la intimidad que le había concedido. Se interrumpió dos o tres veces y repitió, protestando vivamente, que no lo decía para, en sus propias palabras, criticarla, que él la amaba y la adoraba igual que antes, que algo así nunca habría salido de su boca y que si me lo contaba era sólo para convencerme de que no estaba trastornado ni era un insensato. Y en este punto, mi buen amigo, vuelvo con la vieja cantinela que nunca dejaré de entonar: ¡si pudiera describirte a este hombre tal y como lo vi delante de mí, tal y como aún lo veo en mi memoria! ¡Si pudiera contártelo todo como es debido para que sintieras cómo me compadezco, cómo he de compadecerme de su destino! Pero dejémoslo aquí, pues tú también conoces el mío, pues tú también me conoces a mí: seguro que sabes de sobra lo que me atrae de todos los desdichados, lo que me atrae en particular de este desdichado.

Releyendo la carta veo que he olvidado contarte el final de la historia, pero se puede imaginar fácilmente. Ella se le resistió; intervino el hermano que hacía ya tiempo que lo odiaba y deseaba que dejara la casa por temor a que, con un nuevo matrimonio de la hermana, sus hijos se quedaran sin la herencia sobre la que, puesto que ella no tiene hijos, albergaban bonitas esperanzas. El hermano lo expulsó de inmediato de la casa y armó tal escándalo que ella, aun de haber querido, no habría podido volver a tomar al joven a su servicio. Ahora tiene otro criado, pero también se dice que éste ha tenido desavenencias con el hermano; se da por seguro que se casará con él, pero nuestro joven está firmemente decidido a no ser testigo de tal hecho.

Lo que te cuento no es ninguna exageración, ni está embellecido, incluso podría decir que no tiene fuerza, que te lo he contado sin venir a cuento y que lo he estropeado al recurrir a esas palabras decentes que tenemos por costumbre.

Ese amor, esa fidelidad, esa pasión no son, pues, una invención poética. Viven, se dan en su forma más pura entre esa clase de gente que nosotros denominamos inculta, grosera. ¡Nosotros, los cultivados... cultivados para nada! Lee la historia con devoción,

te lo ruego. Hoy estoy tranquilo mientras la escribo; en mi letra ves que no escribo de prisa ni hago borrones como de costumbre. Querido amigo, lee y piensa al hacerlo que es también la historia de tu amigo. Sí, a mí me ha sucedido lo mismo, eso mismo me sucederá, y yo no tengo ni la mitad de valor, ni la mitad de decisión que este pobre desdichado, con el que apenas me atrevo a compararme.

5 de septiembre

Ella le había escrito una notita a su marido, que estaba en el campo retenido por ciertos asuntos. Comenzaba diciendo:

Querido, queridísimo, ven lo antes posible, te estaré esperando toda contenta.

Pero llegó un amigo con la noticia de que, a raíz de ciertas circunstancias, su marido no podría regresar tan pronto. La nota se quedó en el escritorio y, por la noche, cayó en mis manos. La leí y sonreí; ella me preguntó por qué.

«Qué don divino es la imaginación —exclamé—, por un momento he imaginado que esta carta había sido escrita para mí».

Cortó la conversación, pareció desagradarle y yo guardé silencio.

6 de septiembre

Me ha costado mucho tomar la decisión de desprenderme de mi sencillo frac azul, el de mi primer baile con Lotte, pero, en cualquier caso, estaba ya impresentable. Además, he encargado uno igual que el anterior, con cuello y solapas, y también el chaleco amarillo y las calzas a juego.

No obstante, no surte el mismo efecto. No sé... Creo que con el tiempo también acabaré encariñándome con él.

12 de septiembre

Lotte ha estado de viaje unos días para ir a recoger a Albert. Hoy he entrado en su habitación, ha salido a recibirme y le he besado la mano con mil amores.

Un canario ha volado desde el espejo hasta sus hombros.

«Un nuevo amigo —ha dicho atrayéndolo hacia su mano—, es para mis pequeños. ¡Es tan adorable! ¡Míralo! Cuando le doy pan, mueve las alas y lo picotea con tanta gracia... También me da besos, ¡mira!».

Al ofrecer su boca al animalito, éste apretó de forma muy graciosa los dulces labios, como si fuera capaz de sentir la felicidad de que ella gozaba.

«Tiene que besarte también a ti», dijo alcanzándome el pájaro.

El piquito hizo el camino de su boca a la mía y su roce fue como una exhalación, como un sentimiento de amoroso placer.

«Su beso —dije— no deja de ser codicioso, pues lo que busca es alimento y regresa insatisfecho con esas vanas caricias».

«También come de mi boca», dijo ella.

Le ofreció algunas migas de pan con los labios, y de ellas salían sonrientes, en toda su dulzura, las alegrías de un amor inocente y compasivo.

Volví el rostro. ¡No tendría que hacer estas cosas! ¡No tendría que encender mi imaginación con tales imágenes de inocencia y felicidad celestial, ni despertar mi corazón del sueño en que tantas veces lo mece la indiferencia de la vida! ¿Y por qué no...? ¡Ella tiene tanta confianza en mí! ¡Ella sabe que la amo!

15 de septiembre

Es para volverse loco, Wilhelm, que tenga que haber personas sin comprensión ni sensibilidad ante lo poco que aún tiene algo de valor sobre la faz de la tierra. Conoces los nogales bajo los que me sentaba con Lotte en casa del honorable párroco de San ..., ¡esos magníficos nogales que siempre colmaron mi alma de la mayor alegría! ¡Qué intimidad daban al patio de la parroquia! ¡Qué frescor! ¡Y qué espléndidas eran sus ramas! Y el recuerdo de los honrados clérigos que los plantaron hace tantísimos años... El maestro de escuela nos mencionaba a menudo el nombre de uno de ellos, que había oído decir a su abuelo; debió de ser un hombre muy bueno y su recuerdo siempre me parecía sagrado cuando me encontraba bajo aquellos árboles. Te digo que ayer al maestro se le saltaban las lágrimas cuando me contó que los habían talado... ¡Talado! Quisiera volverme loco, sería capaz de matar al perro que les dio el primer hachazo. Y yo tengo que presenciar esto, yo, que me pondría de luto si mi patio tuviera unos árboles así y uno de ellos se muriera de viejo. ¡Querido amigo, aún hay una cosa más! ¡Lo que

es la sensibilidad humana! Todo el pueblo murmura, y espero que la mujer del párroco note en la mantequilla, los huevos y las demás dádivas la ofensa que ha infligido a este pueblo. Pues ha sido ella, la mujer del nuevo párroco (el antiguo también ha fallecido), una criatura delgada y enfermiza, a la que sobran motivos para no tener ningún interés por el mundo, ya que nadie lo tiene por ella. Una necia que se las da de culta, que se entromete en las investigaciones sobre el canon, que trabaja mucho en la nueva reforma crítico-moral del cristianismo, que se encoge de hombros ante las excentricidades de Lavater, que tiene una salud muy mala y, por lo tanto, ni una sola alegría en esta tierra de Dios. Sólo una criatura así ha podido talar mis nogales. ¿Lo ves? ¡No estoy aún en mis cabales! Imagínate, las hojas caídas le ensucian y le encharcan el patio, los árboles le quitan la luz y, cuando las nueces maduran, los muchachos les tiran piedras, y eso a ella le crispera los nervios, la perturba en sus hondas reflexiones cuando está comparando las obras de Kennikot, Semler y Michaelis. Al ver a la gente del pueblo tan descontenta, en especial a los ancianos, dije:

«¿Por qué lo habéis consentido?».

«Si el alcalde de aquí lo quiere —dijeron—, ¿qué podemos hacer?».

Pero una cosa sí les ha salido bien. El alcalde y el párroco, quien, a pesar de todo, quería sacar tajada de las extravagancias de su mujer, a la que, por lo demás, no da gran importancia, pensaron repartirse las ganancias entre ellos; pero entonces se enteró la cámara y dijo:

«¡Adelante!», pues ésta tenía sus pretensiones sobre la parte de la parroquia en la que se encontraban los árboles y pensaba venderlos al mejor postor.

¡Ya han caído! ¡Oh, si yo fuera príncipe! ¡A la mujer del párroco, a los alcaldes y a la cámara les...! ¡Príncipe! Sí, si yo fuera príncipe, ¿qué me importarían a mí los árboles de mis tierras?

10 de septiembre

¡Sólo con ver sus ojos negros ya me siento bien! Ya ves, pero lo que me disgusta es que Albert no parece tan feliz como él... esperaba... como yo... creía que sería... cuando... No me gusta poner puntos suspensivos, pero aquí no puedo expresarme de otra forma... y me parece lo suficientemente claro.

12 de octubre

Ossian ha desplazado a Homero en mi corazón. ¡A qué mundo me traslada este magnífico poeta! Vagar por los páramos contra vientos de tormenta que, entre nieblas vaporosas, transportan los espíritus de los antepasados a la pálida luz de la luna. Oír desde las montañas, entre el estrépito de las aguas del bosque, los débiles gemidos de los espíritus saliendo de sus cuevas, y los lamentos de la joven que, llorando hasta la extenuación, se abraza a las cuatro piedras cubiertas de moho bajo las que está enterrado su amado, el noble caído en combate. ¡Y si luego veo al bardo errante de pelo cano que, buscando por los inmensos páramos las huellas de sus antepasados, ay, encuentra sus túmulos y, sollozando, alza la vista al amado astro del ocaso, que se oculta tras el mar embravecido, y entonces en el alma del héroe reviven los tiempos pasados, cuando aún los rayos propicios iluminaban los peligros de los intrépidos y la luna alumbraba su nave, que regresaba coronada y victoriosa...! Cuando detecto la honda preocupación en su frente, y lo veo, a él, al último de esos hombres magníficos, inclinarse oscilante y desfallecido sobre la tumba, donde aún encuentra nuevas alegrías, dolorosas y ardientes, ante la presencia impotente de las sombras de sus difuntos, y exclama, mirando la fría tierra, la alta hierba mecida por el viento:

«El caminante ha de venir, ha de venir, el que conoció mi lozanía, y preguntará: “¿Dónde está el rapsoda, el noble hijo de Fingal?”. Sus pasos hollarán mi tumba y en vano preguntará por mí sobre la tierra».

¡Oh, amigo!, justo en ese instante me gustaría desenvainar la espada, igual que un noble hombre de armas, para liberar de una vez por todas a mi príncipe del lacerante martirio de una vida que se apaga lentamente y encomendar mi alma a ese dios liberado tan sólo a medias.

19 de octubre

¡Ay, este vacío! ¡Este terrible vacío que siento en mi pecho...! A menudo pienso: «Si pudieras estrecharla sólo una vez, tan sólo una vez contra este corazón, todo ese vacío se llenaría».

26 de octubre

Sí, estoy seguro, querido amigo, seguro y cada vez más seguro de que la existencia de una persona importa poco, muy poco. Vino una amiga de Lotte y yo entré en la sala

contigua para coger un libro, pero no podía leer, así que cogí una pluma para escribir. Las oí hablar en voz baja; se contaban cosas insignificantes la una a la otra, novedades de la ciudad: que fulanita se iba a casar, que menganita está enferma, muy enferma.

«Tiene una tos seca, los huesos se le marcan en la cara y sufre desmayos; no doy un cruzado por su vida», decía una.

«Fulanito de tal también está muy mal», decía Lotte.

«Está ya muy hinchado», decía la otra.

Y mi viva imaginación me trasladó junto al lecho de aquellos desgraciados; vi con qué disgusto volvían la espalda a la vida, con qué... ¡Wilhelm!, y mis mujercitas estaban hablando de ellos precisamente del mismo modo en que se habla de que... de que un desconocido se muere. Y, cuando levanto la vista y veo la habitación y por todas partes vestidos de Lotte y escritos de Albert, y esos muebles que ahora me son tan familiares, incluido este tintero, pienso: «¡Mira lo que eres para esta casa! En resumidas cuentas: ¡tus amigos te veneran! A menudo eres su alegría y a tu corazón le parece que no podría existir sin ellos, y, sin embargo... si ahora te marcharas, si dejaras ese círculo... ¿cuánto tiempo... durante cuánto tiempo sentirían el vacío que tu pérdida crearía en su vida? ¿Cuánto tiempo? ¡Oh, el hombre es tan efímero que, incluso allí donde su existencia tiene una certeza indudable, allí donde deja la insustituible y genuina impronta de su presencia, en el recuerdo, en el alma de sus amigos, también ha de apagarse, ha de desaparecer, y demasiado pronto!».

27 de octubre

A menudo me entran ganas de desgarrarme el pecho, de abrirme el cráneo, al ver lo poco que podemos llegar a ser para los demás. Ay, el amor, la alegría, el calor y la dicha que yo no lleve conmigo, no me los dará el prójimo, y con todo un corazón lleno de felicidad no haré feliz a quien se plante ante mí frío y sin fuerzas.

Por la tarde

Tengo tantas cosas, y los sentimientos que tengo lo devoran todo; tengo tantas cosas y, sin ella, todo es para mí lo mismo que nada.

30 de octubre

¡Si no he estado ya cien veces a punto de echarme a su cuello...! El gran Dios sabe lo que supone ver pasar tanta gentileza y no poder echarle mano; y echar mano a las cosas no es sino el impulso más natural de la humanidad. ¿Acaso los niños no echan mano a todo lo que se les antoja? ¿Y yo?

3 de noviembre

Dios sabe cuántas veces me voy a la cama con el deseo, incluso con la esperanza, de no volver a despertar, y por las mañanas abro los ojos, vuelvo a ver el sol y me siento miserable. Oh, ojalá pudiera ser veleidoso, ojalá pudiera echar la culpa al tiempo, a un tercero, a una empresa fallida... Así el insoportable peso de mi enojo recaería sobre mí sólo en parte. ¡Ay de mí! Con demasiada certeza siento que la culpa es sólo mía... ¡No toda la culpa! Es suficiente con que en mí esté oculta la fuente de todas las desgracias, igual que antaño lo estuvo la de todas las alegrías. ¿Es que acaso no soy el mismo que en otro tiempo andaba flotando rebosante de emociones, aquel que a cada paso que daba le seguía un paraíso, aquel que tenía un corazón capaz de abarcar con su amor el mundo entero? Y ese corazón ahora está muerto, ya no manan de él más entusiasmos, mis ojos están secos, y mis sentidos, a los que ya no consolarán reparadoras lágrimas, fruncen de angustia mi ceño. ¡Sufro mucho, pues he perdido la que constituía la única alegría de mi vida! ¡La sagrada fuerza vivificadora, con la que yo creaba mundos a mi alrededor, ha muerto...! Cuando desde mi ventana contemplo la lejana colina, cómo el sol del amanecer atraviesa las nieblas e ilumina la silenciosa pradera, y el río se acerca, tranquilo y sinuoso, entre los sauces sin hojas... ¡Oh!, cuando tengo delante esa espléndida naturaleza, tan quieta como un pequeño lienzo lacado, y toda esa dicha no es capaz de bombear en mi corazón una sola gota de felicidad que me llegue al cerebro, y el pobre individuo se encuentra ante la faz de Dios como un pozo seco, como un cubo lleno de grietas... A menudo me he postrado para rogar a Dios que me diese lágrimas, igual que un labrador suplica la lluvia cuando el cielo parece de bronce y la tierra se muere de sed.

Pero, ¡ay!, ya lo sé, Dios no concede la lluvia y el sol simplemente por nuestros impetuosos ruegos, y aquellos tiempos cuyo recuerdo me atormenta... ¿por qué eran tan felices? Porque era como si yo esperara su espíritu con paciencia, y la alegría que él derramaba sobre mí, yo la recogía con todo mi corazón, profundamente agradecido.

8 de noviembre

¡Lotte me ha reprochado mis excesos! ¡Ay, con tanta amabilidad! Mis excesos porque, alguna que otra vez, me dejo llevar y, en vez de un vaso de vino, me tomo una botella.

«¡No lo hagas! —dijo—. ¡Piensa en Lotte!».

«¡Pensar! —respondí—. ¿Es necesario que me digas eso? ¡Yo pienso...! ¡Yo no pienso! Tú siempre estás en mi alma. Hoy he estado en el lugar en el que hace poco bajaste del coche...».

Empezó a hablar de otra cosa para que no fuera más allá. ¡Mi buen amigo, estoy perdido! Puede hacer conmigo lo que quiera.

15 de noviembre

Te agradezco, Wilhelm, tu cordial interés, tus consejos bienintencionados, y te ruego que te tranquilices. Déjame soportarlo: aun con todo el cansancio todavía me quedan fuerzas para resistir. Tú sabes que respeto la religión, que creo que es un báculo para los que desfallecen, un alivio para los que se consumen de sed. Pero... ¿puede serlo, ha de serlo para todos nosotros? Si contemplas el inmenso mundo, verás a miles de individuos para los que no lo fue, miles para los que no lo será, tanto si se les ha predicado como si no, ¿y ha de serlo para mí? ¿Acaso no dice el mismo Hijo de Dios que estarán con Él aquellos que el Padre le haya concedido? ¿Y si no me ha concedido a mí ese don? ¿Y si el Padre, como me dice el corazón, quiere retenerme para Él? Te lo ruego, no lo malinterpretes; no veas ningún sarcasmo en estas inocentes palabras; es mi alma la que descubro ante ti. De lo contrario preferiría callar, porque no me gusta desperdiciar palabras hablando de lo que todos saben tan poco como yo. ¿Qué otra cosa es el destino humano sino soportar cada uno su carga, apurar su cáliz? Y, si al Dios de los cielos el cáliz le resultó tan amargo en sus labios humanos, ¿por qué tendría yo que ser más fuerte y hacer como si me supiera dulce? ¿Y por qué tendría que avergonzarme en ese terrible momento en que todo mi cuerpo tiembla entre el ser y el no ser, en que el pasado refulge como un rayo sobre los oscuros abismos del futuro y todo se hunde a mi alrededor y el mundo se extingue conmigo...?

¿No es esa la voz de la silenciosa criatura, completamente desvalida, que, luchando en vano, grita desfallecida:

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?».

¿Y tengo yo que avergonzarme de esta expresión, debo temer el momento al que no pudo escapar aquel al que los cielos envuelven como si fuera un manto?

21 de noviembre

Ella no ve, no siente que está preparando un veneno que me destruirá; y yo, con sumo placer, apuro la copa que ella tiende a mi perdición. ¿Qué significa esa bondadosa mirada con la que me observa a menudo...? ¿A menudo...? No, a menudo no, pero sí de vez en cuando, ¿qué esa complacencia con la que acoge una involuntaria expresión de mis sentimientos, esa compasión por mi resignación que se dibuja en su frente?

Ayer, al marcharme, me tendió la mano y dijo:

«¡Adiós, querido Werther!».

¡Querido Werther! Era la primera vez que me llamaba «querido», y me llegó al alma. Me lo he repetido cientos de veces, y ayer por la noche, cuando me disponía a irme a la cama, hablando conmigo mismo de las cuestiones más diversas, dije de repente:

«¡Buenas noches, querido Werther!», y no pude por menos que reírme de mí mismo.

22 de noviembre

No puedo rogar a Dios: «¡Déjamela!» y, sin embargo, a menudo me parece que es mía. No puedo rogar a Dios: «¡Dámela!», pues es de otro. Ando bromeando con mis sufrimientos; si me dejase llevar, compondría toda una letanía de antítesis.

24 de noviembre

Es consciente de lo que sufro. Hoy su mirada me ha traspasado el corazón. La encontré sola; no dije nada y me miró. Y yo ya no vi en ella su adorable belleza, ya no vi el brillo de su maravilloso ingenio: todo eso había desaparecido. Fue la suya una mirada mucho más generosa, la más plena expresión de la más íntima simpatía, de la más dulce compasión. ¿Por qué no podía postrarme a sus pies? ¿Por qué no podía responderle con miles de besos en el cuello? Buscó refugio en el piano y, con voz tenue y dulce, exhaló armónicos sonos al compás de la música. Jamás había visto sus labios tan hermosos; fue como si se abrieran para aspirar los dulces tonos que manaban del

instrumento, para que sólo resonara el suave eco de su inmaculada boca... ¡Sí, si pudiera describírtelo tal como fue...! No resistí mucho tiempo, me incliné y juré: «¡Jamás osaré estampar un beso en vosotros, labios, en los que flotan los espíritus del cielo!». Y, sin embargo... quiero... ¡Ah! ¿Lo ves? Se interpone ante mi alma como un muro... esa dicha... y luego muero para expiar este pecado... ¿Pecado?

26 de noviembre

De vez en cuando me digo: «Tu destino es único; considera felices a los demás... A nadie lo han atormentado aún de este modo». Luego leo a un poeta de la Antigüedad y tengo la sensación de ver mi propio corazón. ¡Tengo tanto que soportar! ¡Ay! ¿Acaso han sido ya los hombres tan desgraciados antes que yo?

30 de noviembre

¡No podré, no podré volver a ser el de antes! Allá donde voy, me encuentro una aparición que me saca de mis casillas. ¡Hoy! ¡Oh, destino! ¡Oh, humanidad!

A mediodía me fui al río, no tenía ganas de comer. Todo estaba desierto, un viento vespertino, frío y húmedo, soplaba desde la montaña, y grises nubes de lluvia avanzaban hacia el valle. A lo lejos vi a un hombre con una raída casaca verde, que deambulaba entre las rocas y parecía estar buscando hierbas. Como me acerqué a él, se volvió al oírme y vi una interesante fisonomía, caracterizada por una serena tristeza, pero que, por lo demás, no expresaba otra cosa que un espíritu estricto y bueno; llevaba el negro cabello en dos rodetes, sujeto con horquillas, y el resto en una gruesa trenza que le caía por la espalda. Como su vestimenta parecía indicar a un individuo de baja posición, pensé que no se tomaría a mal que prestara atención a sus quehaceres, y por eso le pregunté qué buscaba.

«Estoy buscando —contestó con un profundo suspiro— flores... pero no encuentro ninguna».

«Es que no es la época», le dije sonriendo.

«Hay tantas flores —dijo, bajando hacia mí—. En mi jardín hay rosas y madre selvas de dos especies, una de ellas me la dio mi padre y crece como la mala hierba; llevo ya dos días buscándolas y no soy capaz de encontrarlas. Allí, en casa, siempre hay flores, amarillas y azules y rojas, y la centaura menor tiene florecitas muy lindas. No encuentro ninguna».

Percibí algo inquietante y dando un rodeo le pregunté para qué quería las flores. Una sonrisa curiosa y temblorosa le contrajo el rostro.

«Si no me delatáis... —dijo llevándose el dedo a la boca—, le he prometido un ramo a mi amada».

«Eso está muy bien», dije.

«Oh —respondió—, ella tiene muchas más cosas, es rica».

«Y, sin embargo, le gustará vuestro ramo», repuse.

«¡Oh! —continuó diciendo—. Tiene joyas y una corona».

«¿Cómo se llama?».

«¡Si los Estados Generales tuvieran a bien pagarme —replicó—, yo sería otro hombre! ¡Sí, hubo un tiempo en que las cosas me iban bien! Ahora estoy acabado. Ahora estoy...».

Dirigió al cielo una mirada húmeda que lo explicó todo.

«¿Así que fuisteis feliz?», pregunté.

«¡Ay! ¡Ojalá pudiera volver a serlo! —dijo—. ¡Entonces me sentía tan bien, tan alegre y tan ligero como un pez en el agua!».

«¡Heinrich! —gritó una anciana que venía por el camino—. Heinrich, ¿dónde te metes? Te hemos estado buscando por todas partes, ¡venga, a comer!».

«¿Es vuestro hijo?», le pregunté acercándome a ella.

«¡Sí, mi pobre hijo! —respondió—. Dios me ha cargado con una pesada cruz».

«¿Cuánto hace que está así?», pregunté.

«Así de tranquilo —dijo— lleva ya medio año. Gracias a Dios que la cosa no ha ido a más; antes estuvo un año entero con delirios, encadenado en el manicomio. Ahora no le hace nada a nadie, sólo que siempre está liado con reyes y emperadores. Era un hombre tan bueno y tan tranquilo, me ayudaba en mi sustento, tenía una letra muy hermosa y, de repente, se puso melancólico, le entraron unas violentas fiebres, luego la locura, y ahora está como vos lo veis. Si yo os contara, señor...».

La interrumpí para preguntarle qué tiempos eran aquellos en los que se vanagloriaba de haber sido feliz.

«¡El pobre infeliz! —exclamó la anciana con una sonrisa compasiva—. Se refiere a la época en que estaba fuera de sí, y de la que se vanagloria siempre; fue la época en que estuvo en el manicomio, cuando no sabía ni quién era...».

Fue como si me cayera un rayo. Le puse una moneda en la mano y me fui a toda prisa.

«¡Cuando fuiste feliz...! —exclamé mientras me dirigía rápidamente a la ciudad—. ¡Cuando te sentías como pez en el agua!».

¡Dios de los cielos! ¿Has hecho que el destino de los humanos haya de ser que no vivan dichosos sino antes de tener razón y cuando vuelven a perderla? ¡Desdichado! ¡Y cómo envidio tus tribulaciones, la turbación de los sentidos en la que te consumes! Sales, pletórico de esperanza, a recoger flores para tu reina... en invierno... y te lamentas de no poder encontrarlas, sin comprender por qué no puedes encontrarlas. Y yo... yo salgo sin esperanzas, sin propósito alguno, y regreso a casa tal como he salido de ella... ¿Te imaginas qué clase de hombre serías si los Estados Generales te pagaran? ¡Criatura dichosa, que puede atribuir la falta de felicidad a un obstáculo terreno! ¡No sabes... no sabes que tu desdicha radica en tu corazón destrozado, en tu cerebro trastornado, y que no pueden librarte de ella ni todos los reyes de la tierra!

¡Que muera sin consuelo quien se burle de un enfermo que, rumbo a un lejano manantial de aguas curativas, emprende un viaje que aumentará su enfermedad y hará más doloroso el tiempo que le queda de vida! ¡Que muera quien mire por encima a un corazón oprimido que, para librarse de sus remordimientos y acabar con las penas que atormentan su alma, peregrina hasta el Santo Sepulcro! Cada pisada que sus pies imprimen en caminos no hollados es como una gota de bálsamo para mi alma angustiada; al final de cada jornada de viaje el corazón se acuesta más aliviado de sus cargas. ¿Y vosotros, desde vuestras poltronas, mercaderes de la palabra, podéis llamar a esto locura? ¡Locura...! ¡Oh, Dios! ¡Tú ves mis lágrimas! Tú que creaste al hombre tan pobre, ¿tuviste también que darle hermanos que le robaran la pobreza, la poca fe que tiene en Ti, en Ti, que eres todo amor? Porque la fe en una raíz curativa, en las lágrimas de la vida, ¿qué es sino fe en Ti, que has dado a todo lo que nos rodea esa fuerza sanadora y benéfica que necesitamos a cada hora? ¡Padre, a quien no conozco! ¡Padre, que antes colmabas toda mi alma y ahora has apartado Tus ojos de mí! ¡Llámame a Tu lado! ¡No calles más! Tu silencio no detendrá a esta alma sedienta... Y ¿podría enfurecerse un hombre, un padre al que su hijo, volviendo a casa de forma inesperada, se le arrojara al cuello exclamando:

«¡Padre, he vuelto!»

No te enfades si interrumpo el camino que, siguiendo tu voluntad, debería haber continuado más tiempo. El mundo es igual en todas partes: a esfuerzo y trabajo, recompensa y alegría, pero ¿qué me importa eso a mí? Sólo me siento bien allá donde

Tú estés, y ante Tu rostro quiero padecer y gozar... Y Tú, adorado Padre celestial, ¿lo apartarías de Tu lado?

1 de diciembre

¡Wilhelm! El hombre del que te escribí, el desdichado feliz, era escribiente del padre de Lotte, y una pasión por ella, que él alimentó, ocultó y descubrió, y por la que lo echaron de su puesto, lo volvió loco. Con estas áridas palabras sentirás cuánto me ha desasosegado esta historia cuando Albert me la contó, seguramente con la misma tranquilidad con la que tú la estarás leyendo.

4 de diciembre

Te lo ruego... ¿Lo ves? Para mí todo ha terminado, ¡no lo soporto más! Hoy he estado sentado a su lado... Ella tocaba el piano, melodías diversas, ¡y toda esa expresión! ¡Toda...! ¡Toda...! ¿Qué puedo decirte...? Su hermanita estaba arreglando una muñeca sobre mis rodillas. Las lágrimas asomaban a mis ojos. Me incliné y su alianza me saltó a la vista... Mis lágrimas fluían... Y, de repente, empezó a tocar aquella vieja, dulce y celestial melodía, así, de repente, y traspasaron mi alma una sensación de consuelo y un recuerdo del pasado, de los tiempos en que escuchaba la canción, de los sombríos intervalos, de los disgustos, de las esperanzas frustradas, y entonces... He recorrido la habitación de una punta a otra, mi corazón se asfixiaba con aquella presión...

«¡Por el amor de Dios —dije acercándome a ella en un violento arrebató—, por el amor de Dios, para!». Se detuvo y me miró fijamente.

«Werther —dijo con una sonrisa que me atravesó el alma—, Werther, estás muy enfermo, tus manjares favoritos te repugnan. ¡Márchate! Te ruego que te tranquilices».

Me despedí de ella y... ¡Dios, tú ves mi desgracia y le pondrás fin!

6 de diciembre

¡Cómo me persigue su imagen! ¡Despierto o dormido llena todo mi ser! Aquí, cuando cierro los ojos, aquí, en la frente, donde se concentra la facultad visual, se hallan sus ojos negros. ¡Aquí! No soy capaz de explicártelo. Si cierro los ojos, ahí están; descansando ante mí como un mar, como un abismo, en mi interior, colmando mis sentidos.

¿Qué es el hombre, ese semidiós ensalzado?! ¿Acaso no le fallan las fuerzas justo cuando más las necesita? Y, cuando se eleva en la alegría o se hunde en el dolor, ¿no lo detendrán una u otra cosa justo en ese momento y se verá devuelto a su fría y obtusa conciencia, justo en el momento en que ansiaba perderse en la plenitud del infinito?

EL EDITOR AL LECTOR

Cuánto me habría gustado que de los últimos y memorables días de nuestro amigo se hubieran conservado suficientes testimonios de su puño y letra para no haber tenido que interrumpir con esta narración las cartas que nos ha legado.

Me he esforzado por reunir noticias certeras de boca de quienes podían conocer bien su historia; es sencilla, y todos los relatos coinciden excepto en algunos pequeños detalles: únicamente difieren las opiniones y los juicios sobre el modo de pensar de las personas que intervienen en lo narrado.

No nos queda más remedio que relatar concienzudamente lo que hemos podido averiguar tras mucho empeño, intercalando las cartas legadas por el difunto, sin menospreciar ni la más pequeña nota que se haya encontrado; sobre todo cuando es tan difícil conocer los auténticos y particulares motivos que impulsan una acción cuando ésta es obra de personas que no son nada comunes.

El desánimo y la desgana habían ido echando raíces cada vez más profundas en el alma de Werther, enredándose con firmeza y apoderándose poco a poco de todo su ser. La armonía de su espíritu estaba completamente destruida; un ardor y una violencia interiores, que fueron desgastando todas las fuerzas de su naturaleza, produjeron los efectos más nefastos y acabaron sumiéndolo en un estado de agotamiento, del que hacía todo lo posible por librarse con mayor angustia aún que con la que hasta entonces había luchado contra todos sus males.

La angustia de su corazón devoraba las últimas fuerzas de su espíritu: su vivacidad, su ingenio. Se convirtió en un triste conversador, cada vez más desdichado y, cuanto más desdichado, tanto más injusto. Al menos esto es lo que dicen los amigos de Albert; afirman que Werther no fue capaz de apreciar a un hombre sincero y tranquilo, que había logrado la felicidad tanto tiempo anhelada, ni tampoco su actitud al tratar de conservarla para el futuro. ¡Werther, un hombre que con cada nuevo día devoraba toda su fortuna para después padecer y mendigar por la noche! Dicen que Albert no había cambiado en tan breve espacio de tiempo, que seguía siendo el mismo que Werther tanto apreció y honró al principio de sus relaciones. Amaba a Lotte por encima de todas las cosas, estaba orgulloso de ella y deseaba también que todo el mundo la viera como la criatura más extraordinaria. ¿Habría por tanto que censurarlo porque deseara disipar la menor sospecha, por no querer compartir con nadie ese bien tan preciado, aunque fuese de la forma más inocente?

Admiten que Albert salía a menudo del cuarto de su mujer cuando Werther estaba con ella, pero no por odio ni por antipatía, sino tan sólo porque notaba que él se sentía cohibido por su presencia.

El padre de Lotte había contraído un mal que lo retenía en su habitación; le envió su coche y ella fue a verlo. Era un hermoso día de invierno, las primeras nieves habían caído con fuerza y cubrían toda la comarca.

Werther la siguió a la mañana siguiente para acompañarla a su casa si Albert no iba a recogerla.

El tiempo despejado no influyó mucho en su turbado ánimo: sobre su alma pesaba una sorda opresión, las tristes imágenes se habían aposentado en su ser, y su ánimo no conocía otro movimiento que el pasar de un doloroso pensamiento a otro.

Como vivía en eterna insatisfacción consigo mismo, el estado de los demás le parecía incluso más cuestionable y confuso; creía haber enturbiado la hermosa relación entre Albert y su mujer, y se hacía reproches por ello, mezclados con una callada animadversión contra el marido.

De camino, sus pensamientos dieron vueltas sobre este asunto.

«Sí, sí —se decía apretando los dientes—, ¡éste es el comportamiento leal, amable, delicado, que se interesa por todo, la fidelidad serena y duradera! ¡Hastío e indiferencia es lo que es! ¿Acaso no le interesa más cualquier asunto miserable que su querida y preciosa mujer? ¿Acaso sabe apreciar su suerte? ¿Acaso sabe cuidarla como se merece? Él la tiene... Bueno, él la tiene... Ya lo sé, igual que sé otras cosas, creo haberme acostumbrado a la idea, pero todavía me volverá loco, todavía acabará conmigo... ¿Y acaso no ha renunciado a su amistad conmigo? ¿Acaso no ve en mi inclinación por Lotte una intromisión en sus derechos, en mis atenciones con ella un mudo reproche? Lo sé bien, lo siento, no le gusta verme, desea que me aleje, mi presencia le resulta molesta».

A menudo frenaba sus rápidos pasos, a menudo se detenía en silencio y parecía querer dar la vuelta; sólo que una y otra vez reemprendía el camino y, entre tales pensamientos y soliloquios, acabó llegando al pabellón de caza casi contra su voluntad. Llegó a la puerta, preguntó por el anciano y por Lotte y encontró toda la casa en movimiento. El mayor de los chicos le dijo que en el pueblo de al lado, en Wahlheim, había acontecido una desgracia, ¡habían matado a un campesino...! La noticia no le causó ni la más mínima impresión... Entró en la sala y encontró a Lotte tratando de convencer al anciano, que, sin reparar en su enfermedad, se disponía a investigar el suceso en el mismo lugar de los hechos. No se sabía aún quién era el criminal, habían encontrado al muerto por la mañana delante de la puerta de su casa; tenían algunas sospechas: el finado era el criado de una viuda que anteriormente había tenido otro a su servicio, el cual se había ido de la casa por una discordia. Al oír esto, Werther reaccionó con violencia.

«¿Será posible? —Exclamó—. Tengo que ir, no podré descansar ni un instante».

Se dirigió a Wahlheim a toda prisa y cada uno de sus recuerdos fue reviviendo, sin dudar un solo momento de que el responsable del asesinato había sido aquel hombre con el que había conversado alguna vez y al que había tomado tanto aprecio. Como, para llegar a la taberna, en la que habían depositado el cadáver, tuvo que pasar entre los tilos, se horrorizó al ver el lugar que antes le había sido tan querido. Aquel lugar, en el que los niños de la vecindad habían jugado con tanta frecuencia, estaba salpicado de sangre. El amor y la fidelidad, los más bellos sentimientos humanos, se habían transformado en violencia y asesinato. Los robustos árboles estaban deshojados y cubiertos de escarcha, a los hermosos setos que se arqueaban sobre el bajo muro del camposanto se les habían caído las hojas y el espacio entre las lápidas estaba cubierto de nieve.

De repente, al aproximarse a la taberna, ante la que se había congregado todo el pueblo, se levantó un griterío.

A lo lejos se veía una cuadrilla de hombres armados, y alguien gritó que traían al asesino. Werther volvió la mirada y no dudó mucho tiempo. ¡Sí! Era el criado que amaba tanto a la viuda, aquel al que se había encontrado hacía algún tiempo vagando con silenciosa rabia, con aquella secreta desesperación.

«¿Qué es lo que has hecho, desdichado?», exclamó dirigiéndose al preso.

Éste lo miró con calma, guardó silencio y, al final, repuso con toda tranquilidad:

«Nadie la tendrá, y ella no tendrá a nadie».

Condujeron al prisionero a la taberna y Werther se apresuró a marcharse. Tras esta terrible y violenta conmoción, todo su ser se vio sacudido profundamente. Por un momento se sintió privado de su aflicción, de su desencanto y de su indiferente abandono; de una forma irresistible, la compasión se apoderó de él y le embargó un deseo indecible de salvar a aquel hombre. Sentía que él era igual de desdichado, aun siendo un asesino lo veía inocente, y se puso en su situación hasta tal punto que cobró la seguridad de poder convencer también a otros.

Deseaba poder hablar en su favor, las palabras más audaces empujaban ya sus labios; volvió rápidamente al pabellón de caza y, de camino, sin poder evitarlo, iba ya diciendo a media voz todo lo que quería alegar ante el administrador.

Al entrar en la sala, se encontró a Albert, cosa que le incomodó por unos minutos; pero en seguida se sobrepuso y, ardientemente, ofreció sus consideraciones al anciano. Éste movió la cabeza unas cuantas veces y, aunque Werther le expuso con enorme

vehemencia, pasión y sinceridad todo cuanto un hombre es capaz de decir para disculpar a otro, es fácil imaginar que al administrador no le conmovió ni lo más mínimo.

Al contrario, no dejó que nuestro amigo terminara de hablar, lo refutó enérgicamente y le reprochó ¡que protegiera a un asesino! Le indicó que, si se procediera de esta forma, quedarían abolidas todas las leyes, se derrumbaría toda la seguridad del Estado, y añadió, por otra parte, que él no podía hacer nada en un asunto así sin incurrir en la mayor de las responsabilidades, que todo tenía que seguir el orden, el curso prescrito.

Werther no se dio aún por vencido, sino que le rogó ¡que tuviera a bien hacer la vista gorda si alguien ayudaba a escapar a aquel hombre! Esto también se lo negó el administrador. Albert, que, al final, se inmiscuyó en la conversación, se puso asimismo de parte del anciano; Werther acabó derrotado por mayoría y, con una pena tremenda, se marchó, después de que el administrador le hubiera dicho varias veces:

«¡No, no se puede hacer nada por él!».

Hasta qué extremo debieron de afectarle estas palabras lo sabemos por una notita, que se encontró entre sus papeles, y que de seguro fue escrita ese mismo día:

«¡No se puede hacer nada por ti, desdichado! Me doy buena cuenta de que no se puede hacer nada por nosotros».

Lo que Albert había dicho sobre el caso del prisionero en presencia del administrador había molestado a Werther sobremanera: creía haber observado en sus palabras cierta alusión a él y, aunque, tras mucho reflexionar, no se le escapó a su inteligencia que los dos hombres posiblemente tenían razón, le pareció como que, si lo admitía, si lo reconocía, tendría que renunciar a lo más íntimo de su ser.

Una notita al respecto, que tal vez expresa toda su relación con Albert, la encontramos entre sus papeles:

«¿De qué sirve que me diga y me vuelva a decir que es honrado y bueno si me devora las entrañas? No puedo ser justo».

Como la tarde era apacible y el tiempo anunciaba ya el deshielo, Lotte regresó con Albert a pie. Por el camino miraba de vez en cuando a un lado y a otro, como si echara de menos la compañía de Werther. Albert empezó a hablar de él y lo censuró, sin dejar de hacerle justicia. Aludió a su desdichada pasión, deseando que fuera posible alejarlo de ella.

«Lo deseo también por nosotros —dijo—, y te lo ruego —añadió—, intenta buscar alguna forma de dar a su actitud otro rumbo, de evitar sus frecuentes visitas. La gente se da cuenta y sé que en todas partes murmuran».

Lotte calló y Albert pareció advertir su silencio; al menos desde ese momento no volvió a mencionar a Werther delante de ella y, si era ella quien lo mencionaba, él cortaba la conversación o la desviaba hacia otro tema.

El vano intento de Werther para salvar al desdichado fue el último destello de una luz que se apagaba; únicamente lo hundió más en el dolor y la inactividad. Se le veía casi fuera de sí, especialmente cuando le decían que probablemente lo llamaran a testificar contra aquel hombre que ahora se negaba a confesar. Toda las cosas desagradables que había ido encontrándose a lo largo de su vida profesional, el disgusto en la legación, todo lo que le había salido mal o alguna vez le había indignado removía sin descanso su ánimo.

Así vio justificada su inactividad, cercenadas todas sus expectativas, incapaz de encontrar un asidero para los asuntos de la vida común, y, de este modo, acabó por retroceder, entregado sin remedio a sus extraños sentimientos, a sus pensamientos y a una pasión sin fin, a la eterna monotonía de una relación bien dolorosa con esa amable y adorada criatura cuya paz perturbaba, destruyendo sus propias fuerzas, agotándolas sin objeto ni perspectiva, cada vez más cerca de un triste fin.

De su tribulación, de su pasión, de su infatigable agitación y de sus esfuerzos, así como de su cansancio vital, son los mejores testigos algunas cartas que dejó y que queremos reproducir aquí.

12 de diciembre

Querido Wilhelm, mi estado es probablemente el mismo que el de aquellos infelices a los que se creía poseídos por un espíritu maligno. De vez en cuando se apodera de mí; no es miedo, no es codicia... ¡es un arrebató interior, desconocido, que amenaza con desgarrarme el pecho, que me oprime la garganta! ¡Ay! ¡Ay! Y entonces salgo a vagar por los terribles escenarios nocturnos de esta estación del año, tan hostil al hombre.

Ayer por la noche tuve que salir. De repente había empezado a deshelar; ¡yo había oído que el río se había desbordado, que todos los arroyos habían crecido y que, al bajar desde Wahlheim, habían inundado mi querido valle! Por la noche, pasadas las once, salí a toda prisa. Qué espectáculo terrorífico ver desde la roca, a la luz de la luna, los torrentes revueltos sobre campos, prados y setos, sobre cualquier cosa, ¡y todo el amplio valle convertido en un mar tempestuoso en medio de los bramidos del viento! Y cuando luego volvió a salir la luna, posándose sobre las nubes negras, y el torrente, con

su espléndido y sobrecogedor reflejo, pasó delante de mí arrollador y sonoro, ¡en ese momento me invadió un escalofrío y me volvió la añoranza! ¡Ay! Con los brazos abiertos me puse frente al abismo y suspiré: ¡abajo! ¡Abajo! Me perdí recreándome en la idea de arrojar allá abajo mis tormentos, mis penas, ¡de escaparme bramando como las olas! ¡Oh...! Pero ¡no fuiste capaz de levantar el pie del suelo para terminar con todos tus males...! ¡Mi reloj aún no se ha parado, lo siento! ¡Oh, Wilhelm! ¡Con gusto habría dado toda mi vida por rasgar las nubes con aquel tempestuoso viento, por contener todos los torrentes! ¡Ah! ¿Es que nunca se le concederá ese placer al encarcelado...?

Y al observar con melancolía un rinconcito en el que un día muy caluroso, en un paseo, había descansado con Lotte a la sombra de un sauce... ¡también estaba inundado, hasta tal punto que apenas pude reconocer el sauce! ¡Wilhelm!

«¡Y sus prados —pensé—, los alrededores del pabellón de caza! ¡Nuestro cenador ahora destrozado por la corriente turbulenta!», pensé.

¡Y el rayo del pasado iluminó mi interior, igual que soñar con rebaños, prados y honores ilumina la vida de un preso! ¡Me detuve...! No me lo reprocho, porque tengo valor para morir... Habría... Ahora estoy aquí sentado como una vieja que rebusca su leña en los cercados y su pan en las puertas, a fin de alargar y de aliviar aún un instante su agónica existencia, carente de toda alegría.

14 de diciembre

¿Qué es esto, querido amigo? ¡Me asusto de mí mismo! ¿Acaso no es mi amor por ella el amor más santo, el más puro, el más fraternal? ¿Acaso he sentido jamás en mi alma algún deseo punible...? No voy a asegurar... ¡Y ahora, estos sueños! ¡Oh, cuánta razón tenían los hombres que atribuyeron efectos tan contradictorios a las fuerzas extrañas!

¡Esta noche...!, tiemblo al decirlo, la he tenido entre mis brazos, la he estrechado con fuerza contra mi pecho y he cubierto de infinitos besos su boca que susurraba palabras de amor; ¡mis ojos nadaban en la embriaguez de los suyos! ¡Dios! ¿Soy culpable de seguir sintiendo ahora esa dicha, de evocar con ternura esos ardientes goces? ¡Lotte! ¡Lotte...! ¡Y estoy acabado! Mis sentidos se confunden, hace ya ocho días que no tengo capacidad de juicio, mis ojos están llenos de lágrimas. No me encuentro bien en ninguna parte y en todas partes me encuentro bien. No deseo nada, no pido nada. Para mí lo mejor sería marcharme.

Por aquella época y en tales circunstancias, la decisión de abandonar el mundo había ido cobrando cada vez más fuerza en el alma de Werther. Desde que regresó junto a Lotte había sido siempre su última intención, su última esperanza; sin embargo, se había

dicho que no debía actuar precipitada, velozmente, sino que quería dar ese paso con la máxima convicción, con la decisión más templada posible.

Sus dudas, su lucha consigo mismo, se traslucen de una notita que, probablemente, fuera el principio de una carta a Wilhelm y que se ha encontrado sin fecha entre sus papeles:

Su presencia, su destino, su compasión por el mío, exprimen aún las últimas lágrimas de mi abrasado cerebro.

¡Levantar el telón y pasar al otro lado! ¡Eso es todo! ¿Y por qué esa vacilación y ese temor? ¿Porque no se sabe lo que hay detrás? ¿Porque de allí no se regresa? Y porque, en realidad, es una cualidad de nuestro espíritu sospechar que hay confusión y oscuridad allí donde no sabemos nada concreto.

Finalmente fue acomodándose y familiarizándose cada vez más con esta triste idea, y su propósito se hizo firme e irrevocable, de lo cual da testimonio esta ambigua carta que escribió a su amigo.

20 de diciembre

Agradezco a tu cariño, querido Wilhelm, que hayas captado así el significado de mis palabras. Sí, tienes razón: sería mejor que me marchara. La propuesta que me haces de volver con vosotros no me acaba de convencer; preferiría dar un rodeo, en especial ahora que podemos esperar que no haya ya más heladas y que los caminos estén mejor. También me agrada que quieras venir a recogerme; sólo discúlpame quince días más y espera otra carta mía con nuevos detalles. No hay que recoger la cosecha hasta que esté madura. Y quince días más o menos hacen mucho. Dile a mi madre que tiene que rezar por su hijo y que le pido perdón por todos los disgustos que le he ocasionado. Porque ése era mi destino, afligir a aquellos a los que sólo debía alegría. ¡Que te vaya bien, queridísimo amigo! ¡Que te vaya bien!

Lo que en ese tiempo aconteció en el alma de Lotte, qué sentía por su marido, por su desdichado amigo, no nos atrevemos apenas a expresarlo con palabras, aunque, conociendo su carácter, podemos hacernos una idea bastante clara e, imaginándola como un alma femenina muy hermosa, sentir lo mismo que ella. Lo cierto es que estaba firmemente decidida a hacer todo lo posible para alejar a Werther y, si dudó, fue por una deferencia cordial y amistosa, porque sabía cuánto le costaría a él, incluso que le sería prácticamente imposible. No obstante, en ese tiempo se vio más obligada a tomarlo en serio; su marido guardaba silencio sobre esta relación, igual que ella desde siempre, y por eso a Lotte le preocupaba mucho más demostrarle con hechos que sus sentimientos eran dignos de los de él.

El mismo día en que Werther escribió a su amigo la carta que se acaba de intercalar (era el domingo antes de Nochebuena), fue por la tarde a ver a Lotte y la encontró sola. Estaba ordenando unos juguetes que tenía preparados para sus hermanos pequeños como regalo de Navidad. Werther le habló de la alegría que les daría a los pequeños, y de los tiempos en que, al abrirse inesperadamente la puerta y ver aparecer el árbol adornado con velas, golosinas y manzanas, uno se sentía como en el paraíso.

«Tú también —dijo Lotte, ocultando su turbación bajo una adorable sonrisa—, tú también recibirás un regalo si te portas bien; una velita y algo más».

«¿Y a qué le llamas tú portarse bien? —exclamó él—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo he de comportarme, querida Lotte?»

«El jueves por la noche —dijo— es Nochebuena; vendrán los niños, mi padre también, entonces cada cual recibirá lo suyo, ven tú también ese día... pero no antes».

Werther se quedó perplejo.

«Te lo ruego —continuó diciendo—, las cosas están así; te lo ruego por mi propia tranquilidad, no podemos, esto no puede seguir así».

Werther dejó de mirarla y recorrió la habitación de un extremo a otro murmurando entre dientes:

«¡No puede seguir así!».

Lotte, que percibía el terrible estado en que lo habían sumido estas palabras, trató de desviar sus pensamientos con todo tipo de preguntas, aunque en vano.

«¡No, Lotte —exclamó—, no volveré a verte!».

«Pero ¿por qué? —replicó ella—. Werther, podemos, tenemos que volver a vernos, pero tienes que dominarte. ¡Oh! ¿Por qué has tenido que nacer con ese ímpetu, con esa indomable y constante pasión por todo lo que tocas? Te lo ruego —prosiguió, cogiéndolo de la mano—, domínate. Tu ingenio, tus conocimientos, tus talentos, ¡cuán variados placeres te ofrecen! ¡Sé un hombre! Aleja esa triste dependencia de una criatura que no puede hacer otra cosa más que compadecerte».

Él apretó los dientes y la miró sombrío. Ella sostuvo su mano.

«¡Un solo momento de sosiego, Werther! —dijo—. ¿Es que no te das cuenta de que te engañas, de que te estás destruyendo deliberadamente? ¿Y por qué a mí, Werther?»

¿Precisamente a mí, que soy propiedad de otro? ¿Precisamente a mí? Me temo que no es más que la imposibilidad de poseerme lo que hace que ese deseo te resulte tan atractivo». Él apartó la mano mientras la observaba con una mirada dura e indignada. «¡Inteligente! —exclamó—. ¡Muy inteligente! ¿No habrá hecho Albert por casualidad esa observación? ¡Diplomática, muy diplomática!».

«Puede hacerla cualquiera —respondió—. ¿Es que no puede haber en el mundo una muchacha que colme los anhelos de tu corazón? Sobreponete, búscala y te juro que la encontrarás; pues hace ya mucho que me angustia, por ti y por nosotros, el aislamiento al que tú mismo te has confinado todo este tiempo. ¡Sobreponete! ¡Un viaje te distraerá! Búscalos, encuentra un objeto digno de tu amor y regresa, y disfrutemos juntos la dicha de una auténtica amistad».

«¡Eso —contestó Werther con una fría sonrisa—, querida Lotte, podría imprimirse y recomendarse a todos los preceptores! ¡Permíteme un poquito más de paz, todo se arreglará!».

«¡Pero, por favor, Werther, no vengas antes de Nochebuena!».

Él se disponía a responder cuando Albert entró en el cuarto. Se dieron las buenas noches con gran frialdad e, incomodados, empezaron a andar los dos por la sala. Werther inició una conversación insignificante que no tardó en concluir. Lo mismo hizo Albert, el cual, acto seguido, preguntó a su mujer por ciertos encargos y, al oír que aún no se habían hecho, le dijo algunas palabras que a Werther le parecieron frías, incluso duras. Se dispuso a irse, no pudo, y, como su disgusto y su mal humor iban en aumento, estuvo titubeando hasta las ocho, hasta que pusieron la mesa y cogió su sombrero y su bastón. Albert le invitó a quedarse, pero él, tomándolo por un falso cumplido, le dio las gracias gélidamente y se marchó.

Llegó a casa, le quitó a su criado, que se disponía a alumbrarle, la luz de la mano y subió solo a su habitación. Lloró amargamente, habló indignado consigo mismo, paseó de un lado a otro con violencia y, al final, se echó vestido en la cama, donde lo encontró el sirviente que, alrededor de las once, se atrevió a entrar para preguntar si el señor quería quitarse las botas. Werther se lo permitió, pero le dijo que no entrara al día siguiente en la habitación hasta que él lo llamase.

El lunes 21 de diciembre, por la mañana temprano, escribió a Lotte la siguiente carta que, lacrada, se encontró en su escritorio después de su muerte. La carta se le ha entregado a ella y yo quiero intercalarla aquí por párrafos, tal como, según se desprende de las circunstancias, la escribió.

Está decidido, Lotte, quiero morir, y te lo comunico sin la menor exaltación novelesca, tranquilo, la mañana del día en que te veré por última vez. Si llegas a leer esto, queridísima, la fría sepultura cubrirá ya los rígidos restos del impaciente, del desdichado

que, en los últimos momentos de su vida, no conoce mayor dulzura que hablar contigo. He pasado una noche terrible, pero ¡ay!, una noche que me ha hecho mucho bien. Ella es la que ha afianzado, la que ha determinado mi decisión: ¡quiero morir! Ayer, al despedirme de ti, con una sensación de enojo terrible, todo me oprimía, y vi desesperado cómo sería mi existencia a tu lado, sin esperanzas, sin alegrías, en una terrible frialdad. Apenas llegué a mi habitación, me postré de rodillas, fuera de mí y, ¡oh, Dios, Tú me concediste el último bálsamo, el de las más amargas lágrimas! Miles de planes, miles de posibilidades assolaban mi alma y, por fin, lo vi, firme, íntegro, el último, el único pensamiento: ¡quiero morir! Me eché en la cama y, por la mañana, en la calma del despertar, allí seguía la idea aún más fuerte en mi corazón: ¡quiero morir! No es desesperación, es la certeza de haber tomado esta decisión y de que me sacrifico por ti.

Sí, Lotte, ¿por qué no puedo decirlo? ¡Uno de nosotros tres tiene que marcharse, y quiero ser yo! ¡Oh, queridísima! Por este corazón desgarrado ha rondado muchas veces, rabiosa, la idea de... ¡de matar a tu marido...! ¡A ti...! ¡A mí...! Así que ¡sea...! Cuando, en un hermoso atardecer de verano, subas a la montaña, acuérdate de mí, de cuántas veces bajé al valle, y mira entonces el camposanto, mira mi tumba, mira cómo el viento mece las altas hierbas bajo la luz del sol poniente... Estaba tranquilo al empezar; ahora, ahora estoy llorando como un niño, ahora que todo cobra tanta vida en torno a mí.

Alrededor de las diez Werther llamó a su sirviente y, mientras éste le vestía, le dijo que partiría de viaje al cabo de unos pocos días, y que debía cepillar los trajes y preparar el equipaje; también le dio orden de cancelar todas las cuentas, de recoger algunos libros prestados y de pagar por adelantado dos meses de su asignación a algunos pobres a los que solía dar algo todas las semanas.

Hizo que le llevaran la comida a la habitación y, después de almorzar, cogió el caballo y fue a ver al administrador, a quien no encontró en casa. Recorrió el jardín sumido en sus pensamientos, como si quisiera acumular sobre sí toda la tristeza de los recuerdos.

Los pequeños no le dejaron mucho tiempo en paz, fueron tras él dando saltos y le contaron que, cuando fuera mañana y otra vez mañana y otro día más, recibirían los regalos de Navidad de Lotte, y le describieron las maravillas que les prometía su pequeña imaginación.

«¡Mañana! —exclamó él—. ¡Y otra vez mañana! ¡Y otro día más...!», y los besó a todos cariñosamente y se disponía a dejarlos cuando el pequeño quiso decirle una cosa al oído.

Le reveló que los hermanos mayores habían escrito unas bonitas felicitaciones de Año Nuevo, «¡así de grandes!», y que una era para papá, otra para Albert y Lotte, y otra

también para el señor Werther; que se las darían el día de Año Nuevo a primera hora de la mañana. Este gesto le embargó de emoción, dio algo a cada uno de los niños, montó en su caballo, les dijo que saludaran al anciano y se marchó con lágrimas en los ojos. Hacia las cinco llegó a casa, ordenó a la criada que vigilara el fuego y que no lo apagara hasta la noche. Al sirviente le ordenó que bajara a meter unos libros y ropa interior en el baúl y que enfundara los trajes. Después, probablemente, escribió a Lotte el siguiente párrafo de su última carta:

¡No me esperas! Tú crees que voy a obedecerte y no volveré a verte hasta Nochebuena. ¡Oh, Lotte! Hoy o nunca más. En Nochebuena sostendrás en tu mano este papel, temblarás y lo regarás con tus amadas lágrimas. ¡Quiero, tengo que hacerlo! ¡Oh, cuánto bien me hace haberme decidido!

Entre tanto, Lotte se encontraba en un estado muy particular. Después de su última conversación con Werther se había dado cuenta de lo mucho que iba a costarle separarse de él y de lo que él sufriría si tenía que separarse de ella.

Como de pasada, alguien había dicho, en presencia de Albert, que Werther no regresaría hasta Nochebuena, y Albert se había ido a ver a un funcionario de la vecindad, con el que tenía algunos asuntos que resolver y en cuya casa pasaría la noche.

Ahora Lotte estaba sola, sin ninguno de sus hermanos, se abandonó a sus pensamientos y se puso a divagar serenamente sobre su relación con Werther. Se vio entonces unida para siempre al hombre cuyo amor y cuya fidelidad tan bien conocía, al hombre que apreciaba de corazón, cuyo buen talante, cuya lealtad parecían perfectamente determinados por el cielo para que una mujer valiente basara en ellos la felicidad de su vida; sintió lo que él siempre sería para ella y para sus hermanos. Por otro lado, había llegado a cogerle mucho cariño; nada más conocerse, de una forma muy hermosa, se había puesto de manifiesto la afinidad de sus almas; el trato largo y constante, así como algunas de las situaciones vividas, habían dejado en su corazón una huella indeleble. Todo lo que le parecía interesante estaba acostumbrada a compartirlo con él, y su distanciamiento amenazaba con abrir un vacío que no podría volver a llenarse. ¡Oh, si en ese momento hubiera podido transformarlo en su hermano! ¡Qué feliz habría sido...! ¡Si hubiera podido casarlo con una de sus amigas! ¡Si hubiera sido posible que Werther y Albert volvieran a llevarse bien! Había ido repasando una por una a sus amigas y en todas había encontrado algo que objetar: ninguna le parecía digna de él.

Entre todas estas consideraciones, se dio cuenta de verdad por vez primera de que su deseo más querido y secreto era quedárselo para ella, aunque al mismo tiempo se decía que no podía hacerlo; su espíritu puro, hermoso, por lo general tan ligero y

resuelto, sintió el embate de una melancolía sin la menor perspectiva de felicidad. Su corazón estaba oprimido y una nube gris se había posado sobre sus ojos.

Así se hicieron las seis y media, y entonces oyó a Werther subir las escaleras; reconoció al instante sus pasos, su voz preguntando por ella. Cómo latió su corazón, y casi podríamos decir que por vez primera, al oír que llegaba. Habría querido que la excusaran, pero, cuando entró, exclamó con una especie de intensa confusión:

«No has cumplido tu palabra».

«Yo no he prometido nada», respondió él.

«Al menos podrías haber atendido mi ruego —replicó Lotte—, te lo pedí para tranquilidad de ambos».

No sabía muy bien lo que decía, ni tampoco lo que hacía, cuando envió a buscar a algunas de sus amigas para no estar a solas con él. El joven dejó algunos libros que había llevado, pidió otros, y ella tan pronto deseaba que llegaran sus amigas como que no lo hicieran. La criada regresó con la noticia de que las dos amigas se disculpaban.

Quiso que la criada se sentara a trabajar en la habitación contigua; luego cambió de parecer. Werther recorría la habitación de un extremo a otro, ella se sentó al piano y empezó a tocar un minué, incapaz de que sonara fluido. Recobró fuerzas y se sentó confiada al lado de Werther, que había ocupado su sitio de costumbre en el canapé.

«¿No tienes nada para leer?», dijo ella. No tenía nada.

«Ahí, en mi cajón —empezó a decir—, está tu traducción de algunos cantos de Ossian; aún no la he leído, pues siempre esperé a oírtela a ti; pero hasta ahora no ha sido posible, no ha habido ocasión».

Él sonrió, cogió los poemas, se estremeció al tenerlos entre sus manos y los ojos se le llenaron de lágrimas al hojearlos. Se sentó y leyó:

Estrella del ocaso, hermosa resplandeces al oeste, alzas tu radiante cabeza por encima de tu nube y caminas majestuosa hacia tu colina. ¿Qué buscas en el páramo? Los vientos tempestuosos están en calma; lejano se oye el murmullo del torrente; las olas rumorosas juegan con las rocas remotas; el zumbido de las moscas vespertinas se cierne sobre los campos. ¿Qué buscas con la mirada, hermosa luz? Pero tú sonríes y te vas, alegres te rodean las olas y bañan tus adorables cabellos. Adiós, rayo sereno. ¡Déjate ver, luz del alma de Ossian!

Y la luz aparece con todo su esplendor. Veo a mis difuntos amigos, se reúnen en Lora, como se reunían en los días que ya han pasado... Llega Fingal como una húmeda columna de niebla; lo rodean sus héroes, y, ¡mira!, los bardos de la canción: ¡el sombrío

Ullin! ¡El magnífico Ryno! ¡Alpin, bardo adorado! ¡Y tú, Minona, la de los dulces lamentos! Cuán cambiados estáis, amigos míos, desde aquellos días solemnes en Selma, cuando competíamos por el honor del canto, igual que los aires de primavera, en sus vaivenes, inclinan la hierba que susurra suavemente.

Entonces se adelantó Minona con toda su hermosura, con la mirada baja y los ojos llenos de lágrimas; con fuerza ondeaban sus cabellos bajo las ráfagas de viento que soplaban desde la colina. Las almas de los héroes estaban sombrías cuando se alzó la voz adorada; pues a menudo habían visto la tumba de Salgar, a menudo la oscura morada de la blanca Colma. Colma, abandonada en la colina con su armoniosa voz. Salgar le había prometido que iría, pero alrededor se extendía la noche. Oíd la voz de Colma, sola en la colina.

COLMA

¡Es de noche...! Estoy sola, perdida en la colina tormentosa. El viento silba en las montañas. El río brama peñas abajo. No hay cabaña que me proteja de la lluvia, a mí, abandonada en la colina tormentosa.

¡Sal, oh luna, de entre las nubes! ¡Apareced, estrellas de la noche! ¡Que un rayo me guíe allí donde mi amor descansa de las fatigas de la caza, el arco destensado a su lado, los perros husmeando a su alrededor! Pero yo tengo que estar aquí sola, sentada en esta roca del torrente crecido. El río y la tempestad braman, no oigo la voz de mi amado.

¿Por qué vacila mi Salgar? ¿Ha olvidado su palabra...? ¡Allí están la roca y el árbol, y aquí la corriente ruidosa! Prometiste estar aquí al caer la noche. ¡Ay! ¿Dónde se habrá extraviado mi Salgar? ¡Yo iba a huir contigo, abandonando a mi padre y mi hermano! ¡Los muy orgullosos! Hace tiempo que nuestros linajes son enemigos, pero nosotros no lo somos, ¡oh, Salgar!

¡Calla un rato, oh viento, cálmate un rato, oh río, para que mi voz resuene en el valle, para que mi caminante me oiga! ¡Salgar! ¡Amado mío! Estoy aquí, ¿por qué vacilas en venir?

Mira, sale la luna, las aguas brillan en el valle, las rocas se alzan grises sobre la colina; pero a él no lo veo en las alturas, los perros que se adelantan no anuncian su llegada. Tengo que seguir aquí sola.

Pero ¿quiénes son los que yacen allí abajo en el páramo? ¿Mi amado? ¿Mi hermano...? ¡Oh, amigos, hablad! No responden. ¡Qué angustiada está mi alma...! ¡Ay, están muertos! ¡Sus espadas están rojas tras el combate! ¡Oh, hermano mío, hermano mío! ¿Por qué has matado a mi Salgar? ¡Oh, mi Salgar! ¿Por qué has matado a mi hermano? ¡Os quería tanto a los dos! ¡Oh, estabas tan apuesto en la colina, entre tantos

miles de hombres! Eras terrible en la batalla. ¡Respondedme! ¡Escuchad mi voz, amados míos! Pero ¡ay! ¡Están mudos! ¡Mudos para siempre! ¡Su pecho está frío como la tierra!

¡Oh, desde la roca de la colina, desde la cima de la montaña tempestuosa, hablad, espíritus de los muertos! ¡Hablad! ¡No me estremeceré! ¿Adónde habéis ido a descansar? ¿En qué gruta de la montaña habré de encontraros? No oigo ni una débil voz en el viento, ni una respuesta quejosa en la tempestad de la colina. Sigo inmersa en mis lamentos, aguardando la mañana con lágrimas. Cavad la tumba, vosotros, amigos de los muertos, pero no la cerréis hasta que yo llegue. Mi vida se desvanece como un sueño, ¿cómo iba a quedarme atrás? Quiero vivir aquí con mis amigos, junto a la corriente de la sonora roca... Cuando se haga de noche sobre la colina y el viento llegue al páramo, mi espíritu se elevará al viento y penará por la muerte de mis amigos. El cazador me escucha desde su sitio, teme mi voz y la quiere, pues mi voz ha de ser dulce por mis amigos, ¡a ambos los quería tanto!

Este fue tu canto, oh Minona, hija de Torman, de suaves mejillas rojas. Derramamos lágrimas por Colma, y nuestra alma se ensombreció.

Ullin apareció con el arpa y nos ofreció el canto de Alpin. La voz de Alpin sonaba amable, el alma de Ryno era como un rayo de fuego. Pero ya descansaban en la estrecha morada y su voz se extinguía en la de Selma. En una ocasión, Ullin había vuelto de cazar antes de que los héroes cayeran. Escuchó su competición de canto sobre la colina. Su canto era dulce, pero triste. Se lamentaban de la muerte de Morar, el primero entre los héroes. Su alma era como el alma de Fingal, su espada como la espada de Oskar... Pero cayó, y su padre lo lloró y los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas, se llenaron de lágrimas los ojos de Minona, la hermana del noble Morar. Se retiró ante el canto de Ullin, igual que la luna por el oeste, cuando anticipa la tormenta y las lluvias y oculta su hermosa testa en una nube... Yo acompañé a Ullin al arpa en este canto de lamentación.

RYNO

Han pasado el viento y la lluvia, el mediodía está despejado y las nubes se disipan. En su huida, el sol inconstante baña la colina. El río fluye rojizo por la montaña, yendo hacia el valle. Dulce es tu murmullo, oh río, pero más dulce es la voz que escucho. Es la voz de Alpin llorando al difunto. Su cabeza está vencida por la edad, y enrojecidos sus ojos por el llanto. ¡Alpin! ¡Excelso bardo! ¿Por qué estás solo en la silenciosa colina? ¿Por qué te lamentas como una ráfaga de viento en el bosque, como una ola en la lejana orilla?

ALPIN

Mis lágrimas, Ryno, son para el difunto, mi voz para los moradores de la tumba. Esbelto te alzas sobre la colina, apuesto entre los hijos del páramo. Pero caerás igual que Morar, y sobre tu tumba se sentará el doliente. Las colinas te olvidarán, tu arco quedará destensado en el pabellón de los héroes.

Eras rápido, oh Morar, igual que un ciervo en la colina, terrible como el fuego nocturno en el cielo. Tu cólera era como una tormenta, tu espada en la batalla como un relámpago sobre el páramo. Tu voz semejaba el torrente del bosque tras la lluvia, el trueno sobre las lejanas colinas. Algunos cayeron por tu brazo, la llama de tu cólera los devoró. Pero, cuando regresabas de la guerra, ¡cuán sosegada estaba tu frente! Tu rostro semejaba el sol después de la tormenta, la luna en la noche silenciosa; tu pecho estaba tranquilo como el lago cuando el rugir del viento se ha calmado.

¡Estrecha es ahora tu morada! ¡Oscuro tu santuario! Mido tu sepultura con tres pasos, ¡oh, tú, que antes eras tan grande! Tu único recuerdo son cuatro piedras cubiertas de moho. Un árbol sin hojas y altas hierbas que susurran al viento indican al cazador la tumba del poderoso Morar. No tienes madre que te lllore ni una muchacha con lágrimas de amor. Muerta está la que te dio a luz, caída la hija de Morglan.

¿Quién es el que se apoya en su bastón? ¿Quién es aquel que tiene la cabeza blanca por la edad, los ojos rojos por las lágrimas? Es tu padre, ¡oh, Morar!, padre de ningún otro hijo que no seas tú. Oyó hablar de tu fama en la batalla, oyó hablar de los enemigos derrotados, oyó hablar de la gloria de Morar. ¡Ay! ¿No oyó nada de su herida? ¡Llora, padre de Morar! ¡Llora!, pero tu hijo no te oye. Profundo es el sueño de los muertos, fina su almohada de polvo. Jamás atenderá a la voz, jamás despertará a tu llamada. Oh, ¿cuándo llegará la mañana a la tumba para pedir al durmiente que despierte?

¡Adiós, a ti, el más noble de los hombres, a ti, conquistador en el campo de batalla! ¡Nunca más te verá este campo! El bosque sombrío jamás volverá a reflejar el brillo de tu acero. No dejaste hijo alguno, pero el canto conservará tu nombre. Los tiempos venideros oirán hablar de ti, oirán hablar de Morar, que cayó en la batalla.

»Intensa era la aflicción de los héroes, y más intensos los desgarrados suspiros de Armin. Le recordaron la muerte de su hijo, que había caído en sus días de juventud. Carmor, el príncipe del sonoro país de Galmal, estaba sentado cerca del héroe. “¿Por qué se deshace en sollozos el suspiro de Armin? —dijo—. ¿Por qué hay que llorar aquí? ¿Es que no resuenan los poemas y los cantos para fundir y deleitar el alma? Son como la suave niebla que, elevándose desde el lago, rocía el valle y llena las plantas en flor; pero el sol vuelve de nuevo con toda su fuerza, y la niebla desaparece. ¿Por qué estás tan desconsolado, Armin, señor del país de Gorma, rodeado por el mar?”.

“¡Desconsolado!”. Sí, lo estoy, y no es pequeña la causa de mi dolor... Carmor, tú no has perdido a un hijo, tú no has perdido a una hija en la flor de la edad. Colgar, el

valiente, vive, y también Annira, la más hermosa de las muchachas. Las ramas de tu casa florecen, oh Carmor; pero Armin es el último de su linaje. Sombrío es tu lecho, oh Daura, sordo es tu sueño en la tumba... ¿Cuándo despertarás con tus cantos, con tu voz melodiosa? ¡Arriba, vientos del otoño! ¡Arriba, arreciad sobre el páramo sombrío! ¡Torrentes de los bosques, bramad! ¡Aullad, tormentas, en las copas de los robles! ¡Atraviesa las nubes rasgadas, oh luna, muestra cambiante tu pálido rostro! Recuerdo la terrible noche en que murieron mis hijos, la noche en que cayó Arindal, el poderoso, la noche en que pereció Daura, la muy querida.

Daura, hija mía, ¡qué hermosa eras! ¡Hermosa como la luna sobre las colinas de Fura, blanca como la nieve recién caída, dulce como el aire que se respira! ¡Arindal, tu arco era fuerte, tu lanza rápida sobre el campo, tu mirada como niebla sobre las olas, tu escudo como una nube de humo en la tormenta!”

Armar, célebre en la contienda, vino a solicitar el amor de Daura, ella no se resistió mucho. Hermosas eran las esperanzas de sus amigos.

Erath, hijo de Odgal, rabiaba porque su hermano había muerto a manos de Armar. Llegó disfrazado de barquero. Hermosa era su nave sobre las olas, sus rizos blancos por la edad, sereno su serio rostro. “La más hermosa de las muchachas —dijo—, adorable hija de Armin, que está allí en las rocas, no lejos del mar, donde el rojo fruto brilla en el árbol; allí Armar espera a Daura; yo vengo para guiar su amor sobre las olas del mar.”

Ella lo siguió y llamó a Armar; no le respondió sino la voz de la roca. “¡Armar! ¡Amado mío! ¡Amado mío! ¿Por qué me angustias tanto? ¡Escucha, hijo de Armath! ¡Escucha! ¡Es Daura quien te llama!”

Erath, el traidor, huyó a tierra riendo. Levantó su voz, llamó al padre y al hermano de la joven: “¡Arindal! ¡Armin! ¿No hay nadie aquí para salvar a su Daura?”.

Su voz cruzó el mar. Arindal, mi hijo, bajó de la colina, sereno para abatir su presa en la cacería, las flechas silbando a su lado, el arco en la mano, cinco dogos de pelaje gris oscuro por compañía. Vio en la orilla al intrépido Erath, lo atrapó y lo ató al roble, firmes las cuerdas en sus caderas. El prisionero llenó los vientos de lamentos.

Arindal surcó las olas en su bote, para ir a recoger a Daura. Armar llegó encolerizado, disparó la flecha de plumas grises, que zumbando se hundió en tu corazón, ¡oh, Arindal, hijo mío! En lugar del traidor Erath, periciste tú. La nave alcanzó la roca, él se hundió con ella y murió. A tus pies manaba la sangre de tu hermano, ¡qué dolor el tuyo, oh, Daura! Las olas destrozaron el bote. Armar se precipitó al mar para salvar a su Daura o morir. A toda velocidad, una ráfaga de viento golpeó las olas desde la colina. Armar se hundió y no volvió a levantarse.

Solo, sobre la roca bañada por el mar, escuché los lamentos de mi hija. Muchos y fuertes eran sus gritos, pero su padre no pudo salvarla. Toda la noche velé en la orilla, la vi a la débil luz de la luna; toda la noche escuché sus gritos, el viento arreciaba y la lluvia golpeaba con saña esa ladera de la montaña. Su voz se debilitó antes de llegar el

alba, murió lejos, igual que el viento del atardecer entre la hierba de las rocas. ¡Murió abrumada de dolor, dejando solo a Armin! Mi fuerza en la batalla pereció, mi orgullo entre todas las doncellas se acabó.

Cuando bajan las tormentas de la montaña, cuando el viento del norte eleva las olas, yo me siento en la sonora orilla para contemplar esa horrible roca. A menudo, a la luz de la luna que se oculta, veo los espíritus de mis hijos: juntos caminan en una tenue oscuridad, en una triste armonía.

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Lotte y alivió su oprimido corazón, interrumpiendo el canto de Werther. Éste arrojó el papel, cogió a Lotte de la mano y lloró las lágrimas más amargas. Ella se apoyaba sobre la otra mano, ocultando los ojos bajo el pañuelo. La emoción de ambos era tremenda. Sentían su propia desgracia, la sentían juntos, y las lágrimas los unían. Los labios y los ojos de Werther ardían en el brazo de Lotte; ésta se estremeció y trató de apartarse, pero el dolor y la compasión le pesaban como si fuera plomo. Tomó aire para reponerse, y, sollozando, le pidió que continuara, ¡se lo pidió con la más celestial de las voces! Werther tembló, su corazón estaba a punto de estallar, levantó la hoja y leyó, con voz entrecortada:

¿Por qué me despiertas, aire de primavera? ¡Andas rondándome y dices que yo rocío la tierra con gotas del cielo! Pero la hora de marchitarme esta próxima, ¡próxima la tormenta que se llevará mis hojas! Mañana llegará el caminante, llegará el que me conoció en todo mi esplendor, su ojo me buscará por todas partes en el campo de batalla y no me encontrará.

Toda la fuerza de estas palabras se abatió sobre el desdichado. Se postró ante Lotte presa de la mayor desesperación, cogió su mano, la apretó contra sus ojos, contra su frente, y a ella le pareció como si le atravesara el alma un presentimiento del terrible propósito que albergaba. Los sentidos de Lotte se turbaron, le estrechó las manos, las apretó contra su pecho, se inclinó hacia él con un movimiento de consternación, y sus ardientes mejillas se rozaron. El mundo dejó de existir para ambos. Él la rodeó con los brazos, la estrechó contra el pecho y cubrió sus labios temblorosos, balbucientes, con furiosos besos.

«¡Werther! —exclamó ella con voz sofocada, mientras volvía el rostro—, ¡Werther! —y con su débil mano trató de apartarlo—, ¡Werther!», exclamó con el tono sublime del más noble de los sentimientos.

Él no se resistió, dejó que se soltara de su abrazo y, fuera de sí, se postró delante de ella. Lotte se apartó y, en la angustia de la confusión, temblando entre el amor y la ira, dijo:

«¡Es la última vez! ¡Werther! No volverás a verme».

Y, con una mirada llena de amor al desdichado, se dirigió a toda prisa a la habitación contigua, cerrando la puerta tras de sí. Werther extendió los brazos, pero no se atrevió a detenerla. Estaba en el suelo, con la cabeza apoyada en el canapé, y en esa posición permaneció más de media hora, hasta que un ruido le hizo volver en sí. Era la criada, que se disponía a poner la mesa. Empezó a andar por la habitación arriba y abajo y, en cuanto volvió a encontrarse solo, se dirigió a la puerta del gabinete y exclamó en voz baja:

«¡Lotte! ¡Lotte! ¡Sólo una palabra más! ¡Un adiós...!».

Ella guardó silencio. Él aguardó y le suplicó y siguió aguardando; luego se alejó exclamando:

«¡Adiós, Lotte! ¡Adiós para siempre!».

Llegó a la puerta de la ciudad. Los guardias, acostumbrados a verlo, lo dejaron salir sin decir nada. Se sucedían la lluvia y la nieve y hasta cerca de las once no volvió a llamar a la puerta. Al llegar después a su casa, el sirviente se percató de que a su señor le faltaba el sombrero. No se atrevió a decir nada y lo desvistió, estaba todo calado. Después encontraron el sombrero en una peña de la ladera de la colina, desde la que se divisa el valle, y nadie es capaz de comprender cómo pudo subir a ella sin despeñarse en una noche tan oscura y húmeda.

Se tumbó en el lecho y durmió largo rato. El sirviente lo encontró escribiendo cuando, a la mañana siguiente, le llevó el café que le había pedido. Escribió lo siguiente en una carta a Lotte:

Por última vez, pues, por última vez abro estos ojos. ¡Ay! No volverán a ver el sol, un día gris y nebuloso lo oculta. Así pues, llora, naturaleza: tu hijo, tu amigo, tu amado se acerca a su fin. Lotte, es un sentimiento sin igual y, sin embargo, decirse a uno mismo: «Ésta es tu última mañana» se aproxima mucho a un sueño que se desvanece. ¡La última! Lotte, estas palabras, «la última», no significan nada para mí.

¿Es que acaso no estoy ahora aquí, en la plenitud de mis fuerzas, y mañana yaceré tieso e inánime en la tierra? ¡Morir! ¿Qué significa eso? Ya lo ves, cuando hablamos de

la muerte, soñamos. He visto morir a algunas personas; pero la humanidad es tan limitada que no comprende el principio y el final de su existencia. Aún soy mío, ¡tuyo! ¡Tuyo, oh, amada mía! Y dentro de un momento... separados, alejados... ¿tal vez para siempre...? No, Lotte, no... ¿Cómo voy a desaparecer? ¿Cómo vas tú a desaparecer? ¡Nosotros existimos...! ¡Perecer...! ¿Qué significa eso? ¡Otra palabra más! ¡Un sonido hueco, sin sentido para mi corazón...! Muerto, Lotte, sepultado en la tierra fría, ¡tan estrecho todo, tan sombrío...! Tuve una amiga que lo fue todo para mí en los desamparados años de mi juventud; murió y yo fui tras su cadáver y estuve junto a la sepultura mientras bajaban el féretro y, con tosco ruido, se apresuraban a soltar y a subir la soga que lo sujetaba; luego arrojaron la primera palada de tierra y la dolorosa carga devolvió un sonido sordo, más sordo y cada vez más sordo, ¡hasta que finalmente la tierra la cubrió toda! Caí junto a la sepultura... conmovido, estremecido, atemorizado, desgarrado hasta lo más profundo de mi ser, pero sin saber qué me ocurría... qué me ocurriría... ¡Morir! ¡Sepultura! ¡No entiendo estas palabras!

¡Oh, perdóname! ¡Ayer! Tendría que haber sido el último momento de mi vida. ¡Oh, tú, ángel! Por vez primera, por vez primera sin ninguna duda, me abrasó un sentimiento de dicha: ¡me ama, me ama! En mis labios arde aún el sagrado fuego que manaba de los tuyos, en mi corazón hay una nueva y cálida dicha. ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Ah!, sabía que me amabas, lo supe con aquellas primeras miradas, tan espirituales, con el primer apretón de manos y, sin embargo, cuando volvía a alejarme de ti, cuando veía a Albert a tu lado, volvía a consumirme de nuevo entre febriles dudas.

¿Recuerdas las flores que me enviaste cuando no pudiste decirme una sola palabra ni darme la mano en aquella fatídica reunión? Oh, pasé la mitad de la noche arrodillado frente a ellas y, para mí, ellas sellaron tu amor. Pero ¡ay!, esas impresiones pasaron, igual que el sentimiento de la gracia de su Dios se aleja poco a poco del alma del creyente, a pesar de que le fue concedida, con toda la plenitud del cielo, con signos sagrados bien visibles.

¡Todo eso es efímero, pero ni la propia eternidad apagará la ardiente vida que ayer disfruté en tus labios, que ahora siento en mi interior! ¡Ella me ama! Este brazo la ha rodeado, estos labios han temblado sobre sus labios, esta boca ha balbuceado en la suya. ¡Es mía! ¡Eres mía! Sí, Lotte, para siempre.

¿Y qué significa que Albert sea tu marido? ¡Marido! Lo será para este mundo... ¿Y para este mundo sería pecado que yo te amara, que yo quisiera arrancarte de sus brazos para tenerte entre los míos? ¿Pecado? Bueno, y por ello me castigo; he saboreado ese pecado con toda la dicha del cielo, he respirado el bálsamo de la vida y la fuerza en mi corazón. ¡Desde este momento eres mía, mía, oh, Lotte! ¡Yo te precedo! Voy con mi Padre, con tu Padre. A Él me quejaré, y Él me consolará hasta que llegues, y yo salga volando a recibirte y te coja y te abrace infinitamente ante el rostro del Eterno.

¡No estoy soñando, no estoy loco! Junto a la tumba lo veré con más claridad. ¡Existiremos! ¡Volveremos a vernos! ¡A ver a tu madre! ¡La veré, la encontraré, ah, y vaciaré todo mi corazón delante de ella! Tu madre, tu viva imagen.

Hacia las once Werther preguntó a su sirviente si Albert había regresado ya. El sirviente dijo que sí, que había visto pasar su caballo. Entonces el señor le dio una notita abierta que rezaba lo siguiente: «¿Tendrías a bien prestarme tus pistolas para un viaje que debo emprender? ¡Qué les vaya muy bien!».

La adorable Lotte había dormido poco la noche anterior; lo que había temido estaba decidido, decidido de un modo que ella no podía ni suponer ni temer. Su sangre, que por lo general fluía tan pura y ligera, se hallaba en un estado de febril agitación; miles de emociones perturbaban su hermoso corazón. ¿Era el fuego de los abrazos de Werther lo que sentía en su pecho? ¿Era enojo por su atrevimiento? ¿Era una indignante comparación de su estado actual con el de aquellos días de una inocencia sin trabas, completamente ingenua, y de una despreocupada confianza en sí misma? ¿Cómo recibir ahora a su marido? ¿Cómo reconocer ante él una escena que podía confesar perfectamente, pero que, sin embargo, no se atrevía a confesar? Habían guardado silencio tanto tiempo... ¿y debía ser ella la primera en romperlo y, precisamente en el momento más inoportuno, revelar algo tan inesperado? Ya se temía que la sola noticia de la visita de Werther le produciría una desagradable impresión, ¡y ahora esta inesperada catástrofe! ¿Acaso podía esperar que su marido la viera como realmente fue, que la aceptara sin ningún prejuicio? ¿Y acaso se atrevía a desear que él leyera en su alma? Y, sin embargo, ¿no sería capaz de disimular delante del hombre ante el cual siempre había sido franca y libre y al que jamás había ocultado ni podía ocultar ninguno de sus sentimientos? Todo esto le preocupaba y la confundía; y sus pensamientos no dejaban de volver una y otra vez a Werther, al que ya había perdido pero no podía dejar, al que, por desgracia, había tenido que abandonar a su suerte y del que, tras haberlo perdido, ya no le quedaría nada.

Cuán difícil resultaba ahora lo que entonces no había sido capaz de reconocer con claridad, su propia falta de decisión, y que ésta se hubiera impuesto entre ella y su marido. Unas personas como ellos, tan comprensivas, tan buenas, habían empezado a guardar silencio por ciertas diferencias íntimas, cada cual estaba convencido de tener razón y de que el otro no la tenía, y las relaciones se habían enredado y complicado hasta tal punto que, justo en el momento crítico, era ya imposible deshacer el nudo del que dependía todo. Si alguna afortunada confianza hubiera vuelto a acercarlos antes, si el amor y la benevolencia hubieran renacido entre ellos y abierto sus corazones, tal vez aún se habría podido salvar a nuestro amigo.

A todo ello vino a sumarse una peculiar circunstancia. Como sabemos por sus cartas, Werther nunca ocultó su deseo de abandonar este mundo. Albert se lo había censurado

a menudo, e incluso lo había hablado con Lotte alguna vez. Con su decidida aversión a semejante deseo, muchas veces había reconocido, con una especie de sensibilidad impropia de su carácter, que tenía motivos para dudar de la seriedad de tal propósito; de hecho se había permitido alguna que otra broma y participado a Lotte su escepticismo. Esto, por una parte, a ella la tranquilizaba cada vez que sus pensamientos le mostraban esa triste perspectiva, pero, por otra, también se sentía incapaz de comunicar a su marido las inquietudes que la atormentaban.

Albert regresó y Lotte salió a recibirlo con una rapidez desconcertante; no venía contento, no había logrado resolver sus asuntos, pues había encontrado en el vecino administrador a un hombre inflexible y puntilloso. El mal estado del camino también le había puesto de mal humor.

Preguntó si había ocurrido algo en su ausencia y ella respondió con precipitación que Werther había ido a verla la tarde anterior. Luego Albert quiso saber si habían llegado cartas y obtuvo por respuesta que había una carta y algunos paquetes en su habitación. Se dirigió a ella, dejando sola a Lotte. La presencia del marido, al que amaba y honraba, había causado una nueva impresión en su corazón. El recuerdo de su nobleza, de su amor y de su bondad la había serenado un poco, tuvo el desconocido impulso de seguirlo, cogió su labor y se fue a su habitación, como hacía con frecuencia. Lo encontró ocupado quitando el lacre de los paquetes y leyendo. Algunas cartas no parecían contener cosas muy agradables. Lotte le hizo algunas preguntas; Albert respondió brevemente y se sentó a escribir en el escritorio.

Así pasó una hora, y el ánimo de Lotte iba ensombreciéndose cada vez más. Advertía cuánto le costaría revelar a su marido, aun cuando éste estuviera del mejor humor, lo que tenía en el corazón; cayó en un abatimiento tanto más angustioso por tener que ocultarlo y tragarse las lágrimas.

La aparición del mozo de Werther la sumió en la mayor de las confusiones; éste le entregó la notita a Albert, quien se volvió tranquilamente a su mujer y le dijo:

«Dale las pistolas... —Y dirigiéndose al joven añadió—: Le deseo un buen viaje».

Esto cayó sobre ella como un rayo y vaciló al ponerse en pie; no supo siquiera cómo lo consiguió. Lentamente se dirigió a la pared, temblando descolgó las armas, les quitó el polvo y titubeó, y aún habría vacilado un buen rato si Albert no la hubiera apremiado con una mirada inquisitiva. Dio al mozo las funestas armas sin ser capaz de pronunciar una sola palabra y, cuanto éste hubo salido, recogió la labor y volvió a su habitación en un estado de indecible desasosiego. El corazón le vaticinaba todos los horrores. Tan pronto estaba a punto de echarse a los pies de su marido y contárselo todo, lo ocurrido la tarde anterior, su culpabilidad y sus presentimientos, como volvía a parecerle inútil este intento, y lo que menos podía esperar era convencer a su marido de que fuera a

casa de Werther. La mesa estaba puesta y una buena amiga, que había venido tan sólo para preguntar una cosa, se disponía a irse en seguida... pero se quedó, haciendo llevadera la conversación en la mesa. Con un esfuerzo, hablaron, contaron algunas cosas y se olvidaron de sus preocupaciones.

El mozo llegó con las pistolas a casa de Werther, y éste las recibió encantado al oír que había sido Lotte quien se las había dado. Pidió que le trajeran pan y vino, ordenó al mozo que fuera a comer y se sentó a escribir:

Han pasado por tus manos, les has quitado el polvo, las beso miles de veces, tú las has tocado, ¡y tú, espíritu celestial, favoreces mi decisión! Y tú, Lotte, me entregas el instrumento, tú, de cuyas manos yo deseaba recibir la muerte y, ¡ay!, ahora la recibo.

Oh, he preguntado a mi mozo. ¡Estabas temblando cuando se las diste y ni siquiera dijiste adiós...! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ni un adiós...! ¿Es que me has cerrado tu corazón por culpa del momento que me unió a ti eternamente? Lotte, ni mil años podrán borrar esa impresión y yo sé que no puedes odiar a quien arde así por ti.

Después de comer ordenó al criado que terminara de hacer el equipaje, rompió muchos papeles, salió y saldó algunas pequeñas deudas. Regresó a casa, volvió a salir, cruzó la puerta de la ciudad y fue hasta el jardín del conde; sin preocuparse de la lluvia, estuvo vagando por los alrededores y, al caer la noche, regresó y escribió:

Wilhelm, he visto por última vez el campo, el bosque y el cielo. ¡Adiós también a ti! ¡Querida madre, perdóname! ¡Consuélala, Wilhelm! ¡Que Dios os bendiga! Todos mis asuntos están en orden. ¡Adiós! Volveremos a vernos, y más alegres.

Te he pagado mal, Albert, y me perdonarás. He turbado la paz de tu hogar, he sembrado la desconfianza entre vosotros. ¡Adiós! Voy a ponerle fin. ¡Oh, ojalá seáis felices con mi muerte! ¡Albert! ¡Albert! ¡Haz feliz a ese ángel! ¡Y que la bendición de Dios descienda sobre ti!

Esa tarde estuvo revolviendo sin parar entre sus papeles, rompió muchos y los echó al fuego, y selló algunos paquetes dirigidos a Wilhelm. Contenían breves composiciones y pensamientos sueltos, de los cuales he leído algunos; y, después de ordenar que atizaran el fuego a las diez y que le llevaran una botella de vino, mandó a dormir al sirviente, cuyo cuarto, como todos los del personal de servicio, estaba alejado, en la parte de atrás. El mozo se acostó vestido para estar a punto a primera hora de la mañana, pues su señor había dicho que los caballos de posta estarían en la puerta antes de las seis.

Todo está tan silencioso a mi alrededor, y tan serena mi alma. Dios, te agradezco que a estos últimos momentos les concedas este calor, esta fuerza.

Me acerco a la ventana, querida mía, y veo, aún veo a través de las nubes de tormenta que pasan algunas estrellas por el cielo eterno. ¡No, vosotras no caeréis! El Eterno os lleva en el corazón, y a mí. Veo las estrellas de la lanza del Carro, la más preciada de todas las constelaciones. Cuando de noche me despedía de ti, cuando salía por tu puerta, la tenía encima de mí. ¡Con qué embriaguez la he contemplado a menudo! ¡Cuán a menudo, alzando las manos, la convertí en símbolo, en marca sagrada de mi dicha de entonces! Y aún... Oh, Lotte, ¿qué hay que no me recuerde a ti? ¿Acaso no estás en todas partes? ¿Acaso, igual que un niño, insaciable, no he ido recogiendo toda suerte de pequeñeces sólo porque tú, mi santa, las has tocado?

¡Adorada silueta! Te la devuelvo, Lotte, y te ruego que la veneres. He estampado en ella miles, miles de besos, la he saludado miles de veces cuando salía o cuando volvía a casa.

En una notita he pedido a tu padre que proteja mi cadáver. En el camposanto hay dos tilos, en la parte de atrás, en el rincón, mirando al prado; allí deseo descansar. Él puede hacerlo, lo hará por su amigo. Pídeselo tú también. No puedo pretender que los devotos cristianos depositen sus cuerpos al lado del de un pobre desgraciado. Ay, quisiera que me enterraseis junto al camino, o en el valle solitario, para que los sacerdotes y los levitas se santigüen al pasar ante la piedra marcada y que el samaritano derrame una lágrima.

¡Aquí, Lotte! ¡No tiemblo al tomar el frío y terrible cáliz del que he de beber el trago de la muerte! Tú me lo diste y yo no dudo. ¡Todo! ¡Todo! ¡Así se han cumplido todos los deseos y las esperanzas de mi vida! Llamar a las puertas de bronce de la muerte, tan frías, tan rígidas.

¡Ojalá hubiera podido alcanzar la dicha de morir por ti, Lotte! ¡De sacrificarme por ti! Quisiera morir animado, quisiera morir alegre, si así pudiera devolverte la alegría de vivir. Pero, ay, sólo a unos pocos hombres nobles se les ha concedido el poder de derramar su sangre por los suyos y, con su muerte, avivar en sus amigos el fuego de una nueva vida, centuplicada.

Con esta ropa, Lotte, deseo que me entierren, tú la has tocado, santificado; también se lo he pedido a tu padre. Mi alma flota sobre el ataúd. Que no rebusquen en mis bolsillos. Este lazo de color rojo pálido que llevabas en el pecho cuando te vi por primera vez entre tus niños... Oh, dales miles de besos y cuéntales el destino de su desdichado amigo. ¡Mis queridos niños! Los veo aún pululando a mi alrededor. ¡Ah, cómo me apegué a ti, desde el primer momento no fui capaz de dejarte...! Este lazo ha de ser enterrado conmigo. ¡Me lo regalaste el día de mi cumpleaños! ¡Cómo lo devoraba

*todo...! ¡Ay, yo no pensaba que el camino habría de conducirme hasta aquí...!
¡Tranquilo! ¡Tranquilo, te lo ruego...! Están cargadas... ¡Están dando las doce! ¡Sea,
pues...! ¡Lotte, adiós! ¡Adiós...!*

Un vecino vio el fogonazo de la pólvora y oyó el disparo, pero, como todo seguía en silencio, no les prestó mayor atención.

A las seis de la mañana entra el sirviente con la luz. Encuentra a su señor en el suelo, la pistola y sangre. Lo llama y lo toca; ninguna respuesta, aunque aún respira. Sale corriendo en busca del médico, de Albert. Lotte oye la campanilla, un temblor recorre todo su cuerpo. Despierta a su marido, se levantan y el criado, gimiendo y tartamudeando, les da la noticia. Lotte se desmaya a los pies de Albert.

Cuando el médico llegó junto al desdichado, lo encontró en el suelo, sin posibilidad de salvación; el pulso latía, los miembros estaban todos paralizados. Se había disparado en la cabeza, por encima del ojo derecho, el cerebro se le había salido. Para descongestionarlo le hicieron una sangría en el brazo. La sangre corrió, seguía respirando. De la sangre en el respaldo del sillón pudo deducirse que había consumado su acción sentado delante del escritorio, luego se había desplomado, agitándose convulsionado cerca de la silla. Yacía exánime, postrado de espaldas frente a la ventana, completamente vestido, con las botas puestas, el frac azul y el chaleco amarillo.

Hubo una gran conmoción en la casa, en el vecindario, en la ciudad entera. Tendieron a Werther sobre la cama y le vendaron la frente; su rostro era ya el de un muerto, no movía un solo miembro. El pulmón aún daba terribles estertores, a veces más débiles, otras más fuertes. Esperaban su final.

Del vino sólo había tomado una copa. *Emilia Galotti* estaba abierta sobre el escritorio. De la consternación de Albert, de la desesperación de Lotte, permitid que no diga nada.

El anciano administrador se presentó inmediatamente al recibir la noticia, y besó al moribundo entre amargas lágrimas. Sus hijos mayores llegaron poco después que él, se postraron junto al lecho en expresión de irrefrenable dolor, besaron las manos y la boca al moribundo, y el mayor de todos, el que más lo había querido siempre, no apartó la vista de sus labios hasta que hubo expirado y tuvieron que sacarlo de su lado a la fuerza. Werther murió a las doce del mediodía.

La presencia del administrador y sus disposiciones evitaron un tumulto. Por la noche, a eso de las once, ordenó que lo enterraran en el lugar que el difunto había escogido. El anciano y los niños acompañaron el cadáver, Albert no fue capaz. Se temía por la vida de Lotte. Lo llevaron unos artesanos. Ningún sacerdote lo acompañó.